

EL OJO DE OSIRIS

por R. Austin Freeman

de



Una novela del
Dr. F. H. Lectulandia

La misteriosa desaparición de un hombre, egiptólogo aficionado y con amplios conocimientos en su materia, plantea un enigma de complicada solución; un embrollado testamento añade complejidad al asunto.

Solamente la inteligencia, intuición y capacidad deductiva del Dr. Thorndyke será capaz de alumbrar las oscuridades y desembrollar los enigmas que se plantean ante el hallazgo de unos restos humanos dispersos por diferentes lugares.

En este relato vuelve a aparecer un tema recurrente en varias obras de este autor, el tema del antiguo Egipto, como en la obra «El cuento del Dr. Thorndyke», (Mr. Pottermack's Oversight, 1930).

Lectulandia

Richard Austin Freeman

El ojo de Osiris

ePub r1.0

Titivillus 07.07.2019

Título original: *The Eye of Osiris*
Richard Austin Freeman, 1911
Traducción: José Flores Espinosa
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Capítulo I.

Desaparece un hombre

La escuela del Hospital St. Margaret estaba de suerte con su profesor de Jurisprudencia Médica, Medicina Legal o Medicina Forense, como algunos la llaman. En ciertas escuelas el profesor de esta materia es nombrado, aparentemente, por la razón de faltarle los títulos necesarios para obtener cualquier otra cátedra. Pero en el caso presente era muy diferente, porque John Thorndyke era, no solamente un entusiasta de profundo conocimiento y gran reputación, sino que era un maestro excepcional, vivo y fascinante en su estilo, inagotable en sus recursos.

En cada caso notable que se destacara aparecía él; cualquier dato físico, biológico o incluso histórico que pudiese desdoblarse en importancia médico-jurídica estaba a su alcance y sus propias variadas y curiosas experiencias parecían inacabables. Uno de sus procedimientos favoritos para dar vida e interés a los asuntos algo estériles, era analizar y comentar casos contemporáneos que aparecían en la prensa (siempre, naturalmente, no perdiendo de vista la cuestión legal y social), y de esta forma fue como yo me vi introducido en la serie de acontecimientos sorprendentes que iban destinados a ejercer tan gran influencia en mi vida.

La conferencia que acababa de terminar había versado sobre el tema poco satisfactorio de la supervivencia y la mayoría de los alumnos habían abandonado sus puestos, quedando solamente unos pocos, reunidos alrededor de la mesa del profesor, para escuchar los comentarios que el Dr. Thorndyke quisiera prodigar con su amena conversación, apoyado en el borde de la mesa y dirigiendo, al parecer, sus observaciones al trozo de tiza que sostenía entre sus dedos.

—El problema de la supervivencia —estaba diciendo, para satisfacer la pregunta de un alumno— ocurre generalmente en los casos donde los cuerpos determinados son producibles o donde el hecho de la muerte y la hora aproximada de la misma son, de todos modos, conocidos en verdad. Pero una

dificultad análoga puede surgir en un caso en que el cuerpo interesado no aparece y la realidad de su muerte puede asumirse por declaración colateral.

»Aquí, naturalmente, la pregunta que hay que formular es: ¿cual es el último instante en que fue cierto que aquella persona vivía? Y la contestación a esa pregunta puede darnos alguna circunstancia de lo más trivial o insignificante. Tenemos un caso en el periódico de esta mañana. Un caballero ha desaparecido en circunstancias bastante misteriosas. Fue visto por última vez por la criada de un pariente al cual había ido a visitar. Ahora bien, si este caballero no reapareciese más, muerto o vivo, la pregunta primera nos llevaría a la siguiente: ¿Llevaba o no llevaba una joya determinada cuando se presentó a visitar a su pariente?

Hizo una pausa, mirando reflexivamente al trozo de tiza blanca y luego, notando el creciente interés con que le mirábamos, añadió:

—Las circunstancias de este caso son muy curiosas; a decir verdad, son del todo misteriosas, y si de ello surgen ciertas consecuencias jurídicas es probable que acarreen importantes complicaciones. El caballero que ha desaparecido es Mr. John Bellingham, hombre muy conocido en los círculos arqueológicos. Regresó hace poco de Egipto, trayendo consigo una hermosa colección de antigüedades, algunas de las cuales, por supuesto, ha presentado al Museo Británico, en donde ahora están expuestas, después de presentarlas se marchó a París en viaje de negocios.

»Puedo mencionar que el donativo consistió en una preciosa momia y una tumba completa. Esta última, sin embargo, no había llegado de Egipto cuando este señor marchó a París, pero la momia fue examinada el catorce de octubre en casa de Mr. Bellingham por el doctor Norbury del Museo Británico, en presencia del donante y de su abogado, y este último recibió autorización para entregar toda la colección a las autoridades del Museo Británico cuando llegase la tumba, cosa que se hizo.

»De París parece que regresó el veintiuno de noviembre y que marchó directamente desde Charing Cross a la casa del pariente, llamado Mr. Hurst, que es soltero y vive en Eltham. Se presentó en casa de éste a las cinco y veinte y como Mr. Hurst no había regresado todavía de la ciudad y no se le esperaba hasta las seis menos cuarto, dijo a la criada quién era y que desearía esperar en el despacho para escribir algunas cartas. La criada le acompañó al despacho, le ofreció recado de escribir y le dejó.

»A las seis menos cuarto, Mr. Hurst entró, abriendo él mismo la puerta con su llave, y antes de que la criada tuviera tiempo de hablar con él pasó al despacho y cerró la puerta.

»A las seis, cuando sonó el timbre para la cena, Mr. Hurst entró en el comedor solo y, al observar que la mesa estaba puesta para dos, preguntó la razón.

»—Creía que Mr. Bellingham se quedaría a cenar, señor —dijo la criada.

»—¡Mr. Bellingham! —exclamó el asombrado pariente—. No sabía que estuviera aquí. ¿Por qué no me lo dijo usted?

»—Creí que estaba en el despacho con usted, señor —dijo la criada.

»Y después de aquello se buscó por toda la casa al visitante, sin lograr encontrarle. Había desaparecido sin dejar rastro, y lo que hizo el incidente mas extraordinario fue que la criada estaba segura de que no había salido por la puerta puesto que, no conociendo ella ni la cocinera a Mr. John Bellingham, había permanecido todo el tiempo o en la cocina, desde donde se ve la puerta de entrada, o en el comedor, que da frente al despacho. El despacho tiene unos ventanales que dan a un pequeño jardín, a cuyo extremo hay una puerta lateral que da a un callejón; y parece que Mr. Bellingham debió de salir por aquel medio tan excéntrico. De todas maneras, y este es el detalle fundamental, no estaba en la casa y nadie le vio salir de ella.

»Después de una comida apresurada, Mr. Hurst regresó a la ciudad y se presentó en casa del abogado de Mr. Bellingham, llamado Mr. Jellicoe, y le comunicó lo ocurrido. Mr. Jellicoe no sabía nada del regreso de su cliente de París, y los dos hombres tomaron el tren para Woodford, que es donde vive Godfrey Bellingham, hermano del desaparecido. La criada que les abrió dijo que Godfrey no estaba en casa, pero que su hija estaba en la biblioteca, situada en un pequeño edificio, separado de la casa por un jardín. Allí encontraron no solamente a la señorita Bellingham, sino también a su padre, el cual había entrado por la puerta trasera.

»Mr. Godfrey y su hija escucharon el relato de Mr. Hurst con la mayor sorpresa y le aseguraron que ninguno de los dos habían visto ni sabían nada de John Bellingham. Luego fueron todos a la casa, pero a unos pocos pasos de la puerta de la biblioteca encontró Mr. Jellicoe un objeto sobre el césped y llamó la atención de Mr. Godfrey.

»Este último lo recogió y reconoció enseguida el escarabajo que míster John Bellingham acostumbraba a llevar suspendido de la cadena de su reloj. No había posible equivocación en ello. Era un precioso escarabajo sagrado de los egipcios de la dinastía XVIII, elaborado con lapislázuli, en el que se veía grabada la figura oblonga de Abenhotep III. Había sido suspendido por un anillo de oro sujeto a un alambre que pasaba por el agujero de suspensión y el anillo, aunque roto, estaba todavía en su posición.

»Este descubrimiento, desde luego, no hizo mas que abultar el misterio, el cual creció más cuando, al hacerse pesquisas, se encontró una maleta con las iniciales J. B. en la consigna de Charing Cross, sin ser reclamada. Una comprobación posterior demostró que había sido depositada a la llegada del expreso del continente el veintitrés de noviembre, así que su propietario debió de haber marchado directamente a Eltham.

»Así es como se encuentra el asunto hasta ahora y, si el hombre perdido no reapareciese o no se encontrase nunca su cuerpo, la pregunta, como ven ustedes, sería: ¿Cuál es el sitio exacto y hora, cuándo y dónde, fue visto vivo por última vez? En cuanto al sitio, la importancia del mismo es tan obvia que no hace falta discutirlo, pero la cuestión del tiempo tiene otra significación. Han ocurrido casos, como he mencionado en la conferencia, en que la diferencia de un solo minuto en la hora ha asegurado el éxito de la encuesta. Pero en este caso, el desaparecido fue visto por última vez en casa de Mr. Hurst a las cinco y veinte del veintitrés de noviembre. Pero parece haber visitado la casa de su hermano en Woodford y, como nadie le vio allí, por ahora no podemos asegurar si fue a casa de su hermano antes de visitar la de Mr. Hurst. Si fue allí primero, entonces las cinco y veinte de la tarde del veintitrés es el último momento en que se sabe que estaba vivo, pero si fue allí después, hay que añadir a ese tiempo el menor tiempo posible que empleara en trasladarse de casa de Mr. Hurst a la de su hermano.

»Mas la cuestión de qué casa visitó primero depende del escarabajo. Si lo llevaba cuando llegó a casa de Mr. Hurst es evidente que fue allí primero, pero si no lo tenía, entonces en su cadena de oro queda la seguridad de que fue primero a Woodford. Así que, vean ustedes, es una cuestión que puede ser de lo más trascendental el que la doncella de Hurst se haya fijado en un detalle, aparentemente, tan insignificante».

—¿Ha hecho la criada alguna declaración a este respecto? —me aventuré a preguntar.

—Creo que no —replicó el Dr. Thorndyke—. Al menos el periódico no dice nada de ello, aunque el caso lo describe con gran detalle; en realidad, el cúmulo de detalles, incluyendo planos de las dos casas, es de mucha importancia y muy digno de tener en cuenta por su considerable interés.

—¿En qué sentido tiene interés? —preguntó uno de los estudiantes.

—¡Ah! —replicó Thorndyke—, eso creo que deben de ser ustedes mismos quienes lo descubran. En este caso no debemos despreciar ninguna acción ni motivo de los personajes.

—¿Da el periódico alguna descripción del caballero desaparecido? — pregunté.

—Sí; una descripción completa. Tan completa que se excede un poco, considerando que el hombre puede aparecer en cualquier momento. Parece que tenía una fractura antigua en el tobillo izquierdo y una larga cicatriz longitudinal en cada rodilla, de origen no citado, pero fácilmente comprensible y que llevaba el pecho tatuado en color rojo, representando el dibujo el simbólico «Ojo de Osiris^[1]», u Horus o Ra como las diferentes autoridades le llaman. No habrá ciertamente ninguna dificultad en identificar el cuerpo, pero esperemos que no llegue a tal punto.

»Bueno, ahora he de marcharme a toda prisa y ustedes también; pero les aconsejaría que comprasen un ejemplar del periódico y lo archiven cuando hayan leído todos los datos. Es un caso muy curioso y probablemente los periódicos hablarán de él otra vez. Buenas tardes».

El consejo del Dr. Thorndyke prendió en todos porque la cuestión médico-jurídica era tema palpitante en St. Margaret y todos teníamos interés en él. Como resultado, salimos en avalancha a buscar al primer vendedor de periódicos y cada uno adquirimos un ejemplar del «Daily Telegraph», procediendo después a devorarlos en la Sala de Reunión, donde discutimos ampliamente el caso, teniendo en cuenta las consideraciones hechas por nuestro escrupuloso profesor.

Capítulo II.

En casa del enfermo

Uno de los cánones de la buena conducta, mantenido escrupulosamente por toda persona educada, es iniciar una amistad por medio de la presentación. No lo he hecho durante un capítulo entero y ahora me apresuro a hacerlo, aunque han pasado dos años desde aquella fecha.

Permítanme presentarme: Paul Berkeley, médico, recientemente doctorado, impecablemente vestido con la típica levita profesional y el sombrero de copa y, en el momento de la presentación, recorriendo con gran cuidado y peligro calles sucias y tortuosas, llenas de sacos de carbón y una inmensa pila de sacos de patatas.

Aquello era paso obligado para la Fleur de Lys Court, en cuyo lugar me paré a consultar mi lista de enfermos. Vi que el último que debía de visitar estaba en el 49 de Nevill's Court y tuve que preguntar a una mujer para poder encaminarme por aquellas callejas tan desconocidas.

La ronda que estaba haciendo no era la mía, sino la de Dick Barnard, un antiguo alumno de St. Margaret, que había partido el día anterior para una excursión al Mediterráneo, y siendo éste para mí el segundo día de visitas, más bien parecía un viaje de descubrimientos geográficos.

Anduve Fetter Lane arriba hasta llegar a un pequeño soportal con una inscripción encima, que decía: «Nevill's Court», y allí me encontré con una de las sorpresas que aguardan al que se mete por las afueras de Londres. Esperando encontrar un espacio gris, cerrado y provisto de arcos, vi, no solamente arboles, sino arbustos y flores. El pequeño camino bordeado de jardines, con sus bien cuidados arbustos, daba al lugar un aire de soberbia rusticidad.

Encontré el número que buscaba sobre una vieja puerta, y como no había timbre, levanté el picaporte, empuje la puerta y entré, encontrándome con mayor sorpresa aún, en un jardín, al fondo del cual veíase una antigua y

venerable casa, en cuya puerta se destacaba una brillante placa, que decía: «Miss Oman».

Cuando llamé, la puerta se abrió con alguna rudeza y una mujer de mediana edad y pequeña me inspeccionó gruñendo.

—¿Me he confundido de timbre? —pregunté, confuso.

—No lo sé —protestó—; pero me parece que sí. Los hombres siempre hacen igual: se equivocan y piden perdón. ¿A quien desea usted ver?

—A Mr. Bellingham.

—¿Es usted el médico?

—Soy un médico...

—Suba conmigo —dijo Miss Oman— y no me ensucie el suelo.

Crucé el espacioso recibimiento, y, siguiendo a mi guía, subí por una escalera de roble, pisando sólo la alfombra que cubría su centro. Cuando llegamos al primer piso, Miss Oman abrió la puerta, y me dijo:

—Entre y espere; le diré a ella que está usted aquí.

—Le dije a usted «Mr. Bellingham»... —empecé; pero la puerta se cerró y oí los pasos de Miss Oman escalera abajo.

Me di cuenta de que estaba en una situación violenta. La habitación en que había sido introducido comunicaba con otra, en la cual, aunque la puerta estaba cerrada comprendí que se sostenía una desagradable conversación. Al principio, solamente oí un vago murmullo, pero rápidamente se elevó una voz enfadada.

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Y lo digo otra vez! ¡Una canallada! ¡Un ardid! Eso mismo. Usted lo que quiere es sobornarme...

—Nada de eso, Godfrey —fue la réplica en un tono más bajo, pero en aquel momento tosí con intención, moví una silla y las voces bajaron otra vez.

Para distraer mi atención, miré alrededor de la estancia. Casi no tenía muebles y los que había eran de los más baratos, aunque a pesar de su pobreza, el lugar exhalaba un aire casero y el gusto era irreprochable. Por ejemplo, la librería estaba hecha con pedazos de madera y ajustados toscamente, pero encima de sus estantes había obras de arqueología recientes y costosas. Había objetos de arte antiguo sobre la repisa de la chimenea, un facsímil en bronce de la hermosa cabeza de Hypnos^[2] y un par de bellas figuras Ushabti^[3]. Las decoraciones de las paredes contrastaban con las sillas de estilo Windsor, pues había recortes de papeles y documentos, todos firmados, de temas orientales y una espléndida reproducción de un papiro egipcio. Era incongruente en extremo esta mezcla de refinamientos costosos y mobiliario pobre e insuficiente. ¿Qué clase de hombre será mi paciente?, me

preguntaba yo. ¿Sería un escapado de la civilización; escondiéndose allí con su riqueza? ¿Sería un sabio extravagante? ¿Un filósofo?...

A poco volvió a sonar la misma voz en la habitación contigua:

—¡Pero esta usted haciendo una acusación! ¡Quiere decir que yo le quité de en medio!...

—No del todo —fue la respuesta—, pero repito que es cosa suya saber qué ha sido de él. Las responsabilidades caen sobre usted.

—¡Sobre mí! —chilló la primera voz—. ¿Y sobre usted qué? Su posición es algo insegura, si vamos a eso.

—¿Qué? —chilló el otro—. ¿Insinúa usted que yo maté a mi propio hermano?

Durante este dialogo yo había estado en pie, bastante asombrado, y luego volví mis pensamientos hacia otro asunto y me senté de nuevo, quedando con los codos apoyados en mis rodillas y las manos cubriéndome las orejas.

De pronto sentí abrirse una puerta detrás de mí y me sentí cohibido pues debí de parecerle ridículo a la elegante y alta muchacha que entró en la habitación, la cual me saludó cortésmente. Iba vestida de negro, el pelo era de igual color y sus ojos de un gris pardo rodeados por la triste palidez de su rostro.

—Le ruego que me perdone por haberle hecho esperar —me dijo.

Murmuré que la pequeña espera no tenía importancia, e iba a empezar a hablar del asunto que me había traído, cuando sonó otra vez la voz en la habitación contigua:

—¡Le repito que no haré nada de lo que me dice! Todo eso que me propone en una conspiración...

Miss Bellingham, pues me figure que era ella, cruzó la habitación con aire enfadado; pero cuando alcanzó la puerta, ésta se abrió y un hombre de mediana, edad irrumpió en la habitación.

—¡Tu padre está loco, Ruth! —exclamó el desconocido—. Absolutamente loco; y no quiero comunicarme más con él.

—Esta entrevista no la ha buscado él —replicó fríamente Miss Bellingham.

—No; claro que no, fue por mi equivocada generosidad. Pero ¡para qué vamos a hablar! He hecho todo cuanto he podido y ya no hago más. No me acompañes, puedo salir solo. Buenos días.

Y con una inclinación de cabeza y rápida mirada hacia mí, salió de la habitación.

—Debo pedirle excusas por esta extraordinaria recepción —se disculpó Miss Bellingham—. Pero no creo que los médicos se asusten fácilmente. Ahora le presentaré a su paciente.

Abrió la puerta, y mientras yo la seguía a la otra habitación, anunció:

—Aquí tienes otra visita, papá. El doctor...

—Berkeley —completé—. Vengo en el puesto de mi amigo el doctor Barnard.

El inválido, hombre de aspecto simpático, de unos cincuenta y cinco años, que se hallaba incorporado en una cama con la ayuda de varias almohadas, me tendió una mano excesivamente temblorosa, que yo estreche cordialmente.

—¿Cómo esta usted? —me saludó—. Espero que el Dr. Bernard no esté enfermo.

—¡Oh, no! Ha ido a hacer una excursión por el Mediterráneo...

—¿Cuanto tiempo lleva usted en la cama? —pregunté.

—Hoy hace una semana. El origen del mal fue un golpe que me dio un coche, enfrente de Low-Court, y que me mandó al centro de la acera. Fue culpa mía, o, por lo menos, eso dijo el que guiaba.

—¿Se hirió usted mucho? —inquirí nuevamente.

—No, realmente, no; pero la caída me estropeó bastante la rodilla y me produjo una conmoción. Soy demasiado viejo para estas cosas.

—A todos le van mal estos accidentes; no sólo a...

—Sí, pero a los veinte años resiste uno más que a los cincuenta y cinco. No obstante, la rodilla, como vera usted ahora, va bastante bien. Lo que más me preocupa son los malditos nervios. Estoy tan irritable como el propio diablo y tan nervioso como un gato. No puedo descansar ni una sola noche.

—¿Fuma usted mucho? —le pregunté diplomáticamente.

—No; no fumo mucho. Ya le vi a usted fijarse en el temblor de mi mano. Es propio de un médico el tener abiertos los ojos, pero, generalmente, mi mano está quieta cuando no estoy nervioso... Y la cosa es que acabo de tener una desagradable entrevista.

—Creo —interrumpió Miss Bellingham— que el Dr. Berkeley y toda la vecindad lo saben.

—¿Grité? —dijo Mr. Bellingham algo serio—. Lo siento mucho, querida, pero no volverá a suceder. Creo que ha sido la última vez que hemos visto a ese caballero.

—Así lo espero —repuso ella, y añadió—: Ahora les dejo para que hablen; estaré en la próxima habitación, por si me necesitan.

Abrí la puerta para que saliera. Después me senté en el borde de la cama y empecé la consulta. Evidentemente, era un caso de desequilibrio nervioso y el accidente del coche tenía la culpa. En cuanto a los otros antecedentes, no me concernían. Pero Mr. Bellingham no parecía pensar de esa forma, pues me explicó:

—El accidente del coche ha sido mi golpe final; pero ya he estado subiendo mi calvario durante mucho tiempo; he tenido una gran cantidad de disgustos durante estos dos últimos años. Pero supongo que no debo molestarle con mis asuntos particulares.

—Todo lo que concierne a su estado presente me interesa, si no tiene inconveniente en contarlo —le dije.

—¡Inconveniente! —exclamó—. ¿Ha visto usted alguna vez a un enfermo que no goce hablando de su salud? Es el que escucha el que generalmente tiene inconveniente.

—Bueno, pues yo no lo tengo —dije.

—Entonces —siguió Mr. Bellingham—, me permitiré el lujo de contarle todos mis pesares. Yo, indudablemente, tengo motivos para renegar de la fortuna... Hace dos años me acosté siendo un caballero de medios independientes y grandes perspectivas y me levanté convertido en un mendigo. Y eso no fue todo, pues en ese momento, perdí a mi hermano, mi mejor amigo. Desapareció, desvaneciéndose Se tierra... Pero tal vez haya oído usted hablar de este asunto. Los endiablados periódicos hablaban mucho de él en aquella época.

—Sí —asentí—. Ya recuerdo el caso. Nuestro profesor de Jurisprudencia médica nos llamó la atención sobre él.

—¿De veras? —se extrañó Mr. Bellingham—. ¿Qué dijo?

—Dijo que se trataba de un caso llamado a causar bastantes complicaciones de tipo judicial.

—¡Caramba! Pues ese hombre es un profeta. ¿Cómo se llama?

—Thorndyke —repliqué—. El Dr. Thorndyke.

—Thorndyke —repitió Mr. Bellingham en tono reflexivo—. Me parece que recuerdo ese nombre... Sí, claro que sí; oí hablar de él a un abogado amigo mío, un tal Mr. Marchmont, con referencia al caso de un hombre, a quien conocí ligeramente hace años; un cierto Jeffrey Blackmore^[4], que desapareció misteriosamente. Recuerdo que el doctor Thorndyke desenredó aquel asunto con mucha sagacidad de ingenio.

—Me atrevo a decir que se interesaría mucho por su caso —sugerí yo.

—Me parece que sí —fue la respuesta—. Pero uno no puede disponer del tiempo de un profesional sin pagarle, y yo no le podría pagar. Y esto me recuerda que estoy gastando el tiempo de usted con mis asuntos personales.

—Ya he terminado mi visita de la mañana y sus asuntos son muy interesantes. ¿Puedo preguntarle cuál es la naturaleza de esas complicaciones?

—No. A menos que se quede aquí todo el día y vaya a su casa de noche con la cabeza loca. Pero le diré algo. Se trata del testamento de mi pobre hermano. En primer lugar, no se puede administrar por no tener la suficiente prueba de su muerte, y en segundo lugar, si se pudiese, todo lo hereda gente que no pensó nunca en ser beneficiada. El testamento en si es el más diabólico y desesperante de los documentos escritos por un hombre raro. Eso es todo. ¿Quiere ver usted mi rodilla?

Como la explicación de Mr. Bellingham (que habíase iniciado con un rápido *crescendo* para terminar casi a gritos) le había dejado enrojecido y casi trémulo, pensé que lo mejor era terminar la conversación. Me puse a inspeccionar la rodilla, que ya estaba casi curada y, habiéndole dado las instrucciones que tenía que seguir, me levanté para marcharme, terminando:

—Y recuerde: ni tabaco, ni café, ni agitación de ninguna clase. Una vida de completo reposo.

—Eso está muy bien. Pero ¿y si viene aquí alguien que me altera?

—No les haga caso —le dije— y léase el almanaque Whitaker.

Y con este consejo de despedida, pasé a la otra habitación.

Miss Bellingham estaba sentada en la mesa con un montón de libros de anotaciones delante, dos de los cuales estaban abiertos mostrando sus páginas llenas de líneas escritas con letra menuda. Se puso en pie cuando entré y me dijo interrogadora:

—Le he oído aconsejar a mi padre que lea el Whitaker. ¿Es una medida curativa?

—Completamente —repliqué—. Se lo recomendé por sus virtudes medicinales y como antídoto a la excitación mental.

Ella se sonrió delicadamente y agregó:

—Ciertamente no es un libro muy emocionante. ¿Tiene usted alguna otra instrucción que dar?

—Bueno, podría añadir el consejo convencional: evítele los pesares, aunque no creo que esto sea muy fácil...

—No —contestó amargamente—. Es un buen consejo, pero las personas de nuestra posición no pueden estar muy alegres. Los disgustos nos vienen sin que los busquemos. Pero tal vez usted no pueda darse cuenta de esto.

—No le puedo dar ningún consejo práctico, pero espero que los asuntos de su padre se resuelvan favorablemente muy pronto.

Me dio las gracias por mis buenos deseos y me acompañó hasta la puerta de la calle.

El ruido de Fetter Lane llegó a mis oídos, causándome molestia, y cuando pasé bajo el pórtico místico recordé aquella dignidad y quietud monástica del jardín. En cuanto al consultorio, con su piso y paredes de linóleo, me pareció odioso por sus cuadros y carteles y su aspecto era tan distinto de lo que había visto, que me hundí en el libro de consultas para distraerme, anotando las visitas hasta que el botones, Adolphus, entró a anunciarme que la comida estaba dispuesta.

Capítulo III.

John Thorndyke

Que el carácter de un individuo tiende a reflejarse en sus trajes es un hecho familiar para el menor observador. Que la observación es igualmente aplicable a los atributos del hombre es menos familiar, pero igualmente verdad. ¿Es que no se cubren de plumas y de colorines y distintivos los guerreros de nuestros días, siguiendo el camino de los cabecillas africanos o los «bravos» pieles rojas, indicando de esta forma el lugar de la guerra en la civilización moderna? ¿Es que la Iglesia de Roma no manda a sus sacerdotes al altar vistiendo hábitos, que estuvieron en moda antes de la caída del Imperio Romano, por no dejar su tradición? Y, finalmente, ¿es que la ley, desperezándose en el sueño del progreso, no simboliza su sujeción a la precedente por reminiscencias de los tiempos de la Reina Ana?

Pido perdón al lector por llevarle conmigo en mis reflexiones, pero tales eran éstas cuando me vi delante de un escaparate lleno de pelucas, situado en el Inner Temple. Y, cuando más concentrado estaba en mis pensamientos, sonó de pronto en mis oídos una voz que decía:

—Yo en su lugar me compraría aquella peluca abotonada de la esquina.

En seguida me volví enfadado y me encontré con la cara de mi antiguo amigo y compañero, Jervis, detrás del cual, con una sonrisa complaciente, estaba mi antiguo catedrático, el doctor John Thorndyke.

Los dos me saludaron cordialmente y yo me sentí adulado porque Thorndyke era un gran personaje y Jervis me llevaba varios años de delantera en la carrera.

—Espero que vendrá a tomar una taza de té con nosotros —dijo Thorndyke.

Y mientras yo asentí alegremente, me cogió del brazo y me llevó en dirección a la otra acera.

—¿Qué está usted haciendo, en una calurosa tarde de verano, mirando fijamente a una peluquería? —me preguntó—. ¿Es que va usted a seguir mi ejemplo y el de Jervis, dejando la medicina para tomar la ley?

—¡Como! ¿Pero es que Jervis se ha pasado a la abogacía? —exclamé.

—¡Gracias a Dios, sí! —replicó Jervis—. Me he convertido en el parásito de Thorndyke.

—No lo crea usted, Berkeley —intervino Thorndyke—. Es el cerebro de la razón social. Yo apporto la respetabilidad y el valor moral. Pero no me ha contestado usted.

—Soy suplente de Bernard y ejerzo en Fetter Lane.

—Ya lo sé —repuso Thorndyke—. Encontramos a Barnard ocasionalmente. Se ha quedado muy pálido y delgado. ¿Esta quizá tomando unas vacaciones?

—Sí. Ha ido a hacer una excursión a las islas de Grecia.

—Entonces —dijo Jervis—, es usted un médico de cabecera local. Yo pensé que le encontraría con un aire mucho más respetable.

—Y, a juzgar por la ociosa manera en que le encontramos, el trabajo no debe de ser abrumador —añadió Thorndyke.

—¡Oh! —repliqué—. La mayor parte de mis pacientes viven en un radio de media milla del consultorio y las viviendas de algunos de ellos son muy pobres. ¡A propósito! Ahora recuerdo una extraña coincidencia. Creo que le interesará.

—La vida esta llena de extrañas coincidencias —opinó Thorndyke—. Solamente un lector de novelas puede, realmente, sorprenderse de una coincidencia. ¿Cuál es la suya?

—Tiene relación con un caso que usted nos mencionó hace dos años en el Hospital sobre un hombre que desapareció en misteriosas circunstancias, ¿recuerda? El nombre era Bellingham.

—¿El egiptólogo? Sí; recuerdo el caso muy bien. ¿Qué hay sobre ello?

—El hermano es paciente mío. Vive en Nevill's Court, con su hija, y parecen ser tan pobres como las ratas de iglesia.

—Realmente, esto es muy interesante —dijo Thorndyke—. Tienen que haberse arruinado muy rápidamente, porque, si no me equivoco, el hermano vivía en una gran casa, situada en sus mismas propiedades.

—Sí; así es. Parece que recuerda usted todo el caso.

—Mi querido amigo —intervino Jervis—, Thorndyke nunca olvida un caso que le gusta. Es una especie de camello médico-legal; se traga hechos de los periódicos o de donde sea, y en los ratos de ocio los vomita

tranquilamente y los rumia. Una rara costumbre. En cuanto aparece algo en los periódicos o pasa algo interesante por algún juzgado, él se lo traga todo. Pasa el tiempo y todo el mundo lo olvida. Un año más tarde encuentra usted con asombro que Thorndyke tiene el caso resuelto. Lo ha estado rumiando periódicamente todo este largo intervalo.

—Observara usted —dijo Thorndyke— que mi ilustre amigo se complace en emplear una metáfora mezclada, pero su declaración es cierta substancialmente, aunque presentada oscuramente. Tiene que contarnos todo eso de los Bellingham cuando le hayamos fortalecido con una taza de té.

Nuestra charla nos llevó hasta el domicilio de Thorndyke, situado en el n.º 5 de King's Bench. Entramos en una hermosa y bien amueblada habitación, donde encontramos un hombre, ya de edad, pulcramente vestido de negro, poniendo la mesa para el té.

Yo le miré con curiosidad porque no me parecía que fuese un criado, a juzgar por su aspecto inteligente, por su dignidad y por sus manos, que parecían más bien las de un hombre especializado en mecánica.

Thorndyke observó la bandeja y dijo a su sirviente:

—Veo que has puesto servicio para tres. ¿Cómo sabías que traía a alguien a acompañarnos al té, Polton?

—Casualmente estaba mirando por la ventana del laboratorio cuando dieron ustedes la vuelta a la esquina —dijo sonriente.

—¡Qué contrariedad! —dijo Jervis—. Yo esperaba que fuese algo de telepatía.

—Volviendo al caso de Bellingham —dijo Thorndyke cuando hubo servido el té—, ¿ha averiguado usted algún hecho relacionado con este caso?

—He sabido dos o tres cosas. Por ejemplo, que Godfrey Bellingham perdió toda su propiedad cuando la desaparición de su hermano.

—Es realmente extraño —comentó Thorndyke—. Lo contrario hubiera sido lo lógico. No puedo explicarme cómo ha sucedido esto, a no ser que hubiese alguna concesión ignorada.

—No: eso fue lo que me extrañó a mí. Pero parece haber cosas raras en el asunto y la cuestión legal esta algo complicada. Hay un testamento, por ejemplo, que está dando mucho que hacer.

—No podrán administrar el testamento sin una prueba cierta de la muerte —dijo Thorndyke.

—Exacta. Esa es una de las dificultades. Otra de ellas parece ser una rara condición del mismo testamento. No sé lo que es, pero creo que lo sabré más pronto o más tarde. A propósito, mencioné el interés que usted se había

tomado por el caso y pienso que Bellingham desearía consultarle, pero, naturalmente, el pobre hombre no tiene un céntimo.

—Mala cosa es para él si las otras partes interesadas tienen. Probablemente se efectuarán procedimientos judiciales de alguna clase y la ley no tiene en cuenta la pobreza. Por ello debe de asesorarse de alguien.

—No sé como podrá hacerlo.

—Ni yo tampoco —admitió Thorndyke—. No hay hospitales para litigantes pobres; es sabido que sólo las personas de medios tienen derecho a la ley. Por supuesto que si le conociéramos y supiéramos las circunstancias, podríamos ayudarle, pero, según todo lo que sabemos en contrario, puede ser un pícaro o un malvado.

Me acordé de la conversación que había sorprendido involuntariamente y me pregunté que hubiera pensado Thorndyke si yo se la hubiera referido. Evidentemente no era un malvado; así que solamente referí mis propias impresiones.

—A mí no me parece eso —dije—; pero, desde luego, uno nunca lo sabe. Me impresionó mas bien favorablemente, al revés que el otro hombre.

—¿Qué otro hombre? —preguntó Thorndyke.

—Había otro hombre en el caso. He olvidado su nombre; le vi en la casa y no me gustó su apariencia. Sospecho que está haciendo alguna presión sobre Bellingham.

—Berkeley sabe más de lo que nos esta diciendo —dijo Jervis—. Volveremos a ojear los periódicos y veremos quién es ese otro de quien habla.

Cogió un grueso volumen de recortes de periódicos de una estantería y lo abrió encima de una mesa.

—Ya ve usted —dijo, mientras miraba el índice—. Thorndyke guarda todos los casos que espera que lleguen a algo y sé que tiene gran expectación por éste. Me parece que tiene la esperanza de que la cabeza del caballero desaparecido aparezca por alguna polvorienta carbonera... Aquí esta. El nombre del personaje es Hurst. Parece que es un primo, y fue en su casa donde se vio por última vez al desaparecido.

—¿Cree usted que Hurst esta mezclado en el asunto? —me preguntó Thorndyke cuando hubo echado una mirada al periódico.

—Así me lo parece —repliqué—. Aunque, realmente, no sé nada de ello.

—Bien. Si usted oye más sobre esto y puede decírmelo, estaré muy interesado en oír cómo progresa el caso. Y si alguna opinión no oficial pudiera ser de alguna utilidad, no creo que haya ningún inconveniente en que me la diga.

—Sería ciertamente de gran valor si los otros interesados se asesoraran de abogados —dije y, después de una pausa, pregunté—: ¿Ha prestado usted mucha atención a este caso?

—No —dijo Thorndyke, después de reflexionar—, no se la he prestado. Lo leí con mucho interés y luego, de vez en cuando, lo he recordado. Como Jervis le ha dicho a usted, en mis ratos de ocio (especialmente cuando viajo en tren), me gusta hacer teorías sobre los casos oscuros de que me entero. Es una costumbre útil, pues, aparte del ejercicio mental que hago, adquiero gran cantidad de experiencia.

—¿Ha formado ya alguna opinión sobre este caso? —pregunté.

—Sí. Tengo varias teorías, y estoy esperando con verdadero interés algunos hechos nuevos que me indiquen cual de ellas es la mejor.

Jervis llenó la pipa con gran cuidado y la encendió. Entonces, echando el humo, dijo:

—No vale de nada tratar de sondearle, Berkeley. Esta provisto de una válvula de información que abre hacia adentro. Puede usted echarle cuanto quiera, pero no podrá sacarle nada.

—A mí me gustaría saber —dijo Thorndyke—, lo que tú opinas de lo aparecido en los periódicos.

—¿No se lo dije, Berkeley? —observó Jervis—. Ahora quiere estrujar mi cerebro. Y dirigiéndose a Thorndyke, agregó:

—Si quieres saber lo que yo deduzco de los periódicos, te lo puedo decir con una palabra: nada. Todos los caminos me parecen no tener salida.

—¡Oh! —sonrió Thorndyke—. Eso no es más que una simple pereza. Dinos cómo has llegado a esta conclusión. Demuéstranos que realmente has pensado en los hechos ocurridos.

—Muy bien —admitió Jervis—. Haré un análisis del caso... que no conduce a nada.

Continuó chupando de la pipa con alguna preocupación. Finalmente echó al aire una nube de humo, y comenzó:

—La posición parece ser ésta: Un hombre entra en cierta casa, le conducen a una habitación y se encierra en ella. No le han visto salir, y, cuando entran en la estancia se encuentran que está completamente vacía. Y al hombre no se le vuelve a ver ni vivo ni muerto.

»Es evidente que una de estos tres cosas tiene que haber sucedido: o se ha quedado vivo en la casa; o muerto, y su cuerpo ha sido ocultado; o se ha marchado de la casa sin ser visto. Tomemos el primer punto. No ha podido

permanecer en la casa oculto dos años. Hubiera sido visto; le habrían encontrado los criados al limpiar las habitaciones.

Thorndyke interrumpió con una amable sonrisa a su discípulo:

—Aceptamos la conclusión de que no permaneció vivo en la casa.

—Muy bien. Entonces, ¿permaneció muerto? Aparentemente, no. Los periódicos dicen que, tan pronto el hombre desapareció, Hurst y los criados buscaron por toda la casa. Así que no hubo ocasión de hacer desaparecer el cuerpo. Por lo tanto la única conclusión es que el cuerpo no estaba allí. Pero si admitimos que fuese asesinado, con lo cual se explicaría el hecho de la desaparición, se nos presenta esta cuestión: ¿Quién le pudo asesinar? Descontado que los criados no, y en cuenta a Hurst, no sabemos las relaciones que tenía con él... al menos yo no lo sé.

—Yo tampoco lo sé —dijo Thorndyke—; no sé más que lo que dicen los periódicos y lo que nos ha contado Berkeley.

—Entonces, no sabemos nada. Hurst pudo o no tener un motivo para asesinarlo. Lo que sí parece es que no tuvo tiempo. Incluso si suponemos que se las apañó para esconder el cadáver temporalmente, queda todavía el problema de desembarazarse de él. No pudo enterrarlo en el jardín teniendo los criados por allí, ni pudo incinerarlo. Lo único que se puede concebir es que lo descuartizara y enterrara los trozos o los arrojara al río. Pero, realmente, debe descartarse toda idea de crimen en aquella casa por el registro que se llevó a cabo en el instante en que desapareció el hombre.

»Ahora vamos a la tercera hipótesis. ¿Abandonó la casa sin ser visto? No es imposible, pero es una cosa muy rara. Pudiera ser un hombre excéntrico; no lo sabemos. Pero han pasado dos años y no ha vuelto a aparecer; por tanto, si es que dejó la casa secretamente, se ocultó, y aún continúa oculto. Naturalmente puede ser un lunático o no. No tenemos datos de su carácter personal.

Viene luego la complicación del escarabajo, el cual fue recogido en el jardín de su hermano, situado en Woodford. Eso parece indicar que visitó aquella casa en algún momento, pero nadie dice haberle visto y es incierto todavía el asegurar si fue primero allí o a casa de Mr. Hurst.

»Si llevaba el escarabajo cuando fue a casa de Mr. Hurst, tuvo que salir sin ser visto e ir a Woodford; si no lo llevaba, probablemente fue de Woodford a casa de Hurst y allí desapareció, pero no hay confirmación de si la criada de Hurst le vio o no con el escarabajo colgando de la cadena.

»A decir verdad, si se pudiera demostrar que el desaparecido salió de casa de Hurst vivo y que llevaba el escarabajo, se pondrían las cosas muy mal para

los Bellingham. Desde luego que la muchacha tiene que saber si fue su padre. Pero aquí está el problema. No hay ninguna prueba de que saliese de casa de Hurst vivo. Pero ¿y si no? Volveremos a la pregunta de antes y nos encontramos en un callejón sin salida.

—Una conclusión coja, para tan buena exposición de sucesos —comentó Thorndyke.

—Ya lo sé —dijo Jervis—. Pero ¿tú qué dices? Hay varias soluciones posibles y una ha de ser la verdadera. Pero ¿cómo podemos saber cuál es? Mantengo que hasta que tengamos suficientes datos financieros y de otros intereses...

—En eso estoy en completo desacuerdo contigo. Mantengo que tenemos bastantes datos. Dices que no hay medio de saber cual de las posibles soluciones es la verdadera; pero me parece que, si lees los periódicos con atención, encontrarás que los hechos señalan claramente una explicación, y nada más que una. Estamos ahora mirando el caso desde el punto de vista puramente académico, y creo que nuestros datos han llegado a una conclusión definida. ¿Usted qué dice, Berkeley?

—Digo que es tiempo de irme, pues mi consulta de la tarde empieza a las seis y media.

—Bien —dijo Thorndyke—. Pero no deje de venir a vernos. Venga cuando guste, después de terminar de trabajar, y no se preocupe por si molesta porque nosotros, después de las ocho, casi nunca tenemos gran cosa que hacer.

Di las gracias, a Thorndyke y me marche en dirección a casa por Middle Temple Lane y el embarcadero; no es una ruta muy directa para Fetter Lane, tengo que confesarlo, pero la charla había revivido mi interés por aquel rato de espera que tuve en casa de los Bellingham y quise reflexionar.

Por la conversación que había oído, era evidente que la situación se agravaba. No es que yo supiera que aquellos dos caballeros se acusasen uno al otro de haber matado al desaparecido. Pero sus palabras, dichas con enfado, habían dejado entrar en sus mentes tal idea. Esto hacía más misterioso el caso y fácilmente levantaría sospechas.

Luego mi mente se paró, no por primera en los últimos días, en aquella muchacha que ante mis ojos se apareció como la gran sacerdotisa de este templo de misterio en aquella región apartada. ¡Qué figura tan inesperada se destacaba en aquel fondo extraño, con sus maneras tranquilas, frías y contenidas; su pálido rostro, tan triste y sufrido, sus cejas negras enarcadas y

sus ojos grises solemnes, tan inescrutables y misteriosos! Era una personalidad enigmática y sombría que atraía y repelía a un tiempo.

De pronto recordé las palabras de Jervis: «La muchacha tiene que saber si fue su padre». Fue un terrible pensamiento y mi corazón lo rechazaba completamente, con una indignación que me sorprendió, pesar de que su figura se mezclaba, dentro de mi cerebro, con las ideas de misterio y tragedia...

Capítulo IV.

Complicaciones legales

Mis meditaciones me llevaron por una ruta en circuito y, diez minutos mas tarde, al final de Fetter Lane, en donde, cambiando mi aire abstraído por otro más en consonancia con mi profesión de médico, caminé con aire ligero hacia mi consultorio, entrando poco después en él con las cejas fruncidas, como si acabara de dejar un caso de interés. Pero allí me encontré con una visitante que me esperaba, la cual me saludó con alguna acritud.

—¡Por fin ha llegado usted! —dijo.

—Es verdad, señorita Oman, por fin he llegado —repuse—. ¿En que puedo servirle?

—A mí, en nada —replicó—. Cuando necesito médico me asiste una mujer. He venido para traerle una carta de Mr. Bellingham.

Leí aquella carta y me enteré de que el pobre señor había pasado dos noches malas y me pedía algo que pudiera calmarle y dejarle dormir.

Reflexioné durante largo rato, pues no acostumbro a recetar drogas a ningún paciente que no me sea muy conocido. Por fin le receté una pequeña dosis de bromuro, decidido a ir a verle por si hacía falta tomar otras medidas.

—Esto le hará bien y le calmará, Miss Oman —dije, entregándole una botella—. Después iré por allí a ver cómo se encuentra.

—¡Oh! Se alegrará de verle, pues está solo y muy aburrido. Miss Bellingham no está en casa.

—Tengo que verle, pues me gustaría tener una charla con él.

—Sí; eso le hará mucho bien. Tiene usted buenas intenciones, pero poca puntualidad. —Y con aquellas palabras, se marchó.

A las ocho y media subía yo las escaleras, en Nevill's Court, precedido de Miss Oman, que me condujo a la habitación de Mr. Bellingham. Éste, que acababa de tomar cierta comida y miraba tristemente a la chimenea vacía, al verme se alegró, pero indudablemente estaba muy decaído.

—No era mi intención el hacerle venir y molestarle después de su trabajo, aunque me alegro mucho de verle por aquí.

—No es molestia. Supe que estaba solo y me he acercado para acompañarle un rato.

—Es usted muy amable —dijo de todo corazón—. Pero con un hombre como yo, aniquilado por los desagradables sucesos que me están ocurriendo, no va usted a pasar muy buen rato.

—No me debe permitir que le moleste si está usted mejor solo —advertí, creyendo ser inoportuno.

—¡Oh, no! No me molesta. Es por usted por quien dije eso. Y si no tuviera miedo de aburrirle, le contaría todos mis pesares.

—Nada de eso... —repuse—. Generalmente es interesante compartir las experiencias de otro hombre sin sus inconveniencias. «El verdadero estudio de la humanidad es... el hombre», como usted sabe, y especialmente para un doctor.

Mr. Bellingham sonrió amargamente y dijo:

—Me hace usted sentirme como un microbio y si me mira con microscopio podrá examinarme, pero no son mis acciones las que suministran el material para sus estudios psicológicos. Mi pobre hermano es la «Deus ex machina», que desde su desconocida tumba, según temo, maneja las cuerdas de este infernal guiñol.

Calló por un momento, pensativo, y se quedó mirando con fijeza la parrilla como si se hubiera olvidado de mí. Después me miró y empezó así:

—Es una curiosa historia, doctor... muy curiosa. Parte de ella ya la conoce usted. Pero empezaré a contarle desde el principio, y así sabrá tanto como yo, porque el fin no lo conoce nadie. Está escrito, sin duda, en el libro del destino, pero la página tiene todavía que volverse.

»La desgracia comenzó con la muerte de mi padre. Era un clérigo de medios bastante regulares, viudo y con dos hijos: mi hermano John y yo. Pudo enviarnos a los dos a Oxford, después de lo cual John entró en el Ministerio de Asuntos Exteriores y yo estaba para entrar en la Iglesia. Pero, de pronto, descubrí que mis ideas religiosas habían experimentado un cambio que me impedía tal vocación y justamente por aquel tiempo mi padre heredó una fortuna. Mas como era su intención expresa el dejar repartidos sus bienes entre mi hermano y yo, nos repartió las propiedades equitativamente y yo no tuve necesidad de tener una profesión para ganarme la vida. La Arqueología fue siempre mi pasión, y decidí dedicarme a mi estudio favorito. De esta forma continué la tendencia de mi familia; mi padre era un entusiasta

estudiante de la historia oriental antigua, y John, como usted sabe, era un ardiente egiptólogo.

»Mi padre murió casi de repente y no tuvo tiempo de hacer testamento. Quiso hacer uno, pero no tuvo tiempo, y como casi todas las propiedades estaban en terrenos, mi hermano lo heredó todo. Sin embargo, en recuerdo de los deseos de mi padre, me destinó una pensión de quinientas libras anuales, que suponía una cuarta parte de la renta anual.

»Le pedí que me diera una suma determinada, pero no accedió. En cambio dio órdenes a su abogado para que me pagase una asignación en plazos trimestrales durante el resto de su vida y quedó entendido que a su muerte toda la propiedad pasaría a mí, y si yo hubiera muerto, a mi hija. Después ya sabe usted que desapareció inesperadamente, y, aunque las circunstancias indican que está muerto, no hay pruebas de ninguna clase. Y su procurador, Mr. Jellicoe, no tiene poderes para seguir pagándome la pensión. Por otro lado, como no hay certeza de que mi hermano esté muerto no se puede cumplir el testamento.

—Usted dice que las circunstancias indican que su hermano está muerto. ¿Cuáles son estas circunstancias?

—Principalmente, su completa y rápida desaparición. Su equipaje, como recuerda, fue hallado en la estación. Aun hay otra prueba: mi hermano cobraba una pensión en el Ministerio de Asuntos Exteriores que no se paga si no va él en persona o se lleva algún documento que asegure que está vivo en la fecha del pago. Nunca se supo que él dejara de ir en persona, o transmitiese los documentos necesarios a Mr. Jellicoe. Pero después del día que desapareció, hasta hoy, no se ha vuelto a saber nada de él.

—Es mala su posición —dije—, pero creo que no tendrá mucha dificultad en obtener de los Tribunales una declaración de presunción de muerte para proceder a poner en vigor el testamento.

Mr. Godfrey puso una cara amarga y dijo:

—Puede que tenga usted razón, pero eso no me ayuda mucho. Fíjese en que el abogado, después de haber esperado un plazo razonable para la reaparición de mi hermano, dio un paso, no corriente, pero, en las circunstancias especiales, muy apropiado, y me llamó a mí y a los otros interesados a su oficina para comunicarnos las cláusulas del testamento. Pero aquellas cláusulas resultaron muy extraordinarias y yo me quedé de piedra cuando las oí. Y lo que mas me desesperó es que mi pobre hermano se imaginaría que todo lo había dejado sencillo y claro... Ya sabrá usted que somos una familia antigua de Londres. La casa de Queen Square, donde vivía

mi hermano nominalmente, y donde, de hecho, se conservaba su colección, ha sido ocupada por mi familia durante varias generaciones, y la mayor parte de los Bellingham han sido enterrados en el cementerio de St. George. Pues bien, mi hermano, que era soltero y tenía gran cariño a las tradiciones familiares, pone por condición en su testamento que tiene que ser enterrado en el panteón familiar de St. George. Pero en vez de expresar sencillamente su deseo y de dar instrucciones a sus albaceas para que se cumpla lo constituyó condición que afectaba al testamento.

—¿En qué aspecto lo afecta? —pregunté.

—En un aspecto vital —contestó Mr. Godfrey—. La herencia entera me la deja a mí o a mi hija, si yo hubiera muerto. Pero la herencia está sujeta a la condición mencionada, a saber: ser enterrado en determinado lugar y si esa condición no es cumplida, toda la herencia pasa a mi primo, Mr. Hurst.

—Pero, en este caso —dije—, como no pueden pretender el cuerpo ninguno de los dos, puede recibir la herencia.

—No estoy tan seguro de eso —contestó—. Si mi hermano está muerto es bastante seguro que no está enterrado en St. George ni en ningún otro lugar mencionado, y el hecho puede comprobarse fácilmente por medio de los registros. De modo que el certificar una presunta muerte significaría la entrega a Hurst de casi toda la fortuna.

—¿Quién es el albacea testamentario? —pregunté.

—¡Ah! —exclamó—. Aquí hay otro entorpecimiento. Hay dos albaceas. Uno es Mr. Jellicoe y el otro tiene que ser el principal beneficiado, Hurst, o yo mismo. Pero, como usted ve, ninguno de nosotros puede llegar a ser el albacea hasta que los Tribunales decidan cual de los dos es el primer beneficiado.

—¿Pero quién puede llevar el caso a los Tribunales? —pregunté—. A mí me parece que eso es cosa de los albaceas.

—Exactamente; esa es la dificultad de Hurst. Lo estábamos discutiendo muy acaloradamente cuando usted vino el otro día. Jellicoe rehúsa resolver el asunto solo. ¡Dice que necesita la ayuda del otro albacea! Pero, al presente, ni Hurst ni yo somos el otro albacea. Sin embargo, los dos juntos somos coejecutores.

—Es una posición bastante complicada —convine.

—Así es, y ello ha animado a Hurst hacerme una proposición. Él señala, bastante correctamente, me parece, que como las condiciones respecto al entierro no se han cumplido, la riqueza debe ir a parar a él y me propone un arreglo muy claro, que es éste: que les ayude a él y a Mr. Jellicoe a conseguir

el certificado de defunción y a ejecutar el testamento, por lo cual me pagaran cuatrocientas libras al año, con la seguridad de continuar así, suceda lo que suceda.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa —explico Mr. Godfrey, clavando en mí una intensa mirada— que si el cuerpo se encuentra algún día y el entierro se puede llevar a cabo, él continuará con la herencia y me seguirá pagando las cuatrocientas libras por año.

—¡Caramba! Es listo —dije—. Sabe comerciar.

—Él sostiene que se expone a perder cuatrocientas libras por año, durante toda mi vida, si el cuerpo no aparece, pero ganará toda la herencia si éste se encuentra.

—Creo que usted habrá rechazado esa oferta, ¿verdad?

—Claro, y de muy mala manera. Y mi hija de acuerdo conmigo. Pero yo no estoy completamente seguro de que haya hecho bien. Otro hombre lo pensaría mucho antes de cogerse las manos.

—¿Ha hablado usted a Mr. Jellicoe de este asunto?

—Sí, le he visto hoy. Es un hombre muy cauteloso y no me aconseja ni una cosa ni otra. Pero parece que desaprueba mi negativa. Me recordó que más vale pájaro en mano que ciento volando.

—¿Cree que iría a los Tribunales sin contar con usted?

—No quiere. Pero supongo que si Hurst le apremiara, iría. Además, Hurst es parte interesada y puede ir por sí mismo, y, después de mi negativa, estoy seguro de que lo hará. Al menos, así opina Jellicoe.

—Todo eso es un lio de lo más endiablado —dije—, especialmente si recordamos que su hermano tenía un abogado que le aconsejara. ¿Es que Mr. Jellicoe no le hizo ver lo absurdo de esas cláusulas?

—Sí; claro que lo hizo. Me ha dicho que imploró a mi hermano que pusiera todo aquello de una forma más razonable, pero que John no quiso escucharle.

—¿Y está en pie la proposición de Hurst todavía?

—No, gracias a mi temperamento. Rehusé completamente y le mandé salir de mi casa. Espero que no habré pisado en falso. Me cogió por sorpresa la proposición de Hurst y me enfadó mucho. Recuerde que en su casa es donde mi hermano fue visto por última vez... Pero no debo molestar a usted con estos asuntos cuando viene a pasar un rato de amigable charla.

—¡Oh! Lo que usted cuenta es muy interesante. Tengo gran interés por su caso.

Mr. Bellingham sonrió algo trágicamente.

—¡Mi caso! —repitió—. Habla usted como si yo fuera una especie de criminal lunático. Sin embargo, me alegro de que me encuentre divertido.

—No dije divertido, dije interesante. Le veo como la figura principal de un horrible drama. Y no soy yo solo quien lo ve así. ¿Recuerda usted al Dr. Thorndyke?

—Sí, claro que sí.

—Bueno, pues por casualidad le vi esta tarde y tuvimos una conversación en su casa. Me tomé la libertad de decir que había hecho su amistad. ¿Hice mal?

—No, ciertamente. ¿Por qué le contó usted...? ¿Recuerda él mi infernal caso?

—Perfectamente, con todos los detalles. Es un perfecto entusiasta, ¿sabe?, y está extraordinariamente interesado en conocer cómo se desenvuelve el caso, y, además, incondicionalmente. Si me permite que le cuente lo que usted me ha dicho esta noche, él se interesaría mucho.

Mr. Bellingham reflexionó un momento, mientras sus ojos se fijaban en la chimenea vacía. Al fin los levantó y dijo lentamente:

—¿Y por qué no? Esto no es un secreto, y aunque lo fuera, no puedo monopolizarlo... No; dígaselo, si cree que le interesa.

—No tiene que temer que él cuente nada —dije—. Es tan callado como una ostra. Y los hechos pueden significar más para él que para nosotros. Puede darnos algún consejo útil.

—¡Oh, doctor! Estoy metiéndole mucho en esto. Yo no soy de los hombres que buscan consejos profesionales gratuitamente. ¿Me comprende usted?

—Claro que sí —dije rápidamente—. ¿Ha venido Miss Bellingham? Oí cerrarse la puerta.

—Sí; debe de ser mi hija; la estoy esperando. Pero no se vaya. No le tendrá miedo, ¿verdad? —añadió, mientras yo cogía rápidamente el sombrero.

—No estoy seguro —contesté—. Es una persona muy majestuosa.

Mr. Bellingham ocultó un bostezo y en aquel momento entró su hija en la habitación. A pesar de su viejo vestido negro y su bolso gastado, vi en su porte al entrar que mi calificativo estaba más que justificado.

—Ha llegado usted, Miss Bellingham —le dije mientras le tendía la mano —, para ver a su padre dando un bostezo y a mí preparado para irme. Como ve, mi conversación cura el insomnio.

Miss Bellingham sonrió.

—Me parece que le echo —comentó seguidamente.

—No —repuse—. Mi misión está cumplida. Eso es todo.

—Siéntese por unos momentos —me pidió Mr. Bellingham—. Mi hija se enfadará si se va usted tan pronto como ella llega.

—¡Oh! No debe dejar que le interrumpa el sueño —insistí.

—Bueno, ya se ira cuando me quede dormido —replicó con otro bostezo y yo me senté otra vez, no de muy mala gana. En este momento entró Miss Oman con una bandeja y una sonrisa, de la cual no la creía capaz.

—Tomará usted las tostadas y el cacao antes de que se enfríe, ¿verdad? —dijo coactivamente.

—Sí, Phyllis; muchas gracias —contestó Miss Bellingham—. Ahora voy a quitarme el sombrero y salió de la habitación, seguida de la transfigurada solterona.

Volvió casi en seguida, mientras Mr. Bellingham estaba en la mitad de otro profundo bostezo, y se sentó delante de su frugal merienda.

—Hoy has venido tarde, hija —habló su padre—. ¿Has tenido mucho trabajo?

—No; es que entré en la biblioteca de Ormond Street cuando volvía para casa y lo terminé.

—Como usted ve, Ruth es una buscadora de literatura —dijo Mr. Bellingham dirigiéndose a mí.

—¡Oh! No digas buscadora. Di investigadora.

—Muy bien; investigadora o investigatriz, como ella guste; busca biografías en el Museo para personas que están escribiendo algún libro. Repasa todo lo que se ha escrito sobre un asunto dado, hasta ponerse el cerebro a punto de estallar, y después de hecho se lo pasa al «autor», el cual lo imprime.

—¡Que forma mas poco adecuada de expresarse! —reconvino la joven—. Soy un chacal o coleccionador de provisiones para los leones de la literatura. ¿Esta claro?

Y, abandonando el asiento, atacó con pereza las tostadas, mientras su padre bostezaba otra vez.

Yo la observé con admiración. A pesar de su palidez, era una muchacha extraordinariamente bella. Y había en su aspecto tal sugestión y entereza de carácter que le hacia sobresalir entre todas las mujeres. Me fijé también en que su conversación, a pesar de su tono triste, no dejaba de tener un humor irónico. Indudablemente era una persona enigmática e interesante.

Cuando terminó su merienda, puso a un lado la bandeja, y, abriendo su viejo bolso, me preguntó:

—¿Tiene usted interés por la historia de Egipto? Ahora estoy haciendo un estudio profundo sobre la dinastía diecisiete y Seguenen-Ra^[5]. A nosotros nos interesa mucho esto. Parece fiebre familiar.

—No sé mucho sobre ello —contesté—. Los estudios de Medicina son una cosa muy pesada y no dejan tiempo para otras lecturas.

—Naturalmente —convino—, usted no puede especializarse en todo; pero si quiere saber cómo es este oficio de chacal literario, le enseñaré mis notas.

Yo acepté la oferta alegremente, aunque no por puro entusiasmo, y ella sacó de la cartera cuatro libros forrados de azul, uno de cada dinastía egipcia, desde la XIV hasta la XVII. Miré las anotaciones de que estaban llenos y discutimos sobre el confuso periodo que abarcaban, bajando la voz gradualmente, mientras Mr. Godfrey iba cerrando los ojos e iba apoyando la cabeza en el respaldo de la silla. Estábamos en el crítico reinado de Apepa II, cuando sonó un ronquido en el silencio de la habitación que a nosotros nos hizo lanzar una carcajada lo más reprimida que pudimos.

—La conversación de usted ha hecho su labor —susurro Miss Bellingham mientras yo cogía cuidadosamente mi sombrero y juntos salimos de la habitación de puntillas hasta la puerta.

Una vez fuera, ella cayó en un estado de abatimiento y me dijo agradablemente:

—¡Qué amable ha sido usted viniendo esta noche a verle! Le ha hecho un gran bien... Le estoy muy agradecida... Buenas noches.

Nos dimos la mano cordialmente y yo bajé la escalera lleno de alegría.

Capítulo V. El hallazgo

La consulta de Barnard, a quien yo suplía, estaba sujeta, como tantas otras, a fluctuaciones que llenan al médico luchador de esperanza y desesperanza. Uno de estos intervalos fue el que tuve al día siguiente de mi visita a Nevill's Court, con el resultado de que a las once y media de la mañana, me encontré sin saber qué hacer en el resto del día. Para mejor pensar el problema, me encaminé al muelle del Támesis, y, apoyándome en la balaustrada, contemplé la vista que me ofrecía el río con sus puentes de piedra grises y su perspectiva de arcos, más allá de los cuales descubría las siluetas del Monasterio y de St. Stephen.

Era una escena agradable, silenciosa y tranquila, con un no sé qué de romanticismo vital que provocaban sus barcas de velas, pasando bajo los puentes. En una de ellas que pasó cerca vi una mujer con delantal blanco dirigir el timón y un perro desparezando un ladrido tímido. Entonces pensé en Ruth Bellingham.

¿Qué tenía aquella extraña mujer, que había despertado tan profunda impresión en mí? Aquella pregunta me la había hecho varias veces sin lograr encontrar explicación apropiada. Pensé en todo cuanto la rodeaba, en su ocupación y su sabiduría algo recóndita, en su personalidad algo sorprendente y en su relación con el misterio de su tío desaparecido.

Pero, por encima de todo ello, había cierta simpatía y afinidad personal de la que yo era perfectamente consciente y de la que esperaba que ella también participase, siquiera fuera remotamente. De todas formas, yo estaba profundamente interesado en ella y ocupaba en mis pensamientos un lugar que ninguna mujer había ocupado.

De Ruth Bellingham mis reflexiones pasaron por transición natural a la curiosa historia que su padre me había contado. Era un asunto raro aquel testamento, con el abogado protestón en segundo término. Yo me inclinaba a pensar que había algo escondido en todo aquello, pero no llegaba a alcanzar la

profundidad del asunto. Era un caso para abogados y a ellos iría a parar. Aquella noche misma me decidí a ver a Thorndyke y contarle todo cuanto sabía.

Y entonces sucedió una de esas coincidencias que a todos nos asombran cuando suceden, pero que son tan frecuentes que han sido recogidas en un proverbio. Pues no acababa yo de pensar en ver a Thorndyke cuando vi dos hombres acercarse por la dirección de Blackfriars y reconocí en ellos a mi antiguo profesor y a su ayudante.

—Estaba pensando en ustedes —dije, mientras se acercaban.

—Muy agradecidos —respondió Jervis—, pero yo creía que hablaba con el diablo.

—Quizá —sugirió Thorndyke— estaba hablando solo. ¿Pero por que pensó en nosotros?

—Con referencia al caso de Bellingham. Me pasé casi toda la noche en Nevill's Court.

—¡Ah! ¿Hay sucesos nuevos?

—Sí, ya lo creo; Bellingham me explicó con detalles el contenido del testamento. ¡Un bonito documento, según parece!

—¿Le dio permiso para contármelo?

—Sí; le pregunté si podía hacerlo, y me dijo que sí.

—Bien. Nosotros vamos hoy a comer a Soho, pues Polton está ocupadísimo, de modo que si quiere venir a compartir nuestra mesa y contarnos todo eso...

Me pareció admirable, dado el poco trabajo que tenía, y acepté la invitación.

—Muy bien —dijo Thorndyke—. Entonces, vayamos despacio y continuemos con el asunto.

Seguimos andando por el paseo, como tres desocupados, y empecé mi historia. Como pude, relaté las circunstancias del testamento. Mis amigos me escucharon con gran interés y Thorndyke de vez en cuando me paraba para hacerme repetir alguna cosa, de todo lo cual tomaba nota en su librito.

—Por lo que se ve, el individuo debía de ser un lunático —exclamó Jervis, cuando hube terminado—. Parece ser que se ha metido en la mas infernal ingenuidad para contradecir sus propios deseos.

—Esa no es una peculiaridad infrecuente en los testadores —observó Thorndyke—. Un testamento directo y perfectamente inteligible es casi la excepción. Pero difícilmente podremos juzgar hasta que no hayamos visto el verdadero documento. Supongo, que Bellingham tendrá una copia.

—No lo sé —dije— pero se lo preguntaré.

—Si la tiene me gustaría echarle un vistazo —añadió Thorndyke—. Las cláusulas son muy raras y, como dice Jervis, admirablemente preparadas para deshacer los deseos del testador si hubiesen sido correctamente expresadas. De cualquier forma, hasta que veamos ese documento es prematuro discutir...

—Si tiene la copia, yo trataré de conseguirla —dije—; pero Bellingham tiene miedo de que crean que quiere tomar consejo de un profesional sin pagar nada.

—Eso —comentó Thorndyke— es bastante natural, pero usted debe quitarle todos los escrúpulos sobre ese particular. Espero que será capaz de hacerlo. Sé que es usted un joven capaz, como lo recuerdo de antaño, y parece que ha hecho una gran amistad con la familia.

—Son una gente muy interesante —expliqué—, muy ilustrados y con fuerte inclinación hacia la arqueología. Parece que lo llevan en la sangre.

—Sí —dijo Thorndyke—, una tendencia familiar, probablemente debido al contacto y al ambiente más bien que a la herencia. ¿De modo que simpatiza con Godfrey Bellingham?

—Sí. Es un poco nervioso e impulsivo, pero muy agradable, simpático y cariñoso.

—¿Y la hija? —preguntó Jervis—. ¿Cómo es?

—¡Ah! Es una mujer muy instruida; trabaja en cosas bibliográficas y de referencia en el Museo.

—¡Vamos! —exclamó Jervis con menosprecio— conozco el paño. Dedos manchados de tinta, sin pecho, deformada y con gafas.

Yo no pude reprimirme y contesté:

—¡Esta usted muy equivocado! Es muy bonita y sus modales perfectamente femeninos y delicados. Un poco seca en el trato, pero, después de todo, sólo soy un conocido, más bien un extraño.

—Pero —insistió Jervis—. ¿Cómo es en apariencia? ¿Pequeña? ¿Gorda? ¿Pelirroja? ¡Denos detalles completos!

Yo hice un rápido recuerdo mental y la definí como yo la veía.

—Bueno, déjense ustedes ahora de descripciones estéticas —dijo Thorndyke—, y entremos que ya hemos llegado a nuestro restaurante.

Abrió la modesta puerta de cristales y entramos en el comedor detrás de él, recibiendo en seguida la agradable atmósfera cargada de un olor apetitoso.

Dos horas más tarde dejé a mis amigos en King's Bench Walk.

—No le digo que venga ahora —dijo Thorndyke— porque tenemos que hacer unas consultas esta tarde. Pero venga a vernos pronto y no olvide el

documento.

—No —dijo Jervis—. Venga esta tarde, después de terminar su trabajo, a menos que tenga usted por ahí otra compañía mas agradable... No necesita usted ponerse tan encarnado, querido amigo; todos hemos sido jóvenes. Hasta hay una leyenda según la cual Thorndyke también fue joven, en el período anterior a la Primera Dinastía.

—No le haga caso Berkeley —sonrió Thorndyke—. Ya se dará él mejor cuenta cuando tenga mi edad.

—¡Matusalén! —exclamó Jervis—, me figuro que no tendré que esperar tanto.

Thorndyke sonrió a su ayudante y me tendió la mano cordialmente.

Desde el Temple partí en dirección norte hacia el adyacente Colegio de Cirujanos, en donde pasé un par de horas de aprovechado estudio, refrescando mi memoria con temas de patología y anatomía. Por fin, el reloj me recordó la hora del té y salí a la calle, encontrándome al poco tiempo en la esquina de Fetter Lane sin tener una idea clara, luego de mis pensamientos confusos, de por qué estaba allí.

Pero en aquel momento me despertó de mis reflexiones una voz estridente.

—¡Horrible hallazgo en Sidcup!

Me volví, enfadado, pues la voz de un vendedor de periódicos en Londres deja zumbados los oídos, pero la inscripción que vi sobre el poste amarillo anunciador cambió mi enfado por curiosidad.

—¡Horrible hallazgo en un lago!

No se puede negar que hay algo atractivo en la frase «¡un horrible hallazgo!». ¡Tiene aire de misterio, tragedia y romance, y promete traer a nuestra gris existencia el elemento dramático que es la base de ella! ¡Y en un lago...! Lo rústico del escenario parecía abultar el horror del descubrimiento cualquiera que fuese.

Compré un periódico, y, poniéndomelo debajo del brazo me apresuré a llegar al consultorio prometiéndome un gran festín de lectura, pero cuando abrí la puerta me encontré con una mujer corpulenta de buen aspecto que me saludó con un gruñido. Era la mujer de la carbonería de la plaza de Fleur de Lis.

—Buenas tardes, Mrs. Jablett —dije ásperamente—; supongo que no habrá venido por usted.

—Sí, sí, por mí —contestó y cuando la senté, en el sillón y yo me dispuse a escribir, agregó—: Es el interior, ¿sabe doctor?

Aquella declaración carecía de precisión anatómica y solamente excluía el dominio del especialista de la piel. Por tanto esperé a que diera más detalles y seguí especulando sobre el descubrimiento del lago mientras ella me miraba con expectación y ojos acuosos.

—¡Ah! —dije, por fin— se trata de... de su interior, ¿verdad?

—Claro. Y de mi cabeza —añadió, soltando un suspiro.

—Le duele la cabeza, ¿verdad?

—¡Algo crónico! —dijo—. Parece como si se abriera y se cerrara y cuando me siento parece que va a estallar.

De manera pintoresca, describiendo sus sensaciones, me tuvo un rato y cuando le receté una medicación y creía poder leer el periódico, se presentó otro paciente («Impétigo contagiosa» esta vez) y luego otro y otro y así sucesivamente aquella tarde hasta que olvidé el asunto del lago. Y solamente cuando me hube purificado de las consultas con agua caliente y un cepillo de uñas y estaba dispuesto a enfrentarme con mi frugal cena pude recordar el periódico y volví al consultorio para sacarlo del cajón de la mesa.

Lo coloqué apoyado en la jarra del agua, convenientemente doblado, y mientras cenaba iba leyendo:

«HORRIBLE HALLAZGO EN SIDCUP»

«Un sorprendente descubrimiento se hizo ayer tarde cuando se estaba limpiando un lecho de berros, cerca de la villa de Sidcup, en Kent. Un descubrimiento que dará mucho que decir a las personas a quienes les gusta esta clase de noticias. Pero antes de hablar de las circunstancias en que se hizo el descubrimiento (que es nada menos que el brazo de un cuerpo desmembrado) será interesante señalar la cadena de hechos por los que se ha verificado el descubrimiento.

»El campo de berros en cuestión se halla en un pequeño lago artificial, alimentado por un arroyo que forma uno de los numerosos afluentes del río Gray. Su profundidad es mayor que la usual donde crecen estos campos de berros y de no ser así, las macabras reliquias no se habrían ocultado nunca debajo de su superficie.

»El arroyo pasa por una sucesión de prados para pastos en uno de los cuales se hallan los berros que son pasto abundante durante gran parte del año para el ganado. Pero sucedió hace varios años que los corderos que frecuentaban estos prados fueron afectados por la enfermedad llamada “morriña hepática”, que ataca los conductos biliosos de estos animales por

medio de unos diminutos gusanos que aparecen en las plantas, los cuales, una vez dentro del estómago, se trasladan al hígado del animal. Después de declararse la enfermedad entre los corderos, el amo de los pastos, un tal John Bellingham, mandó a su abogado que los pastos fueran limpiados periódicamente y examinados por un experto, para estar seguros de la desaparición de la nociva enfermedad.

»Desde hace dos años aquellos berros están sin cuidar por haber expirado la escritura de arrendamiento, pero para seguridad de los pastos adyacentes, fue necesario hacer la periódica inspección, y, hallándose en ella, se hizo el descubrimiento.

»Las operaciones de limpieza empezaron hace dos días. Tres hombres empezaron sistemáticamente a arrancar las plantas y a recoger cuantos animalitos y gusanos encontraban para que fueran analizados por los técnicos, al objeto de comprobar si había alguna especie nociva cuando, ayer tarde, uno de ellos encontró unos huesos, cuya aparición levantó sus sospechas.

»Llamó a sus compañeros y cuidadosamente fueron arrancando las plantas. Pronto encontraron una inconfundible mano humana entre el cieno y las raíces. Afortunadamente, tuvieron la idea de no tocar ningún hueso y llamar a la Policía. En seguida se presentaron un inspector, un sargento y el forense, que se pusieron a examinar los restos tal y como habían sido hallados.

»Y entonces se descubrió otro hecho extraño, pues se vio que la mano, que era la izquierda, tenía un dedo de menos. Aquello lo consideró la Policía como hecho importante para la identificación, porque, siendo el dedo anular de la mano izquierda, debe de haber muy pocas personas con tal defecto.

»Después de un examen del lugar, fueron recogidos cuidadosamente todos los huesos y llevados al Depósito. El médico de la Policía, doctor Brandon, en una entrevista que sostuvo con nuestro redactor, hizo la siguiente declaración:

»—Los huesos son de la mano izquierda de un hombre de mediana edad, de unos cinco pies de alto. Aquí están todos los huesos del brazo, incluyendo el omóplato y la clavícula, pero faltan los tres del anular.

»—¿Es esto deformidad o ha sido cortado? —preguntó nuestro corresponsal.

»—El dedo fue cortado —replicó—. Si hubiera sido de nacimiento, el hueso correspondiente a la mano, o metacarpo, estaría deformado, y este es completamente normal.

»—¿Cuanto tiempo han estado en el agua los huesos?

»—Creo que más de un año. Están completamente limpios y no hay ningún vestigio de carne.

»—¿Tiene usted alguna teoría de cómo llegó a ser depositado el brazo en el sitio en que ha sido hallado?

»—No puedo contestar a eso.

»—Una pregunta más —pidió nuestro corresponsal—. El dueño de las tierras, Mr. John Bellingham, ¿no fue el caballero que desapareció hace algunos años?

»—Así me parece —replicó el Dr. Brandon.

»—¿Puede usted decirme si Bellingham había perdido el dedo de la mano izquierda?

»—No se lo puedo decir —respondió con una sonrisa—. Será mejor que lo pregunte a la Policía.

»Esto es cuanto sabemos por ahora, pero entendemos que la Policía está practicando activas investigaciones en busca de algún hombre perdido a quien le faltara el dedo anular de la mano izquierda y si alguno de nuestros lectores sabe de algún hombre que encaje con estas circunstancias le rogamos que comunique enseguida con nosotros o con la Policía...».

Dejé el periódico y me quede reflexionando. Era ciertamente un asunto de lo más misterioso. El pensamiento que vino casualmente al «reporter» me bullía en el cerebro. ¿Podrían estos restos pertenecer a John Bellingham?... Era posible, aunque el hecho de que apareciera el brazo en sus tierras no era sino circunstancia accidental.

Por otra parte, teníamos el dedo perdido. No había ninguna referencia de que Mr. Bellingham tuviera tal deformidad.

Iría a ver a Thorndyke en el curso de los próximos días y él me podría decir si tenía alguna relación el macabro descubrimiento con la desaparición de Mr. Bellingham porque por el momento, era inútil especular sin tener hechos concretos. Y, reflexionando así, me levanté de la mesa dispuesto a dar un paseo después de la cena antes de irme a la cama.

Capítulo VI. En el museo

La asociación del carbón con las patatas es un hecho sobre el que he pensado con frecuencia, sin llegar a ninguna explicación satisfactoria más que la de admitir que ambos son productos de la tierra y se hallan dentro de ella. De tal relación hallé varios ejemplares durante el tiempo que sustituí a Barnard, y uno de ellos era el establecimiento de la plaza de Fleur de Lys con una cueva misteriosa y oscura situada a varios pies debajo de la tierra, minando una vieja casa del lado oeste de Fetter Lane.

Pasando por aquel depósito de ambos productos a eso de las diez de la mañana, observé en la sombra de la cueva, nada menos que a Miss Oman. Ella me vio en seguida y me hizo una urgente seña con una mano que sostenía una gran cebolla española. Yo me acerqué sonriente.

—¡Qué cebolla tan magnífica, Miss Oman, y cuán generosa es usted al ofrecérmela!...

—No se la ofrecía a usted. Sólo quería decirle que vengo ahora mismo de su consultorio.

—¿Quería usted verme?

—¿Pues a qué iba a ir sino a verle a usted? ¿Piensa usted que fui a ver al botones?

—Claro que no, Miss Oman. Entonces ya no le sirven las curanderas y tiene usted que recurrir a los médicos, ¿eh?

Miss Oman me enseñó los dientes y casi gruñendo me dijo:

—Le fui a ver porque me mandó la señorita.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Miss Bellingham se ha dado un mal corte en la mano derecha, y como no puede dejar de trabajar y necesita escribir, debe usted ponerle pronto un remedio.

Tras este consejo, Miss Oman dio media vuelta y se metió de nuevo en la cueva como la bruja de Wokey Hole^[6] mientras yo regresé a toda prisa a mi consultorio para recoger los instrumentos necesarios, volviendo luego a Nevill's Court.

La joven sirvienta de Miss Oman me abrió la puerta y dijo lacónica:

—Mr. Bellingham no está, señor, pero Miss Bellingham, sí.

Después de decirme eso se retiró a la cocina y yo subí la escalera, al final de la cual encontré a Miss Bellingham esperándome, con la mano derecha metida dentro de algo que parecía un guante de boxeo blanco.

—Me alegro de que haya venido —me saludó—. Phyllis... Miss Oman, sabe usted..., me ha vendado la mano amablemente; pero quisiera que usted viera si está bien.

Fuimos a la sala, donde dejé mis instrumentos encima de la mesa y le pregunté sobre las particularidades del accidente.

—Ha sido de lo más desgraciado el que haya ocurrido ahora —comentó la joven mientras yo luchaba con uno de esos nudos femeninos que parecen de lo más difícil de deshacer y luego se sueltan en momentos inoportunos.

—¿Por qué dice usted ahora precisamente? —interrogué.

—Porque tengo que hacer un trabajo de una importancia especial. Una señora que está escribiendo un libro sobre Historia me comisionó para coleccionar toda la literatura referente a las cartas de Tell-el-Amarna... ya sabe usted que son las tablas cuneiformes de Amenhotep IV^[7].

—Bien. Espero que su mano estará buena pronto.

—Sí; pero eso no importa; el trabajo hay que hacerlo inmediatamente. Tengo que mandar todas las notas en la próxima semana, y eso será completamente imposible. Estoy terriblemente contrariada.

Yo había quitado ya todos los vendajes y descubierto la herida. Era una gran cortadura en medio de la palma que debía de haber interesado alguna arteria. Evidentemente, la mano no la podrá usar en una semana.

—Supongo —dijo— que no podrá vendarme de forma que pueda escribir. Moví la cabeza negativamente.

—No, Miss Bellingham; la tenemos que poner en un cabestrillo; no podemos correr el riesgo con un corte tan profundo como éste.

—Entonces tengo que renunciar a la comisión... No sé cómo mi cliente podrá adquirir los datos para esa fecha... Como usted ve, estoy muy bien en literatura del antiguo Egipto e iba a percibir una paga extraordinaria por ello. Hubiera sido una cosa interesante... Pero ¡qué le vamos a hacer!

Procedí metódicamente a la colocación de la venda, y, mientras tanto, reflexioné. Era evidente que ella estaba contrariada. Menos trabajo, menos dinero. Y bastaba ver su usado vestido negro para darse cuenta de que necesitaba ese dinero. Posiblemente además, tenía alguna necesidad especial que cubrir. Entonces tuve una brillante idea.

—No estoy seguro de que no tenga remedio —indiqué.

Ella me miró interrogativamente, y yo continué:

—Voy a hacerle una proposición; le suplico que me escuche y comprenda.

—Eso parece algo portentoso. ¿Qué es ello?

—Cuando yo estuve estudiando, aprendí el útil arte de la taquigrafía. No soy un brillante «reporter», pero puedo escribir al dictado a buena velocidad.

—¿Sí?

—Además tengo varias horas libres al día, generalmente, todas las tardes hasta las seis o seis y media, y se me ha ocurrido que si usted tuviera que ir al Museo por la mañana podría usted pedir los libros, estudiar los pasajes que necesitara (lo cual podría hacer sin emplear la mano derecha), y poner señales. Luego yo podría venir por las tardes y usted me leería los pasajes que yo tomaría en taquigrafía. Haríamos más en dos horas que usted en un día.

—¡Oh, que amable es usted, Dr. Berkeley! —exclamó—. Pero, desde luego, no puedo pensar en gastar sus ratos libres de esa manera, aunque aprecio mucho su amabilidad.

Me desanimé un poco con esta negativa, pero insistí en mi idea.

—Deseo que acepte. Puede parecer raro que casi un desconocido como yo haga tales proposiciones a una señora, pero si usted hubiera sido un hombre, en estas circunstancias especiales yo habría hecho lo mismo y usted hubiera aceptado.

—Lo dudo; de todas formas no soy un hombre. Muchas veces me gustaría serlo.

—¡Oh! Estoy seguro de que está usted mejor como es —exclamé con una expresión que nos hizo reír a los dos.

En este momento entró Mr. Bellingham en la habitación trayendo varios libros nuevos sujetos por una correa.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con simpatía—. Estoy seguro de que esto marcha bien. Doctor y paciente riéndose como un par de muchachos en la escuela. ¿Cuál es la causa?

Puso los libros encima de la mesa y escuchó sonriente, mientras le explicaba mis inconscientes palabras por las que reíamos.

—El doctor tiene razón —convino—. Estás bien como eres, pues, ¡sabe Dios qué clase de hombre serías! Toma su consejo y quédate tranquila.

Encontrándole de aquel excelente humor, me aventuré a explicarle mis propósitos. Él lo pensó con una atenta aprobación. Y cuando hubo terminado, preguntó a su hija:

—¿Por qué te niegas, niña?

—Porque le proporcionaría al Dr. Berkeley una gran cantidad de trabajo aburrido.

—Le daría una gran satisfacción —opuse yo—. De veras.

—¿Entonces por qué no? —preguntó Mr. Bellingham—. No hay ningún motivo para no agradecerle un favor al doctor, ¿verdad?

—No, no es eso —exclamó ella en seguida.

—Entonces, tómale la palabra. Lo dice de todo corazón. Es una buena acción y a él le gustará hacerla, estoy seguro. Está bien, doctor; ella acepta, ¿verdad niña?

—Bueno, si usted lo dice, sí; muy agradecida.

Ruth acompañó la aceptación con una sonrisa que fue una gratificación anticipada para mí. Cuando hicimos los planes necesarios, me marché, en un estado de máxima satisfacción, para terminar el trabajo de la mañana y luego almorcé.

Cuando, un par de horas más tarde, fui a recogerla la encontré esperándome en el jardín con la cartera de las notas, de cuyo peso la relevé, y marchamos juntos, vigilados por Miss Oman, que la había acompañado hasta la puerta.

Al remontar la plazuela, llevando aquella maravillosa mujer a mi lado, apenas si podía creer en mi buena fortuna. Por su presencia y la propia felicidad que yo me creaba, los humildes alrededores se glorificaron y los objetos mas vulgares se transfiguraban en cosas bellas. ¡Qué calle tan preciosa, por ejemplo, era Fetter Lane con su singular encanto y su gracia medieval! Holborn era para mí los Campos Elíseos y el ómnibus que nos llevó hacia el oeste era una carroza de las que conducen a la gloria.

El amor es una locura vista por el prisma del trabajo, y la materia y los pensamientos y actos de los enamorados no son sino tonterías, pero todas esas apreciaciones y reparos no valen nada en comparación con la grande y eterna realidad del amor entre un hombre y una mujer. Hay mas significación en el canto del ruiseñor al susurro de una noche de verano que en toda la sabiduría de Salomón (quien, dicho sea de paso, no estuvo exento de sus experiencias amorosas).

El portero de la biblioteca, desde dentro de la portería, nos miró cuando pasamos con una silenciosa bendición. Después de haberle dado mi bastón y mi sombrero y de haberme dado él a cambio una maravillosa chapa, pasamos a la sala de lectura.

Con frecuencia me he preguntado, al ver tantas personas diferentes reunidas en un salón de lectura, de donde vendrán aquellas singulares criaturas y a dónde irán después de que el inflexible reloj dé la orden de cerrar.

El caballero de aspecto trágico, por ejemplo, y de piernas largas, que se balancea como un muelle en espiral al andar, o el pequeño anciano con largo chaquetón negro y sombrero alto, que le ataca a uno los nervios cuando se vuelve repentinamente para descubrir que es una mujer. ¿A dónde van? Nunca se les ve por otra parte y parece como si se quedaran escondidos en algún rincón del museo y se escondieran hasta la mañana siguiente en algún sarcófago o ataúd de momia. ¿O es que se encaraman por el espacio y se meten en los estantes de libros y pasan la noche detrás de los volúmenes en confraternal atmósfera de piel y papel viejo? ¡Quién sabe! Pero lo que sí sé es que cuando Ruth Bellingham entró en aquel salón de lectura me pareció completamente diferente a todas aquellas personas, me pareció que pertenecía a otra clase humana.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunté, cuando hubimos encontrado un asiento libre—. ¿Necesita usted mirar el catálogo?

—No, tengo ya aquí los tickets, en el bolsillo. Los libros están esperando en el departamento de reservados.

¡Cuán delicioso e íntimo me parecía todo esto! Juntos fuimos a coger los volúmenes que contenían el material para nuestro trabajo.

Fue una tarde venturosa; pasé felizmente dos horas y media en aquella mesa de la biblioteca, llevando mi ágil mano a través de las páginas del libro de notas. Esto me introdujo en un mundo completamente nuevo para mí, un mundo en que el amor, la ciencia y la arqueología se mezclan en la más extraña y deliciosa combinación que la mente del hombre puede concebir.

Hasta entonces aquellas historias recónditas habían sido desconocidas para mí. Del maravilloso herético Amenhotep IV apenas si había oído yo hablar ni de la raza de los hititas, míticos e indeterminados, en tanto que las tablas cuneiformes se habían presentado a mi cerebro como algo parecido a un bizcocho fósil preparado para una digestión prehistórica.

Mientras estábamos sentados, ella tenía que susurrarme al oído porque no estaba permitido hablar y así fue como me tragué, con suprema fascinación,

los desconectados fragmentos egipcios, babilónicos, arameos, hititas, de Menfis, de Hamath y de Meggido. Un clérigo anciano al vernos en aquella actitud nos miró con sorpresa; no pude menos de sonreírme, pero mi compañera seguía infatigablemente con la constancia de un titan. Pero, al fin, llegó el momento y, cerrando un libro, dijo:

—Ya está por hoy.

Habíamos sacado el jugo a seis considerables volúmenes en dos horas y media.

—Ha estado usted mejor de lo que me dijo —afirmó ella—. Esto me hubiera llevado a mí dos días enteros de gran trabajo. No sé cómo agradeceréelo.

—No hay de qué. Me he entretenido y he practicado taquigrafía. ¿Qué hay que hacer ahora? ¿Necesitamos algunos libros para mañana?

—Sí; ya tengo la lista. Si quiere venir conmigo a la mesa de los catálogos, miraremos los números y anotaremos los títulos.

La selección de una nueva jornada de libros nos llevó otro cuarto de hora, y después de esto salimos.

—¿Qué camino seguiremos? —preguntó ella al salir a la calle, en donde encontramos a un policía uniformado, que a mí me pareció que fuese el ángel guardián del paraíso (menos mal que, gracias a Dios, no llevaba la espada de fuego que nos impidiera volver allí).

—Vamos —repliqué— a Museum Street, donde hay una lechería en la cual sirven unas excelentes tazas de té.

Me miró como si se hubiese puesto seria, pero me siguió, obediente, y de pronto estuvimos sentados juntos en la pequeña mesa de mármol, ante la tetera, discutiendo algunos puntos de interés.

—¿Hace mucho que trabaja de esta forma? —pregunté.

—Profesionalmente —contestó—, hace sólo dos años. Desde que se hundió nuestra casa. Pero mucho tiempo antes ya venía con mi tío John (el que desapareció de tan extraña manera), y le ayudaba a buscar datos. Eramos muy buenos amigos él y yo.

—Supongo que era un hombre que sabía mucho —sugerí.

—Sí; en cierto aspecto, como coleccionista era un sabio. Conocía el contenido de todos los Museos del mundo que tenían algún contacto con el antiguo Egipto y los había estudiado todos uno a uno.

Consecuentemente, como la Egiptología es una ciencia de museo en su mayor parte, él era un sabio egiptólogo; pero su interés estaba más en las

cosas que en los sucesos. Sabía mucho, desde luego, muchísimo, de la historia de Egipto; pero, por encima de todo, era un coleccionista.

—¿Y qué será de su colección, si realmente ha muerto?

—Gran parte de ella va al Museo Británico, por su testamento, y el resto pasa a su procurador, Mr. Jellicoe.

—¡Oh! ¡Mr. Jellicoe! ¿Y qué hará Mr. Jellicoe con las antigüedades egipcias?

—También es un egiptólogo entusiasta. Colecciona escarabajos y otros pequeños objetos que se pueden guardar en su casa particular. Siempre pensé que su entusiasmo por las cosas egipcias fue lo que les puso en contacto a él y a mi tío, aunque creo que es un excelente abogado y ciertamente un hombre muy discreto y cauteloso.

—Yo no le juzgaría así... a juzgar por el testamento de su tío.

—¡Oh! Aquello no fue falta de Mr. Jellicoe. Él asegura que quiso convencer a mi tío de que hiciera otro documento con previsiones más razonables; pero dice que el tío John era incommovible y más bien obstinado. Se lava las manos en el asunto y dice que es el testamento de un lunático... Y así es. Yo lo estuve mirando hace un par de noches y no comprendo cómo un hombre en su sano juicio pudo escribir tanta tontería.

—¿Tiene alguna copia, entonces? —pregunté rápidamente, recordando las instrucciones de Thorndyke.

—Sí. ¿Le gustaría a usted verla? Sé que mi padre le ha hablado a usted de ello; merece ser leído como una curiosidad.

—Me gustaría mucho enseñársela a mi amigo Thorndyke —repliqué—. Me dijo que le interesaría mucho leer las condiciones exactas. ¿Se le puede permitir ver el testamento y que nos diga algo sobre él?

—Yo no pongo ninguna objeción; pero ya sabe que mi padre tiene horror a que se crea que aprovecha gratuitamente el consejo de otro.

—¡Oh! Pero no debe tener escrúpulos de tal clase. El doctor Thorndyke quiere ver el testamento porque ya sabe usted que es un entusiasta de estos casos, y esto lo consideraría como un favor para él mismo.

—Es muy amable y delicado por su parte. Le explicaré la proposición a mi padre. Si quiere que el Dr. Thorndyke vea la copia, se la mandaré o la llevaré esta misma tarde. ¿Nos vamos?

Dije que sí perezosamente y, cuando hube pagado el modesto condumio, salimos dando la vuelta por Great Russell Street para evitar el ruido y tráfico de las vías pobladas.

—¿Qué clase de hombre era su tío? —pregunté mientras caminábamos por la tranquila calle y, de pronto, añadí—: Espero que no me considere preguntón, pues el único interés que me suscita es desde el punto de vista legal.

—Mi tío John —contestó, reflexionando— era un hombre muy particular y obstinado. Muy amigo de hacer su voluntad, autoritario y decididamente irrazonable.

—Es ciertamente la impresión que dan las cláusulas del testamento —dije.

—Sí, y no solamente el testamento, pues a mi padre le hizo una concesión absurda. Mi abuelo dispuso dividir la propiedad, pero él lo interpretó de otro modo y se hizo como él dijo. Y, naturalmente, no fue generoso.

»Me acuerdo —prosiguió tras una breve pausa— de una rara obstinación de su mala cabeza. Fue un pequeño asunto, pero muy corriente en él. Tenía en su colección un pequeño anillo de la Dinastía XVIII. Se cree que pertenecía a la reina Thi, la madre de “nuestro amigo” Amenhotep IV, aunque yo no lo creo, porque el anillo representa el Ojo de Osiris, y la reina Thi era adoradora de Aten, como usted sabe. Aparte de eso, era un anillo encantador y tío John, que tenía una gran devoción al Ojo de Osiris, mandó a un platero que hiciera dos reproducciones exactas, una para él y otra para mí. El platero, claro está, quiso tomar medida de nuestros dedos, pero tío John no quiso ni oír hablar de ello; los anillos tenían que ser copias exactas y una copia exacta tiene la misma medida que el original. Ya puede usted imaginarse el resultado. Mi anillo era tan holgado que no podía sostenerlo en el dedo, y el del tío John era tan estrecho que, aunque consiguió ponérselo, nunca logró quitárselo. Y esto fue por la circunstancia de que su mano izquierda era más pequeña que la derecha y así pudo llevarlo.

—¿Entonces usted nunca usó el anillo?

—No; quise modificarlo para ver si me lo podía poner, pero él no me lo permitió. Así que lo guardé y aún lo tengo guardado en una caja.

—Debió de ser un hombre muy testarudo —comenté.

—Sí. Era muy testarudo. Fastidió mucho a mi padre haciendo innecesarias alteraciones en la casa de Queen Square para colocar su museo. Es una casa preciosa por la cual tenemos gran cariño, pues toda nuestra familia ha vivido en ella. ¿Quiere usted verla?

Yo asentí con interés y entonces marchamos hasta Cosmo Place, en donde una partida de chiquillos jugaban por las esquinas robando un poco de la calma y quietud que envolvía al suntuoso edificio. A mí me pareció un lugar

agradable en aquella tarde de verano, con los rayos solares dorando el follaje de los arboles que rodeaban la casa.

Ella quedó triste junto a la acera, contemplando amargamente la antigua morada que había sido de su familia por generaciones.

Luego volvimos por el camino de Ormond Street. Mi compañera iba profundamente pensativa, volviendo por un momento a la sombría actitud que tanto me impresionó cuando la vi por primera vez.

Cuando llegamos a la entrada de Nevill's Court, Miss Bellingham hizo alto y me tendió la mano.

—Adiós —despidióse—, y muchas gracias por su valiosa ayuda. ¿Me da usted la cartera?

—Si la necesita... Pero tengo que sacar el cuaderno de notas.

—¿Por qué lo tiene que sacar? —interrogó ella.

—Tengo que pasarlo a escritura común.

Una expresión de consternación se esparció por su cara, y tan aturdida estaba, que se olvidó de soltar mi mano.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Que tonta soy! Pero es imposible, doctor Berkeley; eso le haría perder muchas horas.

—Pero de otra manera, las notas no valdrían para nada. ¿Quiere usted la cartera?

—No, desde luego. Pero estoy tremendamente espantada. ¿No sería mejor que dejara usted su idea de ayudarme?

—¡Ese sería el fin de nuestra colaboración! —exclamé trágicamente, dándole un fuerte apretón de manos, y entonces ella recordó su posición y la retiró en seguida.

—¿Es que no le importaría a usted perder el trabajo de toda una tarde? Ciertamente que yo no quiero. Así que adiós y hasta mañana. Iré a la sala de lecturas tan pronto como pueda y no se olvide del testamento para el Dr. Thorndyke.

—No. Si mi padre quiere, lo tendrá esta misma tarde.

Ella cogió los tickets y, dándome las gracias, se metió en el patio.

Capítulo VII.

El testamento de John Bellingham

La tarea en que me había embarcado yo mismo tan voluntariamente, resultó, al considerarla en frío, como Miss Bellingham dijera, esto es, bastante pesada. El resultado de escribir en taquigrafía durante dos horas y media a una velocidad de cien palabras por minuto, me llevaría bastante tiempo en transcribirlo.

Reconociendo esta verdad, no perdí tiempo, y a los cinco minutos de estar en mi consultorio estaba sentado ante la mesa atareado en pasar los ininteligibles caracteres a escritura corriente.

La ocupación no me resultó desagradable en modo alguno, porque la llevé a cabo con amor y, además, porque el asunto mismo era interesante y me transportó a un nuevo mundo (que era el de ella) del que, de vez en cuando, era sacado por la presencia de un paciente.

La tarde transcurrió sin ninguna noticia de Nevill's Court, y empecé a temer que los escrúpulos de Mr. Bellingham hubieran sido insuperables. No es que me importara tanto la copia del testamento como la posibilidad de una visita, aunque fuese breve, de mi linda compañera de biblioteca, y cuando, al toque de las siete y media, se abrió la puerta con alguna violencia, desaparecieron mis temores y se esfumaron mis esperanzas, pues fue Miss Oman quien, llevando en la mano un sobre azul, como si fuera un ultimátum de guerra, apareció ante mis ojos.

—Aquí traigo esto de parte de Mr. Bellingham —dijo—. Dentro hay una nota.

—¿Me da permiso para leer la nota, Miss Oman? —pregunté con velada ironía.

—¡Dios Santo! ¿Y qué iba a hacer con ella? —exclamó—. ¿Pues no se la traigo para eso?

—Así lo supongo —dije, y, dándole las gracias por su generoso permiso, me puse a leer la carta.

Sólo contenía unas líneas, autorizándome a enseñar la copia del testamento al Dr. Thorndyke.

Cuando levanté la vista del papel, encontré sus ojos mirándome con expresión crítica.

—Parece que quiere usted hacerse agradable con ciertas personas —observó.

—Trato de serlo con todo el mundo —dije—. Es mi natural.

—¡Bah! —exclamó.

—¿Es que no me encuentra usted agradable? —pregunté.

—Demasiado —dijo—, pero quisiera advertirle que tenga cuidado...

Y antes de que terminara entró otro cliente y Miss Oman se despidió.

Las consultas se consideraban terminadas después de las ocho y media, hora en que Adolphus, con precisión ejemplar, cerraba la puerta de la calle. Aquella noche hizo como de costumbre y cuando apagó la luz de gas del consultorio me dio las buenas noches.

Cuando me encontré solo, me puse de pie y comencé a considerar aquel testamento que había en el sobre azul encima de la mesa. Pensé al propio tiempo en el trabajo de las notas taquigráficas que aún me quedaban y decidí concluirlo en un par de horas antes de acostarme o por la mañana.

Lo importante, por el momento, era llevar aquel documento a Thorndyke y, a tal efecto, me dispuse a salir en dirección al Temple.

La suave campana del reloj de la Tesorería lanzaba los confidenciales tonos de las nueve menos cuarto, cuando golpeé con el puño de mi bastón la puerta de la casa de mis amigos.

No hubo respuesta, ni al acercarme vi luz en las ventanas. Estaba pensando en subir al laboratorio, al piso de encima, cuando oí en la escalera voces que me eran familiares.

—¡Hola, Berkeley! —exclamó Thorndyke—. Le encontramos a usted esperando...

—No llevo mucho tiempo —repose.

—Muy bien —dijo Thorndyke, mientras encendía la luz—. ¿Y qué nuevas noticias nos trae? Veo un sobre azul sobresaliendo de su bolsillo.

—Tiene razón.

—¿Es alguna copia del testamento? —preguntó.

Le contesté que sí, y que tenía permiso para enseñársela.

—¡Qué dije! —exclamó Jervis—. ¿No te dije que nos traería la copia, si existía?

—Admitimos tus pronósticos —convino Thorndyke—, pero no seas jactancioso.

Y, dirigiéndose a mí, me preguntó:

—¿Ha leído el documento, Berkeley?

—No; ni lo he sacado del sobre.

—Entonces será nuevo para todos. Veremos si coincide con lo que nos refirió usted la otra vez.

Colocó tres sillones en forma conveniente para la luz; Jervis, observándole con una sonrisa, señaló:

—Ahora Thorndyke va a disfrutar a su gusto. Para él, un testamento perfectamente ininteligible siempre ha sido un motivo de belleza y alegría, especialmente si está asociado con alguna clase de misterio.

—Yo no sé —dije— que este testamento sea particularmente ininteligible. El problema me parece que está en que es demasiado inteligible. Sin embargo, aquí está —y se lo alargué a Thorndyke.

—Me figuro que podremos fiarnos de esta copia —dijo éste, mientras abría el documento y lo miraba.

—¡Oh, sí! —añadió enseguida—. Veo que esta copiado por Godfrey Bellingham, comparado con el original y correctamente certificado. Jervis lo leerá despacio, mientras yo hago otra copia para referencia.

Cogió papel y pluma y, cuando estuvimos debidamente acomodados con las pipas encendidas, Jervis abrió el documento y comenzó la lectura, con un carraspeo preliminar:

«En el nombre de Dios. Amen. Esta es la última voluntad y testamento de John Bellingham, domiciliado en Queen Square, número 141, en la parroquia de St. George, Blomsbury, London, distrito Middlesex; extendido hoy día veinticinco de septiembre del año de Nuestro Señor mil ochocientos noventa y dos.

»1.— Doy y lego a Arthur Jellicoe, abogado, domiciliado en el número 184 de New Square, Lincoln's Inn, en el distrito de Middlesex, toda mi colección de sellos y escarabajos y el contenido de mis gabinetes A. B. y D., juntamente con una suma de dos mil libras esterlinas, libre de derechos legatarios.

»Al Museo Británico, todo lo que me queda de mi colección de antigüedades.

»A mi primo de Poplars, George Hurst, en la región de Kent, la suma de cinco mil libras esterlinas, libres de toda obligación. Y a mi hermano Godfrey Bellingham (y si él muere, a su hija Ruth Bellingham) el resto de todas mis propiedades y todos mis efectos personales, sujetos a las condiciones que a continuación detallo:

»2.— Que mi cuerpo, sea depositado con los de mis antecesores en el cementerio perteneciente a la parroquia de St. George el Mártir o, si eso no fuera posible, en cualquier otro cementerio, panteón o capilla, u otro sitio cualquiera autorizado para la recepción de cuerpos muertos, situado dentro de la parroquia St. Andrew y St. George el Mártir, St. George Blomsbury y St. Giles-in-the-Field. Pero si estas condiciones no son llevadas a cabo, entonces:

»3.— Dejo el citado resto de mis propiedades y mis efectos a mi primo George Hurst antes citado y revoco todos los testamentos hechos por mí antes de éste y señalo al antedicho Mr. Jellicoe como albacea de mi último deseo, junto con el principal beneficiado, que será Mr. Godfrey Bellingham, si las condiciones anteriormente expuestas en la cláusula segunda son llevadas a cabo, o George Hurst, si las condiciones de la cláusula segunda no son debidamente cumplidas.

»John Bellingham»

»Firmado por el citado testador en nuestra presencia y para que conste firmamos como testigos: Frederick Wilton, 16 Medford Road, London, empleado. James Barber, 32 Wadbury Crescent, London, empleado».

—Bueno —dijo Jervis, dejando el documento sobre la mesa—, yo me he topado con muchos testamentos idiotas, pero éste sobrepasa a todos ellos. No sé ni siquiera cómo puede ponerse en practica. Uno de los albaceas es una mera abstracción... una especie de problema algebraico sin respuesta.

—Creo que esa dificultad puede vencerse —replicó Thorndyke.

—Yo no veo cómo —dijo Jervis—, porque si el cadáver se deposita en un lugar el albacea es A y si se entierra en otro el albacea es B. Pero como no aparece el cuerpo y nadie tiene idea de dónde se halla, es imposible demostrar que se encuentra en un sitio u otro.

—Estás abultando las dificultades, Jervis —dijo Thorndyke—, por que el cuerpo puede, desde luego, estar en cualquier parte del mundo, mas el lugar donde reposa en este momento está forzosamente dentro o fuera de estas dos parroquias. Si no se encuentra certificado de defunción que demuestre haberse enterrado el cuerpo dentro de los límites de esas dos parroquias, George Hurst es el coalbacea y heredero universal.

—Eso alegrará a sus amigos, Berkeley —observó Jervis—, porque podemos asegurar casi que el cuerpo no fue enterrado en ninguno de esos lugares.

—Sí —repuse yo—, pero, después de todo, ¿qué diablos le importaba a ese hombre el que le enterraran en un sitio u otro después que su cuerpo estuviera muerto y fuese a ser devorado por los gusanos? ¡Verdad que ha organizado un buen lío por un cuerpo que después de muerto para nada sirve!

—Esta juventud es irreverentemente materialista —replicó sonriente Thorndyke—. El comentario de usted no es de lo mas delicado. Recuerde que, aunque no tenga nada que ver con las creencias religiosas, es un sentimiento, al fin y al cabo, pero que no es necio, desde luego. Este sentimiento está tan extendido en el tiempo y en el espacio, que hemos de mirarlo con respeto como algo inherente al género humano. Piense —como indudablemente hizo John Bellingham— en los antiguos egipcios, cuya principal aspiración era la

del reposo eterno de sus muertos. Y vea los grandes trabajos que emprendían para llevarlo a cabo. Piense en la gran pirámide o en la de Amenemhat IV^[8], con su laberinto de falsos corredores y sus cámaras ocultas y selladas conteniendo sepulcros. Piense en el caso de Jacob o recuerde al mismo Shakespeare con su solemne adjuración a la posteridad para que le permitan descansar tranquilo en su tumba. No, Berkeley, no es un sentimiento necio. Yo, personalmente, no me preocupo por lo que haya de ser de mi cuerpo después de muerto, pero reconozco que otros hombres tienen otro punto de vista más serio. Y eso es lo que da a ese testamento una importancia especial.

—¿En que sentido? —preguntó Jervis con ansiedad.

—Consideremos las cláusulas del contrato punto por punto —dijo Thorndyke y primero notemos que el testador deja el asunto en manos de un abogado listo.

—Pero Mr. Jellicoe desaprobó el testamento —aduje yo—. Protestó fuertemente contra la forma en que fue hecho.

—Eso lo tendremos también en cuenta —dijo Thorndyke—. Y ahora, con referencia a las cláusulas, lo primero que nos extraña es su preponderante injusticia. La herencia de Godfrey está sujeta a las condiciones de disponer del cuerpo del testador. Pero ello no está bajo el control de Godfrey.

»El testador puede haber muerto en el mar, o haber perecido en un incendio, o haber muerto en el extranjero, donde su tumba no pueda ser identificada. Hay numerosas contingencias probables, además de la improbable de que el cuerpo sea encontrado en algún otro cementerio.

»Pero, aun si se encuentra, cabe otra dificultad: las tumbas sería imposible de volverlas a abrir sin un permiso especial, y creo que eso no se lograría. Tal vez se habría tropezado con la dificultad de la cremación, pero aun así ello no sería dependiente de Godfrey Bellingham.

»Ahora bien, si leemos las cláusulas segunda y tercera con detenimiento, veremos que ha hecho virtualmente imposible que sus deseos se cumplan. Desea ser enterrado en un lugar determinado, y hace a Godfrey responsable de ello. Pero no le da poder ni autoridad para llevar las condiciones a cabo y, coloca obstáculos insuperables en su camino, pues hasta que Godfrey no sea albacea, no tiene poder para cumplir las condiciones del testamento, y hasta que las condiciones no sean cumplidas, no puede llegar a ser albacea.

—¡John Bellingham no pudo pensar en hacer ese testamento nunca! —dije yo.

—¡Claro que no! —convino Thorndyke—. Las condiciones del testamento demuestran claramente, en el fondo, que no. Observa que deja

cinco mil libras a George Hurst si las condiciones de la cláusula segunda se cumple, pero a su hermano no le deja nada si ésta no se cumple. Desde luego, él no se dio cuenta de la posibilidad de esa contingencia. Él admitió como cosa segura el que las condiciones de la cláusula dos se cumplirían y consideró a las condiciones mismas como una mera formalidad.

—Pero —objetó Jervis—, Jellicoe debió de haber visto el peligro de algún incidente y su deber consistía en haber avisado a su cliente.

—Exactamente —dijo Thorndyke—. Así está el misterio. Tenemos entendido que él hizo duras objeciones y que John Bellingham fue terco. Pero es comprensible que un hombre se atenga obstinadamente a una estúpida y perversa disposición de sus bienes; lo que no se comprende es que, después de haberle hecho entender que una forma determinada de expresión iría en contra de sus propios deseos, un hombre intente causarse el mal tontamente; eso es lo que yo llamo un misterio que hay que estudiar detenidamente.

—Si Jellicoe hubiese sido parte interesada —dijo Jervis—, uno habría sospechado de él, pero no le afecta...

—No —dijo Thorndyke—. La persona que se favorece con ese embrollo es George Hurst, pero démonos cuenta de que éste no conocía el testamento y que no hay nada que nos pruebe que él sea responsable de la forma en que se hizo.

—La cuestión práctica es —dije yo— ver lo que va a suceder y averiguar lo que puede hacerse por los Bellingham.

—Es probable —contestó Thorndyke— que el próximo paso lo dé Hurst. Es la parte mas interesada y será, seguramente, quien vaya a los Tribunales a pedir la presunción de muerte, para poder administrar el testamento.

—¿Y qué harán los Tribunales? —pregunté yo.

Thorndyke sonrió secamente.

—Ahora me esta usted planteando una bonita adivinanza. La decisión de los Tribunales no la puede uno prever, pero se puede uno figurar que un Tribunal no puede creer fácilmente una presunta muerte.

»Pero claro esta que Godfrey debe oponerse a la petición, a menos que pudiera demostrar que las condiciones de la cláusula segunda han sido cumplidas... cosa que, desde luego, no puede hacer. Pero puede dar algunas razones para que crean que John Bellingham está todavía vivo. Y como está bastante claro que en el testamento se pensó en él como primer beneficiado, su oposición ha de ser de mucho peso para los Tribunales.

—¡Oh! ¿Es verdad? —exclamé, más contento—. Eso me explica el extraño proceder de Hurst. Soy un estúpido al haberme olvidado de decirlo.

Ha tratado de llegar a un acuerdo privado con Godfrey Bellingham.

—¿De veras? —sorprendióse Thorndyke—. ¿Qué clase de acuerdo?

—La proposición fue ésta: que Godfrey le apoyara a él y a Jellicoe en los Tribunales para que permitiera presumir la muerte de su hermano y así poder administrar el testamento. Hurst le pagaría cuatrocientas libras anuales mientras viviese; el convenio quedaría en pie contra todas las eventualidades.

—¿Qué quiere decir esto último?

—Significa que si el cuerpo se hallara alguna vez y se pudieran cumplir las condiciones de la cláusula segunda, Hurst continuaría con la herencia y seguiría pagando a Godfrey las cuatrocientas libras anuales.

—¡Hum! —exclamó Thorndyke—. Es una extraña proposición, muy extraña.

—Y sospechosa —dijo Jervis—; puede pensarse que Hurst tenga alguna razón para suponer que el cuerpo será hallado y quiera aprovecharse de la oportunidad que le ofrece la pobreza de Godfrey para poner a seguro su herencia, suceda lo que suceda... pero eso no me gusta nada.

—¿Sabe usted si Godfrey ha rehusado tal proposición? —preguntó Thorndyke.

—Sí, y de muy mala manera. Y creo que los dos caballeros estuvieron cambiado opiniones sobre las circunstancias de la desaparición con más franqueza que delicadeza.

—¿Sí? —sonrió Thorndyke—. Eso es una lástima. Si el asunto va a los Tribunales habrá gran cantidad de discusiones y comentarios desagradables en los periódicos. Pero si los dos comienzan a despertar sospechas el uno del otro, no hay duda de cómo acabara el asunto.

—¡No, desde luego! —exclamó Jervis—. Si las llamas de la acusación comienzan a bailar delante del Tribunal, veo el camino expedito para Old Bailey^[9].

—Hemos de hacer lo posible por impedir eso —dijo Thorndyke—, pero, volviendo al asunto, ¿sabe usted, Berkeley, si Jellicoe actuará con Hurst en el probable paso que éste dé?

—No; éste no hará nada. Declina dar ningún paso sin asentimiento de Godfrey. Al menos así lo dice. Su actitud es de correcta neutralidad.

—Eso es bastante satisfactorio —dijo Thorndyke—. Aunque puede cambiar cuando el caso llegue a los Tribunales. Pues, por lo que usted dice ahora, parece que Jellicoe prefiere que el testamento se ejecute cuanto antes para quedar libre del asunto. Lo que es bastante natural, si él es también beneficiado con dos mil libras y una valiosa colección. Consecuentemente,

podemos resumir que, aunque se mantiene en una aparente neutralidad, su influencia está a favor de Hurst, más bien que de Bellingham, por lo cual éste debe ser aconsejado convenientemente y, cuando llegue el caso a los Tribunales, bien representado.

—Pero él no puede pagar para una cosa ni para otra —dije yo—. Es tan pobre como una rata de iglesia y tan orgulloso como el mismo demonio. No querrá aceptar ninguna ayuda profesional que no pueda pagar.

—¡Hum! —gruñó Thorndyke—. Eso es malo. Pero no podemos dejar que el caso se resuelva injustamente por falta de asistencia técnica. Además, es uno de los casos más interesantes con que me he encontrado y no quiero ver cómo lo chapucean. Él no puede negarse a oír un pequeño consejo de una manera amistosa. Y no hay nada que nos impida empezar las pesquisas preliminares.

—¿De qué clase serán?

—Bien; para empezar nos aseguraremos de que las condiciones de la cláusula segunda no han sido cumplidas, o sea, que John Bellingham no ha sido enterrado en ninguno de los cementerios mencionados. Desde luego, no lo creo; pero tenemos, que cerciorarnos, y luego hemos de convencernos igualmente de que no está vivo. Esto pudiera ser posible y es cuenta nuestra el seguirle la pista. Jervis y yo llevaremos a cabo estas investigaciones sin decir nada a Bellingham; mi ilustre amigo mirará los registros de los enterramientos, sin olvidar las cremaciones, y yo me encargaré de lo otro.

—¿No puedo hacer yo algo? —pregunté.

—Mientras tanto, usted, Berkeley, debe convencer a su amigo para que nos permita echar un vistazo en el asunto. Debe hacerle a la idea de que esto lo hago por puro interés intelectual, para ampliar más mis conocimientos.

—Pero ¿no querrá usted auxiliarse por un abogado? —pregunté yo.

—Sí; pero nominalmente; sólo como una mera fórmula. Nosotros haremos todo el trabajo. Pero ¿por qué lo pregunta usted?

—Porque estoy pensando que el abogado costara algún dinero e iba a mencionar que dispongo de alguna cantidad.

—Puede guardar ese dinero, mi querido amigo; lo necesitará para poner su consulta. No se preocupe; no habrá ninguna dificultad con el abogado. Se lo pediré a mi amigo Mr. Marchmont, que llevara el caso, estoy seguro.

—Es mucha amabilidad por parte de usted el tomarse tanto interés por el caso de mis amigos. Y creo que ellos se quitaran de encima ese orgullo tan tonto... Pero esa es la forma en que se porta la gente bien educada.

—¡Ya sé lo que tenemos que hacer! —exclamó Jervis—. Tengo una idea brillante. Usted dará una pequeña cena en su casa e invitará a los Bellingham y a nosotros. Entonces usted y yo atacaremos al viejo caballero, y Thorndyke ejercitara sus persuasivos poderes con la señorita. Estos solterones crónicos incurables, como usted sabe, son irresistibles.

—Se habrá usted dado cuenta —me dijo Thorndyke— de que mi respetable amigo me condena a un celibato eterno. Pero su idea es excelente. Una discusión después de la comida nos pondrá en perfecto contacto.

—Sí —dije—, me gusta la idea, pero no podré ponerla en práctica hasta dentro de varios días porque tengo ocupado todo el día ahora.

Los dos me miraron sorprendidos y entonces me vi obligado a explicar lo de la mano herida y la transcripción de las tablas cuneiformes de Tell-el-Amarna. Yo miraba nerviosamente a Jervis, pero la sonrisa burlona que estaba esperando que se dibujara en su boca, no apareció; por el contrario, me escuchó muy serio, y cuando hube terminado me dijo, usando el diminutivo de mi nombre, con que me conocían en el Hospital:

—Ya dije, Polly, que eres un buen camarada, y en verdad que siempre lo fuiste. Espero que los amigos de Nevill's Court se darán cuenta de eso.

—Se dan cuenta de lo que es necesario —contesté—. Pero, volviendo a la conversación, ¿les conviene a ustedes dentro de ocho días?

—A mí, sí —dijo Thorndyke, mirando a su ayudante.

—Y a mí, también —contestó éste—, si los Bellingham pueden esperar a ese día. Si no, tendremos que cambiarlo por otro.

—Bien —terminé levantándome y vaciando mi pipa—. Mañana enviaré la invitación. Y ahora he de marcharme para continuar mis notas taquigráficas.

Cuando me dirigía a casa, especulaba con la idea de encontrarme con mis amigos bajo mi propio techo (o, mejor dicho, de Barnard), y pensé en las peculiaridades del ama de Barnard, debido a las cuales yo no me había atrevido antes a alimentar la idea de invitar a mis amigos, pero no sería difícil preparar lo necesario para tan interesante reunión.

Capítulo VIII.

Un idilio en el museo

No puedo decir si fue que la práctica revivió en mí una habilidad adormecida o si Miss Bellingham habíase excedido en su apreciación del trabajo, pero, fuese una cosa u otra, lo cierto es que a la cuarta tarde habíamos ya casi acabado el trabajo y yo estaba dispuesto a buscarme alguna pequeña excusa para regresar otra vez a la Biblioteca.

Por corto que resultara el periodo de colaboración, había sido, sin embargo, suficiente para producir un gran cambio en nuestras relaciones, porque no hay amistad tan íntima o satisfactoria como la que se forja trabajando en común, especialmente cuando se trata de un hombre y una mujer.

Todos los días al salir de la Biblioteca íbamos a tomar el té en perfecta camaradería a una lechería cercana y luego íbamos a casa por Queen Square, discutiendo sobre el trabajo del día y el estado del mundo en aquellos remotos tiempos del rey Ahkhenaten, en que eran del dominio público las tablas de Tell-el-Amarna.

El último día terminamos antes de la hora en que acostumbrábamos a salir, pues ya habíamos dado fin a todo el trabajo que había que realizar.

—¿Qué podemos hacer ahora? —pregunté al abandonar la biblioteca—. En todavía muy temprano para ir a tomar el té. ¿Vamos a visitar alumna de las galerías de arte?

—Ya lo creo —me dijo ella—. Podríamos ver algo relacionado con lo que hemos estudiado. Por ejemplo, hay un relieve de Ahkhenaten arriba, en la Tercera Sala Egipcia; podemos ir a verlo.

Acepté gustoso y me dejé guiar por ella, tan entendida en estos asuntos. Pasamos por la Galería Romana, a lo largo de una hilera de Emperadores Romanos, todos ellos de aspecto moderno y vulgar.

Mientras paseábamos, yo aproveché la oportunidad para discutir la desinteresada participación de Thorndyke en el asunto del testamento, desde

el punto de vista legal. Ella ofrecía cierta resistencia y recordaba los prejuicios morales de su padre.

—¿No le parece extraño —dijo, después de un silencio— que siempre nuestras conversaciones nos lleven a mi tío? ¡Ah!, y a propósito, eso me recuerda que los objetos que donó al Museo se encuentran en la misma sala que el relieve de Ahkhenaten. ¿Le gustaría a usted verlos?

—Claro que sí, con mucho gusto.

—Entonces, vamos a verlos primeramente —continuó—. Y creo que me gustaría presentarle a un gran amigo mío... con su permiso, por supuesto.

Aquel deseo no me satisfizo, pues en mi interior mandé a su amigo al diablo, pero, exteriormente, manifesté mi deseo de conocer a cualquiera a quien ella honrara con su amistad. Por su parte, ella siguió su camino, sonriendo de manera enigmática.

Al cabo de unos minutos llegamos frente a una vitrina, y ella dijo:

—Este es amigo. Permítame presentarle a Artemidorus, el último de El-Fayum. ¡Oh, no se ría! —suplicó—. Hablo en serio. ¿No sabe usted que los católicos sienten devoción por algún santo que desapareció mucho tiempo ha? Pues así siento yo por Artemidorus, y si viera usted el consuelo que da al corazón de una mujer sola el tener un amigo así, callado; siempre dispuesto a alegrarme con su gesto delicado y pensativo...

Un gran alivio me entró al comprender que su amigo no era de carne y hueso, sino la efigie de un griego desaparecido siglos atrás^[10].

Y durante largo rato estuvimos contemplando la interesante momia, que no era otra cosa, el tal Artemidorus.

Pero no era una momia ordinaria. Aunque egipcia en su forma, era enteramente griega en su sentir, y el colorido aplicado, de acuerdo con los gustos raciales, era tan distinto de los demás, que aquéllos parecían bárbaros en comparación con estos retratos tan naturales y delicados.

—¡Es tan dulce y tan humano! —exclamó Miss Bellingham—. Es la expresión misma de la melancolía. Muy distinto de lo que le rodea. Ahí tenemos a Anubis, a Isis y Nephthys, y más allá a Horus y Tahutí, pero no podemos imaginarnos a Artemidorus adorado como los otros dioses.

—Es verdad —dije yo—. Rebosa dignidad y humanidad.

Quedamos luego un rato en silencio y, al cabo, ella observó, sonriente:

—Le agradezco mucho la simpatía que tiene por mis sentimentalismos.

Yo no me atreví a decir nada, y casi en seguida añadió:

—Aquí esta Ahkhenaten o Khu-en-aten, como los expertos traducen los jeroglíficos.

Luego me indicó una inscripción que decía: «Trozo de una tabla de piedra pintada con retrato de Amenhotep IV», y nos detuvimos a mirar la frágil y afeminada figura del gran rey, con su amplio cráneo y su barbilla rara y puntiaguda.

—No debemos de entretenernos aquí si queremos ver lo de mi tío, porque esta sala la cierran a las cuatro hoy.

Y con aquella advertencia avanzamos hasta el otro extremo de la sala, donde había una gran vitrina que contenía una momia y gran número de objetos. Una inscripción decía brevemente: «Momia de Sebek-Ho-Tep, escriba de la XXII Dinastía, y los objetos hallados en su tumba: cuatro vasos canópicos, en los que fueron depositados sus órganos internos, las figuras Ushabti, provisiones de tumba y varios artículos que habían pertenecido al difunto; su silla favorita, su cojín, su paleta de escritura con su nombre inscrito y el nombre del rey, Osorkon I, en cuyo reinado vivió, y otros pequeños objetos. Donativo de M. John Bellingham».

—Han puesto todos los objetos en la misma vitrina —me explicó la joven — para presentar todo el contenido de una tumba de la mejor clase. Como ve usted el muerto estaba provisto de todos sus requisitos: provisiones, mobiliario, instrumentos que empleaba para escribir en papiros y un cuerpo de criados que le atendían.

—¿Dónde están los criados? —interrumpí.

—¡Oh! Son las pequeñas figuras Ushabti; ellas son sus criados en el otro mundo, los que le atienden en la muerte. Era una idea extraña, ¿verdad?

—Sí —repliqué—, pero pienso en lo que habrá costado traer todo ésto desde Egipto a Londres.

—Valió la pena porque es una colección muy fina e instructiva.

—Y la máscara de la momia supongo que es un retrato... —dije.

—Es más que un retrato. Esta momia esta encerrada en un cartonaje, que se modela sobre el cuerpo. Este llamado cartonaje va formado por una serie de capas de tela o papiros unidas con goma o cemento de tal forma, que saca los rasgos generales del cuerpo. Como ve usted, el cuerpo dentro del cartonaje, es como una nuez dentro de su propia cáscara.

En este momento llegó a nuestros oídos una voz que anunciaba que era la hora de cerrar y esto nos hizo recordar que también era la hora de tomar nuestro té.

Nos dirigimos hacia la salida conversando todavía de asuntos sepulcrales, y encaminamos nuestros pasos hacia la lechería.

Después de tomar nuestro acostumbrado té, con mucha más parsimonia que de costumbre por ser aquel el último día... y después nos dirigimos hacia la casa de Miss Bellingham, alargando el paseo, caminando por la ruta menos directa posible. En la última calle nos llamó la atención la portada de un periódico que voceaba un vendedor y que estaba encabezado con esta inscripción:

MÁS NOTICIAS DEL HOMBRE ASESINADO

Miss Bellingham miró el título y se estremeció.

—¡Es horrible! ¿Ha leído usted algo de ello? —me preguntó.

—No; no leo los periódicos hace unos días.

—Ya me imagino que esas endiabladas notas le han ocupado mucho tiempo. Nosotros casi no compramos periódicos; pero Miss Oman nos los ha dejado estos últimos días: se deleita con toda clase de honores...

—Pero ¿de qué se trata?

—Han encontrado los restos de algún infeliz que fue asesinado y descuartizado. Me causó una horrible impresión leerlo, pues no pude evitar el pensar en mi tío John... Mi padre está descompuesto con esas noticias.

—¡Ah! Creo que leí algo de eso. ¿Se trata de los huesos que aparecieron en un lago de Sidcup?

—Sí; pero han encontrado algunos más. Creo que la Policía está haciendo una búsqueda sistemática y han hallado varias partes del cuerpo diseminadas en distintos sitios: Sidcup, Lee, St. Mary Cray... Y ayer apareció un brazo en uno de los estanques llamados «The Cuckoo Pitts», que están cerca de nuestra antigua casa.

—¿Qué? ¿En Essex? —exclamé.

—Sí; en el bosque de Epping, muy cerca de Woodford. ¿No es una cosa horrorosa? Tal vez fueron escondidos cuando aun vivíamos allí. Eso fue lo que más me horrorizó. Mi padre, cuando lo leyó, se puso tan descompuesto que tiró todos los periódicos por la ventana y la pobre Miss Oman tuvo que salir a recogerlos al jardín.

—¿Cree usted que él sospecha que esos restos sean de su tío?

—Me parece que sí, aunque no ha dicho nada en este sentido y, desde luego, yo no le he hecho ninguna sugerencia. Entre nosotros siempre tenemos la esperanza de que el tío John esté vivo.

—Pero ¿lo cree usted de verdad?

—No; temo que no. Y estoy segura de que mi padre piensa lo mismo, pero no quiere decirlo.

—¿Recuerda usted qué huesos han sido hallados?

—No; pero sé que fue encontrado un brazo entero en «Cuckoo Pitts», y creo que de un estanque cerca de St. Mary fue sacado un fémur. Pero Miss Oman se lo contará a usted todo, si le interesa. Tendrá placer en encontrar afinidad espiritual con usted.

—No sé qué afinidad puede yo tener con una mujer tan áspera —dije—, y especialmente tan seca.

—¡Oh, no diga eso, Dr. Berkeley! —protestó Miss Bellingham—. Realmente, no tiene mal genio; sólo en apariencia parece áspera, pero en todo el mundo no encontraría una mujer tan buena como ella. Figúrese que esta trabajando noche y día para hacerme un vestido presentable para el día de la reunión en casa de usted...

—Pues debe ser entonces en apariencia. Retiro lo dicho. A decir verdad, siempre me ha agradado esa mujer.

—¿No quiere usted ahora venir a tener algo de charla con mi padre? A pesar de todo hemos llegado muy pronto.

Acepté rápidamente; además tenía que hablar unas palabras con Miss Oman para que me diera algunas noticias sobre los asuntos de los periódicos y no quería hablar con ella delante de mis amigos. Por tanto, subí y estuve charlando con Mr. Bellingham, principalmente del trabajo que habíamos hecho en el Museo, hasta que fue hora de mi consulta.

Al irme, bajé la escalera con excesiva lentitud y metiendo tanto ruido como pude con los zapatos, con el resultado, ya supuesto, de que al pasar por la puerta de la habitación de Miss Oman ésta se abriría. Así sucedió.

—Yo me cambiaría de zapatos, si fuera usted —me lanzó.

—Estoy seguro de que usted haría eso instantáneamente; pero este pobre hombre no puede hacerlo —repuse sonriendo.

—Es usted un joven muy adulator —me riñó ella severamente, a lo que yo hice un gesto que ella recibió con desconcierto.

De pronto recordé mi misión y dije:

—Miss Oman, necesito ver qué es lo que usted me aconseja en un asunto de importancia.

Esto le interesó y, poniéndose tan hueca como una gallina, salió completamente fuera de la habitación.

—¿Sobre qué es? —preguntó ávidamente—. Pero no se quede aquí, donde todo el mundo puede oírnos. Pase y siéntese.

—No; ahora no puedo explicarle el asunto. Además no tengo tiempo — para decir todo esto asumí un aire de misterio—. Tengo trabajo en la consulta, pero si usted quiere pasar por allí, tendremos algunos minutos de conversación. Quedaré muy agradecido, porque realmente no sé cómo salir del apuro.

—No; claro que no. Los hombres muy raramente saben salir de un apuro. Pero usted es el mejor de todos, pues se da cuenta de que esta en una dificultad y tiene el buen sentido de consultar a una mujer. Pero ¿qué es? Tal vez le pueda ya ir buscando alguna solución.

—Bien... Usted sabe... —empecé evasivamente—. Es un asunto muy sencillo, pero no sé cómo salir de él... ¡Oh, por Dios! —exclamé, mirando mi reloj—. ¡Me encontraré con una multitud esperando!

Y salí corriendo, dejándola llena de curiosidad.

Capítulo IX.

La esfinge de Lincoln's Inn

Cuando se tienen veintiséis años no se puede decir que ha llegado uno a ser una persona de experiencia. No obstante, el conocimiento de la naturaleza humana, acumulado en aquel breve periodo, me bastó para tener la seguridad de que aquella tarde vendría a visitarme Miss Oman, y las circunstancias justificaron mi confianza porque faltaban dos minutos para las siete cuando se oyó llamar en la puerta del consultorio y la vi entrar.

—Pasaba por casualidad —explicó, y yo me sonreí por la coincidencia—, y pensé que debía entrar para ver lo que quería usted preguntarme.

Miss Oman se sentó en la silla de los pacientes, dejó un paquete de periódicos encima de la mesa y me miró con expectación.

—Muchas gracias, Miss Oman —repuse—. Es usted muy amable. Me da vergüenza el tener que molestarla a usted para una cosa tan pequeña.

Ella dio con los nudillos impacientemente sobre la mesa.

—No es molestia —exclamó un poco confusa—. ¿De qué... se trata?

Entonces le expliqué las dificultades que tenía con respecto a la comida de la invitación, y cuando hablaba hizo un gesto de disgusto.

—No comprendo por qué ha guardado tanto misterio —dijo.

—Es que si dejo a Mrs. Gummer que se encargue de ello —contesté—, hará alguno de sus extraños potingues irlandeses y me revolverá la casa para hacerlo. Por eso pensé que sería mejor traer algo frío de la calle, aunque sin dar a entender que he hecho muchos preparativos.

Miss Oman reflexionó.

—Haría usted mejor en dejarme a mí hacer las compras y encargarme por completo del asunto —fue su decisión final.

Aquello era lo que yo deseaba y lo acepté muy agradecido, sin hacer caso de los pensamientos de Miss Gummer.

Le entregué dos libras, y ella, después de hacer algunas protestas por mis extravagancias, se las metió en el bolsillo. Así que lo hubo cerrado con

inminente peligro de romper el broche, me miró severamente y frunció los labios.

—Es usted un buen muchacho —observó.

—¿Por qué dice usted eso? —pregunté.

—Porque se va a corretear los museos con chicas guapas so pretexto del trabajo. ¡Digo, trabajo! Sí, sí, ya le oí a ella contárselo a su padre. Ella cree que estaba usted perfectamente interesado por las momias y los gatos disecados, pero es porque no conoce a los hombres, que son todos una partida de...

—¡Pero, Miss Oman, no comp...! —empecé a decir.

—¡No me hable por favor! —dijo—. Ya le veo a usted embobado delante de las vitrinas prestando una falsa atención a todo con la boca abierta y haciéndose el interesante junto a Miss Bellingham. Y, a propósito, ¿sabe usted lo que quiere decir «hibernación»?

—¿Hibernación? —repetí.

—Sí. Encontraron una mancha de eso en el hueso hallado en un estanque, en Saint Mary Cray, y otra mancha similar en otro, descubierto en algún lugar de Essex. Necesito saber lo que es «hibernación».

—Usted debe de querer decir «eburnación^[11]» —dije después de un momento de reflexión.

—Los periódicos dicen «hibernación», y supongo que saben lo que se dicen; si usted no lo sabe no se avergüence de confesarlo.

—Bien; entonces no lo sé.

—En este caso, haría usted mejor en leer la prensa y averiguarlo —dijo, un poco ilógicamente—. ¿Le gustan los crímenes? —preguntó de pronto—. A mí me gustan con locura. ¡Ah! Y no olvide lo del dedo cuando lea el periódico. Eso sí que es interesante...

—¿El dedo? —repetí.

—Sí; encontraron una mano a la que le faltaba un dedo. La Policía cree que eso es una prueba muy importante. Pero, léalo y explíqueme lo que piensa.

Después de este mandato, salió; yo la seguí para darle un ceremonioso adiós en la puerta de la calle.

Me quedé mirando a la pequeña figura alejarse a saltitos por Fetter Lane abajo y, al volverme para entrar en el despacho, me llamó la atención un caballero de edad que estaba dando vueltas por la acera de enfrente.

Era un hombre muy particular, alto, delgado y huesudo, y la forma en que ponía la cabeza sugería en seguida a la mente del médico su falta de vista;

además llevaba unos gruesos lentes.

De pronto me vio y cruzó la calle con la barbilla echada hacia adelante y sus ojos azules fijos en mí a través de las gafas.

—No sé si usted podrá ayudarme —dijo, después de un cortés saludo—. Deseo visitar a unos conocidos y no me acuerdo de las señas. Es un callejón; pero el nombre se me ha olvidado en estos momentos. El nombre de mis amigos es Bellingham. Tal vez no los conozca usted... Aunque, por lo regular, los médicos conocen a mucha gente.

—¿Quiere usted decir Godfrey Bellingham?

—¡Oh! Entonces los conoce... ¿Es paciente de usted, no es verdad?

—Es paciente y amigo personal. Sus señas son Nevill's Court, 49.

—Muchas gracias. Y ya que es usted amigo de ellos, es posible que pueda informarme de las costumbres de la casa. No me esperan y no deseo hacer una visita molesta. ¿Cuál es la hora de costumbre para la comida de la tarde en casa de Mr. Bellingham? ¿Sería esa hora conveniente para ir?

—Generalmente hago mi visita de la tarde algo después de esa hora. Sobre las ocho y media. Para entonces han terminado ya de comer.

—¡Ah! ¿A las ocho y media? Entonces lo mejor sería dar un paseo antes de ir. No quiero molestarles.

—¿Quiere usted pasar y fumar un cigarrillo hasta que sea la hora de ir allá? Si se espera usted yo le acompañaré y le enseñaré la casa.

—Es usted muy amable —dijo mi nuevo conocido con una inquisitiva mirada a través de las gafas—. Me agrada poder sentarme un poco; es muy aburrido dar vueltas por la calle. Y no me queda tiempo para volver hasta Lincoln's Inn, a mi casa.

—¡Qué casualidad! —dije mientras le pasaba, a la habitación que Miss Oman había dejado vacante—. Usted debe ser Mr. Jellicoe.

—¿Qué le hace a usted pensar que soy Mr. Jellicoe? —dijo, mirándome con gran sorpresa.

—¡Oh! Solamente el hecho de que vive en Lincoln's Inn.

—Sí; ya veo. Yo vivo en Lincoln's Inn; Mr. Jellicoe vive en el mismo sitio; por lo tanto yo soy Mr. Jellicoe... Mala lógica, pero la conclusión es correcta: yo soy Mr. Jellicoe. ¿Qué es lo que usted sabe de mí?

—Poco; excepto que usted era el abogado del difunto John Bellingham.

—¡El difunto John Bellingham!... ¿Cómo sabe usted que ha muerto John Bellingham?

—Como hecho seguro, no lo sé; pero creí que ese era su pensamiento.

—¡Conque lo creyó usted! ¿Y de dónde lo sacó usted? ¿De Godfrey Bellingham? ¿Cómo sabe él que yo creo eso? Nunca le dije nada. Es muy imprudente, querido amigo, el expresar creencias de otra persona.

—Entonces, ¿cree usted que John Bellingham esta vivo?

—¿Quién dijo eso? Desde luego que yo no.

—Pero tiene que estar vivo o muerto.

—Cierto —convino Mr. Jellicoe—, estoy por completo con usted. Ha dicho una verdad innegable.

—No es luminosa, sin embargo —dije riendo.

—Las verdades innegables son muy a menudo así —replicó—. Son de tipo muy general, y yo afirmarí que la certeza de la verdad de una proposición dada es directamente proporcional a su generalidad.

—Es verdad —le contesté, y en seguida me aventuré a decir—: La desaparición de John Bellingham es un asunto muy misterioso.

—¿Por qué misterioso? —preguntó Mr. Jellicoe—. Hay hombres que desaparecen de vez en cuando y, cuando reaparecen, la explicación que dan parece más o menos creíble.

—Pero las circunstancias fueron algo misteriosas.

—¿Qué circunstancias?

—Me refiero a la forma en que desapareció de casa de Mr. Hurst.

—¿Y de qué forma desapareció?

—Bueno, claro está que yo no lo sé.

—Precisamente. Ni yo tampoco. Por eso no puedo decir si fue o no misteriosa.

—Ni siquiera es seguro que desapareciera de aquella casa —señalé.

—Exacto —corroboró Mr. Jellicoe—. Y si no lo hizo, todavía está allí; y si esta allí, es que no ha desaparecido; y si no ha desaparecido, no hay misterio.

Yo me reí de todo corazón; pero Mr. Jellicoe conservó su solemne actitud y continuó observándome a través de las gafas.

A mi vez las examiné y vi que eran por lo menos de cinco dioptrías. Había algo divertido en este feo abogado, con su seca apariencia. Su reserva me dio valor para hacerle otras preguntas, cuanto más indiscretas, mejor.

—Supongo que en estas circunstancias no apoyará, a Mr. Hurst en su proposición de pedir el certificado de presunta muerte a los Tribunales...

—¿En qué circunstancias? —preguntó.

—Me refiero a la duda que ha expresado sobre la muerte de John Bellingham.

—Mi querido señor: no estoy de acuerdo con su punto de vista. Si fuera cierto que el hombre está vivo, no hay razón para pensar que esté muerto; y si es cierto que está muerto, la presunción de muerte es imposible. No se puede presumir una certeza. La incertidumbre es esencia de la transacción.

—Pero —insistí—, si realmente usted cree que está vivo, no puede asumir la responsabilidad de declararle muerto y repartir la herencia.

—Yo no asumo ninguna responsabilidad; además, haré lo que decidan los Tribunales. No tengo preferencia en el asunto.

—Pero la decisión de los Tribunales puede declararle muerto, estando vivo.

—De ninguna manera. Si los Tribunales deciden que está muerto, entonces está legalmente muerto. Puede, es verdad, como mera circunstancia irrelevante y física, estar vivo. Pero, hablando legalmente, a los efectos testamentarios, está muerto. ¿Es que no ve usted la diferencia?

—Sí, creo que sí —admití.

—Ustedes los médicos son malos testigos en un juicio —comentó—, porque el sistema científico es completamente distinto del legal. El hombre de ciencia se basa en su propio conocimiento y observación, sin tener en cuenta los testigos. Si un hombre viene y le dice a usted que es ciego de un ojo, usted no se lo cree hasta que le ha aplicado algún infernal aparato con cristales de colores y luego comprueba que ve perfectamente, pero no ocurre lo mismo con la ley. Un tribunal tiene que juzgar según los testigos, y si un testigo jura que lo blanco es negro y no hay declaración en contra, lo que decide el tribunal es que lo blanco es negro, aunque el jurado piense de otra manera... tienen que decidir según las declaraciones.

—Pero supongamos que después de que el Tribunal haya fallado que John Bellingham está muerto aparece éste. ¿Qué sucede? —pregunté.

—Pues que le llegaría entonces su turno de reclamar ante el Tribunal, y éste, con nuevas pruebas, declararía probablemente que estaba vivo.

Después de una pausa pregunté:

—¿Se va a llevar pronto este caso a los Tribunales?

—Me parece, por lo que usted dice, que Mr. Hurst está pensando hacerlo. No hay duda de que su información viene de muy buena fuente —agregó mirándome con fijeza, sin mover un músculo de la cara.

La operación de sonsacarle era difícil y, sin embargo, me decidí a hacer algunos esfuerzos más, pensando más bien en sus divertidas conclusiones que en enterarme de nada. Y abiertamente abordé el asunto de los restos.

—¿Ha seguido usted en los periódicos los recientes descubrimientos de huesos humanos?

Me miró como si fuera de piedra y luego replicó:

—Los huesos humanos corresponden mejor a su profesión que a la mía; pero ya que usted los menciona, me acuerdo de que he leído algo sobre ello. Son huesos desmembrados, ¿no es así?

—Sí. Son partes desmembradas de un cuerpo.

—Ya me lo figuraba. No, no he estado al corriente de eso. Conforme avanza uno en la vida se va aplicando más a sus cosas, y yo ahora no me ocupo nada más que de mis pleitos. Estos descubrimientos son mas interesantes para un abogado de Criminología.

—Pensé que usted lo habría relacionado tal vez, con la desaparición de su cliente.

—¿Por qué? ¿Dónde está la relación?

—Porque... son los huesos de un hombre...

—Sí. Y mi cliente era un hombre con huesos. Es una relación, ciertamente, aunque no muy clara. Pero seguramente sabe usted algún detalle más...

—Sí —repliqué—. El hecho de que los huesos hayan sido encontrados en terrenos propiedad de su cliente parece ser algo significativo.

—¿Le parece a usted? —Mr. Jellicoe reflexionó unos momentos, aunque seguía mirándome fijamente, y después continuó—: No puedo comprenderle. Parece ser, según usted, que el descubrimiento de restos humanos en determinado lugar, levanta la sospecha «prima facie» de que los restos han sido enterrados por el dueño del lugar. Pero éste es un caso en que ello sería imposible. Un hombre no puede enterrarse a sí mismo estando desmembrado.

—No; claro que no. Yo no sugería que él mismo se enterrara, sino meramente el hecho de que se encontrara en sus tierras, lo que, en cierto modo, lo relaciona con él.

—Tampoco le acabo de entender a usted en esto —repuso—, a menos de que los criminales tengan la costumbre de enterrar a sus víctimas desmembradas en las tierras que les pertenecían.

En este momento Mr. Jellicoe miró el reloj y se levantó rápidamente, exclamando:

—¡Dios mío! Estoy aquí charlando y ya son casi las nueve menos cuarto...

Entonces me dispuse a salir con él, como había prometido, y le acompañé. Durante el camino la conversación derivó a mi visita al Museo y a las cosas

egipcias allí expuestas, en las que parecía muy enterado, pero cuando le di la mano y le dejé delante de la verja de la casa de los Bellingham, desapareció de su rostro su vivacidad y entusiasmo y solo quedó el taciturno y seco abogado, poco comunicativo y algo sospechoso.

Capítulo X.

La nueva alianza

Mi amigo, a quien suplía yo, tenía en el consultorio un magnífico ejemplar del diccionario «Gran Lexicógrafo», el cual daba a la posteridad una definición del acto de comer, que decía: «Comer: devorar con la boca». Aquello me pareció bastante sorprendente, porque para mí ese acto era una función simpática y agradable en tanto que semejante expresión la presentaba como algo cínico y poco delicado. Aquella brutalidad la hubiera yo alterado por «ingestión de sustancias alimenticias», pongo por ejemplo.

Ese proceso material, y tan carnal, forma indudablemente acompañamiento agradable a las actividades intelectuales.

Y para hacerlo más agradable aún reforcé la iluminación con candelabros accesorios; la luz cae sobre la pequeña mesa del salón del primer piso que mira a Fetter Lane; las cortinas están corridas, lo que unido a la amistosa conversación, el sonido del vino cayendo en los vasos y al sonoro tintineo de cuchillos y tenedores, creaba un ambiente acogedor y agradable, visible, al menos en uno de los presentes, Godfrey Bellingham, que pareció recordar con sugerencias patéticas sus mejores tiempos.

La conversación pasó de un tópico a otro, concernientes principalmente a asuntos de arte, sin acercarse ni por un momento al tema criticó del testamento de John Bellingham. Pasó de la pirámide escalonada de Sakkara hasta los suelos de las iglesias medievales; desde el arte industrial de la Edad de Piedra hasta la civilización de los aztecas...

Yo empezaba a sospechar que mis dos amigos estaban tan interesados en la conversación, que habían olvidado el secreto propósito de la reunión, porque ya se habían servido los postres y no se había hecho mención al «caso». Pero parecía como si Thorndyke no hiciera sino llevar un juego y esperase su oportunidad. Y aquella oportunidad llegó cuando Mrs. Gummer desapareció, llevándose la vajilla.

Míster Bellingham se dirigió a mí, diciéndome:

—¿Así que tuvo usted anoche una visita, doctor Berkeley? Me refiero a mi amigo Jellicoe, el cual nos dijo que le había visto a usted y sentía mucha curiosidad por usted. Nunca he visto tan interesado a Jellicoe como anoche.

—Sí —contesté—. Estuvimos hablando un rato; yo afectando gran curiosidad, y él contestándome en actitud exageradamente defensiva... fue un encuentro muy divertido.

—No hacía falta que fuera tan reservado. Pronto estará todo el mundo enterado de nuestros asuntos —dijo Miss Bellingham.

—¿Es que van a ir a los Tribunales? —intervino Thorndyke.

—Sí. Jellicoe vino a decirme que Hurst va a pedir la presunción de muerte y me invita a que le apoye. Es decir, que vino a traerme un ultimátum de parte de Hurst.

—¿Y usted lo ha rechazado definitivamente?

—Sí. Por tanto, Hurst pedirá la presunción de muerte Y Jellicoe le apoyará, aunque éste dice que no tiene ninguna preferencia.

—¿Y qué hará usted?

—Supongo que me opondré a todo ello, aunque no sé en qué forma.

—Antes de dar ningún paso definitivo en el asunto —sugirió Thorndyke—, debe pensarlo muy bien. Supongo que usted tiene pocas dudas de que su hermano está muerto, y si lo está cualquier beneficio que pueda usted recibir por ese testamento vendrá condicionado a la previa presunción o prueba de muerte. Pero tal vez le hayan aconsejado ya a usted.

—No. Nuestro amigo el doctor le habrá explicado probablemente que mis medios (o, mejor dicho, la falta de ellos) no me permiten recibir consejos o ayuda profesionales. De ahí mi delicadeza en hablar con usted sobre este asunto.

—Entonces, ¿se propone llevar el caso personalmente?

—Sí; me parece que será necesario que yo mismo vaya al juicio, si me opongo a la petición de presunta muerte.

Thorndyke reflexionó por un momento, y dijo gravemente:

—Haría mejor en no defender sus derechos en el juicio usted mismo, porque Mr. Hurst será representado por un abogado competente y usted será incapaz de contestar a las rápidas preguntas de una discusión ante los Tribunales. Le harán objeto de una maniobra.

—Pero, seguramente, podrá uno confiar en la honradez del juez, cuando vea que yo no puede costear un abogado que me defienda.

—Indudablemente, el juez prestará toda la ayuda y asistencia que pueda a un litigante que no tiene representación, pero no debe arriesgarse. El hecho de

que usted ignora el procedimiento y los detalles legales, ocasiona pérdida de tiempo, y si el juez es un hombre irritable puede echar a perder la cosa.

—Ese es un consejo excelente, Dr. Thorndyke —habló Bellingham con una sonrisa—; pero me temo que tendré que seguir mi suerte.

—No por fuerza —repuso Thorndyke—. Voy a hacerle una pequeña proposición, que le pido considere como de mutua conveniencia. Como usted ve, su caso es de un interés excepcional, y como está dentro de mi especialidad, me es necesario seguirle en sus detalles más íntimos. Será para mí mucho más fácil estudiarlo desde dentro que desde fuera, y no quiero mencionar el crédito que esto me proporcionará si consigo aclararlo. Y por esto es por lo que le pido a usted que deje esto en mis manos y que me permita ver lo que se puede hacer.

Mr. Bellingham reflexionó unos momentos y, después de echar una mirada a su hija, empezó algo vacilante:

—Es usted muy generoso, Dr. Thorndyke...

—Perdón —interrumpió éste—; eso no es verdad. Mis motivos, como ya le he explicado, son puramente egoístas.

Mr. Bellingham rió inquieto, mirando otra vez a su hija, y ésta habló:

—Son ustedes muy buenos con nosotros y, por mi parte, acepto la generosidad del Dr. Thorndyke, agradeciéndoselo mucho.

—Gracias —repuso Thorndyke—. Ha justificado mi fe en usted, Miss Bellingham. Creo entender que dejan el asunto en mis manos ¿no?

—Enteramente y muy agradecido —contestó Mr. Bellingham—. Haga usted lo que quiera, que nosotros estamos con usted de antemano.

—Entonces —dije yo—, bebamos por el éxito de nuestra causa.

Llené los vasos de todos y, levantándonos solemnemente, brindamos por nuestra nueva alianza.

—Tenemos una cosa que decir antes de abandonar este asunto —habló después Thorndyke—. Cuando a usted le comunique oficialmente el abogado de Mr. Hurst que comienza el proceso, envíele usted a Mr. Marchmont, de Gray's Inn, quien llevará el caso nominalmente. Mientras tanto, y hasta que el caso vaya a los Tribunales, creo que es muy necesario que ni Mr. Jellicoe ni nadie sepan que estoy en contacto con usted.

—Seremos tan callados como una tumba —accedió Mr. Bellingham—; y nos sera fácil, pues, casualmente, tengo antigua amistad con Mr. Marchmont. Actuó en nombre de Stephen Blackmore como recordará, cuyo caso desentrañó usted tan maravillosamente. Yo conocía a los Blackmore.

—¿Ah, sí? —preguntó Thorndyke—. ¡Qué mundo tan pequeño es éste! ¡Y qué asunto tan interesante fue aquél!^[12]. Y, volviendo al de usted, ¿sabe quién dio la información a la prensa cuando publicaron todos los datos de la desaparición de su hermano, incluso los planos de su casa y de la de Mr. Hurst?

—No, no lo sé —replicó Mr. Bellingham—. Yo, desde luego, no fui, porque algunos periodistas vinieron a mí y yo los mandé a paseo. Creo que debe de haber sido Hurst, y en cuanto a Jellicoe será perder tiempo con él.

—De cualquier forma —agregó Thorndyke—, alguien debió suministrar a los periodistas la descripción de su hermano y los planos de las casas. Sería interesante saber quién fue...

—¿Por que no pasamos al gabinete mientras retiran la mesa? —dije yo, y todos abandonamos el comedor, sirviéndonos al poco mistress Gummer una taza de café.

—¿Y si Miss Bellingham nos diera un pequeño concierto? —dije yo mientras abría el pequeño piano del Dr. Bernard.

—¿Pero no sabe usted —dijo ella— que hace dos años que no toco una tecla? No tengo inconveniente, pero no respondo de lo que salga...

—Mi veredicto —interrumpió Mr. Bellingham— es que va a descomponer ese piano haciendo tanto tiempo que no practica, pero, de todas formas, antes de empezar, quiero hablar de un asunto desagradable...

Hizo una pausa y todos le miramos con expectación.

—Supongo, Mr. Thorndyke, que usted lee los periódicos —empezó.

—Sí —repuso el aludido—. Pero atiendo solamente a lo que concierne a asuntos de mi especialidad.

—¿Entonces —siguió Mr. Bellingham—, se habrá usted enterado de esas noticias del hallazgo de los restos de un cuerpo humano..., aparentemente los restos de un cuerpo mutilado?

—Sí; he leído esos reportajes y los tengo archivados para futuras referencias.

—Pues bien; es necesario que le diga que estos restos tienen un terrible significado para mí. Ya se dará usted cuenta de lo que quiero decir. Y necesito preguntarle si significa lo mismo para usted.

Thorndyke hizo una pausa antes de contestar, mirando pensativamente al suelo.

—Es muy natural —habló al fin— que usted asocie esos restos con la misteriosa desaparición de su hermano. Hay ciertos hechos que indudablemente parecen establecer algún contacto entre ambas cosas.

—¡Es horrible! —musitó Mr. Bellingham—, ¡horrible! Supongo que no le puedo prestar ningún servicio en caso de identificación, ¿no?

—Sí que puede —repuso Thorndyke—, e iba a pedirle a usted que me ayudase. Lo que necesito es esto: escríbame una descripción completa de su hermano, con todos los detalles que usted conozca y las enfermedades y accidentes que sepa haya tenido; también los nombres y, si es posible, las señas de todos los médicos, cirujanos y dentistas que le atendieron alguna vez. Los dentistas son muy interesantes en caso de que se descubriera la cabeza correspondiente a ese cuerpo que ha ido apareciendo a trozos por diferentes lugares.

Mr. Bellingham se estremeció.

—Es una idea chocante —dijo—, pero, desde luego, tiene usted razón. Tiene usted que poseer los datos para formar una opinión. Escribiré todo lo que usted me ha pedido y se lo mandaré sin demora. Y ahora, por amor de Dios, dejemos esta pesadilla. ¿Qué has encontrado entre esos papeles, que puedas tocar, Ruth?

La colección de música de Barnard incluía varios clásicos, entre los que se hallaba enterrado un volumen de la «Lieder ohne Worte» de Mendelssohn, del cual interpretó Miss Bellingham, con gran pericia, una dulce melodía. Al menos, ese fue el veredicto de su padre, porque en cuanto a mí, yo encontré la ejecución sublime.

Y así, con música agradable y conversación alegre y a veces brillante, transcurrió una de las veladas mas hermosas de mi vida.

Cuando Mr. y Miss Bellingham se hubieron marchado, mis amigos me quedaron a hacerme compañía un rato al ver mi estado apasionado y fumamos en grata armonía una pipa.

Capítulo XI.

Revisión de pruebas

— **A** sí que la partida ha comenzado —observó Thorndyke mientras encendía una cerilla.

—Supongo que empezarán ustedes las pesquisas ahora —pregunté.

—Las empezamos hace algún tiempo... realmente, el día que nos trajo usted el testamento. Jervis vio en los registros que nadie había sido enterrado con el nombre de John Bellingham, y también supo que otra persona había ido haciendo la misma investigación, cosa que esperábamos.

—¿Y usted, particularmente, ha averiguado algo más? —inquirí.

—Varias cosas que pueden resumirse en cinco hipótesis, presentables, como no dudo, ante el Juzgado: primera, que puede estar vivo. Segunda, que puede haber muerto y ser enterrado sin ser identificado. Tercera, que puede haber sido asesinado por cualquier otra persona. Cuarta, que puede haber sido asesinado por Hurst y éste haber ocultado el cuerpo. Quinta, que puede haberlo matado su hermano.

—Me dí cuenta —interrumpió Jervis— de que, al hablar de la posibilidad de que esos huesos encontrados fuesen de su hermano, no hiciste ningún comentario a la ausencia del dedo anular de la mano izquierda. ¿Tiene este punto alguna importancia?

—No olvides cuál es el dedo que falta —dijo Thorndyke—. Es el tercero de la mano izquierda.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Jervis—. El anular. Quieres decir que pudo haber sido arrancado para quitarle una sortija.

—Sí. No sería el primer caso. Se han arrancado dedos de los muertos e incluso de los vivos con tal de conseguir una sortija. Y ese dedo nos sugiere la idea de alguna sortija que le viniera apretada al muerto. ¿No le parece, Berkeley?

—¡Soy un tonto! —exclamé.

—¡Oh, no diga eso! —sonrió Jervis—; y díganos la explicación de porqué dice tal cosa.

—Tenía que habérselo contado hace ya mucho tiempo. John Bellingham usaba un anillo y le venía tan prieto, que, después de ponérselo, nunca se lo pudo quitar.

—¿Sabe usted, por casualidad, en qué mano lo llevaba? —preguntó Thorndyke.

—Sí; en la mano izquierda, pues Miss Bellingham, que me lo contó, me dijo que lo llevaba en dicha mano por el hecho de que la tenía mas pequeña que la derecha.

—¡Ya está, entonces! —exclamó Thorndyke—. Con este nuevo dato la ausencia del dedo nos señala un punto muy curioso.

—¿Cual es? —dijo Jervis.

—Ya lo veremos más adelante. Quiero dejarte que tú especules libremente. Yo ahora actúo por cuenta de Mr. Bellingham.

—No hay que esperar más de él, Berkeley. Esto será todo cuanto dirá Thorndyke —dijo Jervis, levantándose y vaciando la pipa—. Pero ya es hora de irnos, ¿no es verdad, querido maestro?

—Sí; supongo que ya es hora —respondió Thorndyke, levantándose también, y, al ponerse los guantes, preguntó—: ¿Tiene usted alguna noticia de Barnard?

—¡Oh, sí! —contesté—. Le escribí a Esmirna para decirle que la consulta iba muy bien, que yo estoy muy contento y que podía estarse fuera todo el tiempo que quisiera. Me ha contestado que continuará las vacaciones, ya que se le presenta la ocasión, y que más tarde me dirá hasta cuando.

—¡Qué bien! —exclamó Jervis—. Ha sido una gran suerte para Barnard que Bellingham tuviera una hija tan bonita... ¡no lo tome a mal, amigo! Siga y vencerá... vale la pena. ¿No es verdad, Thorndyke?

—Miss Bellingham es una joven encantadora —replicó Thorndyke—; estoy muy bien impresionado por el padre y la hija, y lo único que deseo es que podamos serles de alguna utilidad.

Después de este comentario nos estrechamos las manos y mis amigos partieron.

* * *

Dos o tres semanas después, me hallaba cepillando el sombrero para salir a hacer mis visitas, cuando entró Adolphus en mi despacho para anunciarme

que dos caballeros estaban aguardándome en la sala de espera. Le dije que los hiciera pasar, y a poco entraba Thorndyke acompañado de Jervis.

—Hemos venido a pedirle un favor, Berkeley —explicó Thorndyke—. A pedirle que nos haga un servicio, en interés de sus amigos los Bellingham.

—Ya sabe usted que me alegraré mucho de hacerlo —dije calurosamente—. ¿Qué es ello?

—Le explicaré. Ya sabrá usted que la Policía ha reunido todos los huesos hallados y los ha entregado al depósito de Woodford, para ser revisados por el Tribunal criminalista. Ahora bien, a mí me es completamente necesario el poseer datos más amplios y directos, y lo natural sería que yo fuese a examinarlos, pero ciertas motivos aconsejan que no se vea mi relación con el caso. Por la misma razón, no puedo mandar a Jervis, de modo que he considerado que usted, como médico de Godfrey Bellingham, vaya a visitarlos por cuenta suya.

—Me parece muy bien; pero ¿quién me sustituirá durante mi ausencia?

—No se preocupe porque ya nos hemos ocupado de eso. Hemos hablado con Turcival y tendrá usted buen sustituto. Esta tarde le espero en casa para hablar un rato antes de su partida.

Efectivamente, después de lo acordado por la tarde, a la siguiente mañana tomé el tren en Liverpool Street y a poco llegué a Woodford.

Inmediatamente me dirigí al depósito de cadáveres, encontrándome con que el lugar estaba a cargo de un sargento de policía, que me miró receloso cuando me acercaba; había también una media docena de hombres, evidentemente periodistas, que merodeaban a la entrada como una manada de chacales.

Presente la orden oficial que traía y que Mr. Marchmont me había obtenido. El sargento la leyó apoyado en la pared, para evitar que los periodistas pudieran mirar por encima de su hombro.

Siendo mis credenciales satisfactorias, abrió la puerta y me dejó pasar, guiándome a donde estaban los restos. Los huesos estaban puestos en una mesa grande y cubiertos por un paño que el sargento echó para atrás.

Toda la colección había sido colocada por el médico de la Policía en su propio orden. Los conté todos cuidadosamente para estar seguro de que no faltaba ninguno, comparándolos con la lista que Thorndyke me había dado.

—Veo que han encontrado el hueso del muslo izquierdo —señalé, observando que éste no venía en la lista.

—Sí —dijo el sargento—. Fue sacado ayer de una profunda acequia llamada Baldwin's Pond, cerca de Little Monk Wood.

—¿Está cerca de aquí? —pregunté.

—En el bosque situado en el camino de Longhton —dijo.

Yo tomé nota del hecho (por lo que el sargento pareció sorprenderse) y volví a dirigir mi atención a los huesos.

Se encontraban justamente como habían sido hallados en sus respectivos sitios y era difícil decidir si su color rojo amarillento era debido a su estado actual o a estar depositados en la tierra. De todas formas, siguiendo las instrucciones de Thorndyke, y considerándolo rasgo interesante por afectar a todos, tomé nota. Había numerosas señales de haber estado tiempo enterrados en estanques y barro, pero yo no podía precisar el tiempo con exactitud.

Sin embargo, había trazas más interesantes en uno de ellos. Tenía adheridos algunos racimos de huevecillos de caracol secos. Y en un ángulo del omóplato derecho había un grupo de tubitos de barro hechos por el gusano rojo del río.

Aquellos restos ofrecían la prueba de que habían estado sumergidos mucho tiempo, porque no podían encontrarse los huevecillos incrustados en los huesos antes de desaparecer la carne, lo cual habría requerido un par de meses, más o menos.

De todo ello tomé buena nota, ilustrando mis observaciones con algunos esquemas.

El sargento miró lo que hacía con una sonrisa indulgente y observó:

—Está usted haciendo un buen inventario como para una subasta. No creo que saque nada nuevo, porque todo eso lo han hecho ya —agregó al ver que yo sacaba una cinta métrica.

Yo seguí adelante y comencé a tomar medidas de los principales huesos, uno por uno, para compararlos con los semejantes del lado opuesto. Todas las medidas me demostraron que se trataba de un cuerpo normal. Mis descubrimientos, por lo mismo, no dirían nada a Thorndyke. Los huesos correspondían a un hombre de musculatura regular, de más de treinta años y de una altura que yo calculé en cinco pies y seis pulgadas. Aparte de esto, nada más sugerían los huesos.

Estaba el sargento volviendo a colocar el paño en su sitio, cuando se oyeron unos golpes rápidos en la puerta del depósito. El sargento terminó de poner el paño y, saliendo conmigo a la puerta, dio la vuelta a la llave y dejó paso a tres personas, sosteniendo la puerta abierta para que yo me marchase.

Pero la aparición de los tres recién venidos me incitó a quedarme. Uno de ellos era guardia del pueblo, evidentemente en misión oficial; el segundo era

un hombre de campo, muy mojado y lleno de cieno, que llevaba un pequeño saco; mientras que el tercero era un colega mío.

El sargento continuaba sosteniendo la puerta abierta.

—¿Puedo hacer más por usted, señor? —me preguntó ingeniosamente.

—¿Es este señor el médico forense? —pregunté.

—Este señor —intervino el sargento dirigiéndose a mi colega es un médico que ha traído permiso para examinar los restos. Representa a la familia del muerto.

—Bien —dijo el médico—. Han encontrado el resto del tronco incluyendo las costillas que faltaban en la otra parte. ¿No es así, Davis?

—Sí, señor —replicó el guardia—. El inspector Badger dice que todas las costillas están aquí, incluso los huesos del cuello.

—Bueno; pongamos estos restos también encima de la mesa —dijo el médico de la Policía—. Quite el paño con mucho cuidado.

El campesino abrió el saco y fue sacando los huesos, manchados de barro, uno por uno; mientras los ponía en la mesa, el médico los iba colocando en su situación correspondiente.

—Ha sido un trabajo limpio —observó el médico—. Nada de hachas ni sierras, como en los crímenes vulgares. Los huesos han sido separados por las articulaciones. El sujeto que hizo este trabajo tiene que saber algo de Anatomía, la menos que fuese un carnicero, lo cual no es imposible.

Y, volviéndose hacia mí, me preguntó:

—¿Ha formado usted alguna opinión sobre la altura del muerto?

—Sí; creo que mediría unos cinco pies de alto.

—Yo calculo unos cinco pies y ocho pulgadas —dijo el médico de la división—. Pero nos enteraremos mejor cuando tengamos los huesos de la pierna. ¿Dónde se encontró eso, Davis?

—En el estanque de la carretera, en Lord's Bushes, señor. Y el inspector ha ido ahora a...

—Nunca se dice adonde ha ido —interrumpió al sargento—. Usted tiene que contestar a las preguntas que se le hagan y atenerse a sus obligaciones.

Me di cuenta en seguida de que el reproche del sargento era una indirecta para mí y de que la Policía me consideraba, después de todo, como un intruso, y me apresuré a despedirme.

Agradecí a mi colega y al sargento su cortesía y, diciéndoles adiós hasta que nos encontrásemos en el sumario, partí rápidamente hasta que encontré un sitio desde el cual podía ver la puerta sin ser visto.

Algunos momentos más tarde vi salir al guardia y echar a andar camino adelante. Le vigilé hasta una distancia apropiada y entonces seguí detrás de él.

Cogió un estrecho sendero, a lo largo del cual yo caminé también por algunos momentos, acortando cada vez más la distancia, hasta que inesperadamente llegó a mí el típico ruido del chapoteo que se hace al sondear.

Después oí voces y el guardia salió del sendero, metiéndose en el bosque. Avance más cautelosamente, tratando de localizar al grupo por el ruido y di un rodeo para aparecer por el lado contrario hasta que llegué a un claro entre los árboles, que estaba ocupado por un estanque.

Había tres hombres con el guardia, uno de los cuales estaba trabajando con una bomba y el otro escuchaba lo que decía aquél. El guardia levantó la vista al verme aparecer, con notable disgusto.

—Buenas, tardes, señor —dijo—. No se puede venir aquí. Estos asuntos son privados.

—Sé exactamente cuáles son estos asuntos, inspector Badger.

—¡Oh! ¿Los conoce usted? —me preguntó con sonrisa de conejo—. Me parece que yo también sé cuáles son los suyos. Pero no puedo permitir que permanezca aquí ningún periodista en estos momentos. Así que tiene usted que irse.

Pensé que era mejor aclararlo todo de una vez y, después de explicarle quién era, le enseñe el permiso del juez criminalista, que leyó un poco enojado.

—Está muy bien, señor —dijo, mientras me devolvía el papel—; si usted se apoya en eso para estar presente en la búsqueda qué vamos hacer, desde luego que no puedo rehusar. Pero no tiene que estorbarnos; eso es todo.

Al oír esta conclusión, el asistente del inspector, que parecía un agente de Policía, tomó la pala y se metió dentro del cieno que formaba el centro del estaque. Por algún tiempo la búsqueda fue inútil. De repente, el hombre metió la pala en una pequeña hoyo y la sacó.

—Aquí hay algo que parece un hueso, señor —exclamó algo excitado.

—No lo estropee —dijo el inspector—. Lo que saque con la pala échelo en la criba.

El hombre siguió las instrucciones y vino a la orilla con un gran montón de cieno en la pala, que echó encima de una criba. Estuvieron agitándola de un lado a otro, después de lo cual el inspector la sacó y miró su contenido.

—¿Quiere ver lo que hemos hallado, doctor? —me invitó.

Le di las gracias y examine al criba. Contenía varias clases de hierbajos, esqueletos de hojas, alga y caracoles de estanques; todo lo que uno se puede imaginar que puede contener un estanque viejo.

Pero, además de otras cosas, había tres pequeños huesos que me hicieron dar un salto.

—Bien. ¿Puede decirme a qué dedo de la mano pertenecen? —me preguntó el inspector.

Hice una mueca, pues estaba esperando esta pregunta, y contesté:

—No pertenece a ninguna mano... Pertenecen al dedo gordo del pie izquierdo. Me parece que si siguen buscando en el cieno donde han encontrado esto, hallarán ustedes el pie completo.

El agente empezó a trabajar llevando consigo la criba para terminar antes. Después de llenarla dos o tres veces con el cieno de la pequeña hoyo, fue hallado el esqueleto completo del pie.

—Supongo que ahora se sentirá usted feliz —dijo el inspector cuando hube comprobado que no faltaba ningún hueso.

—Me sentiría más feliz —contesté— si supiera lo que buscaba usted en este estanque. ¿No era el pie lo que buscaba, verdad?

—Buscaba por buscar y no pararé hasta encontrar todo el cuerpo —repuso el inspector.

Sabiendo que ya tenía en mi poder todos los datos que allí podían obtenerse, me despedí amablemente del inspector Badger y me dirigí a la posada del pueblo, donde iba a verificarse la encuesta judicial sobre los huesos que habíanse encontrado.

Yo no podía dejar de pensar en la actitud del inspector Badger. Al examinar la mano mutilada, llegué a la conclusión de que el dedo había sido arrancado después de la muerte, pero alguien habría llegado a la misma conclusión y se lo había comunicado al inspector Badger.

¿Por qué buscaba el dedo allí, cuando la mano se encontró en Sidcup? Había algo misterioso. El inspector sabría algo más privadamente. ¿Qué información tendría y quién se la habría dado? Esas eran preguntas que, por el momento, yo no podía contestar y no conseguiría nada meditando sobre ello.

Capítulo XII.

El tribunal de pruebas

Cuando llegué al pueblo vi que se hacían los preparativos para la Vista de la Corona, que es una antigua manifestación de la ley inglesa, la cual iba a celebrarse en una habitación amplia de la posada.

Esperé, naturalmente, para presenciarla, y cuando todos estuvieron reunidos el juez abrió la encuesta.

Desfilaron los testigos que limpiaron el pequeño lago donde se encontraron los primeros huesos, luego prestó declaración el inspector Badger, que dio detallada cuenta de todos los huesos hallados, dejándome sorprendido por su aparente conocimiento de anatomía. Lo mismo que yo, quedó sorprendido el médico forense.

Por último, el juez, dirigiéndose al Jurado, resumió el acto con estas breves palabras:

—Señores: han asistido ustedes a la declaración de varios testigos y se habrán dado cuenta de que ninguno ha podido resolver las cuestiones esenciales de la encuesta.

»Sabemos que el difunto era un hombre ya de edad, unos sesenta años, de unos cinco pies ocho pulgadas de altura aproximadamente, y que su muerte tuvo lugar hace unos dieciocho a veinte meses. Eso es todo lo que conocemos. Por el tratamiento que el cuerpo ha sufrido, podemos formar algunas conjeturas sobre las circunstancias de la muerte. Pero no tenemos ningún conocimiento práctico. No sabemos quién fue el difunto ni cómo murió. Consecuentemente, es necesario aplazar la encuesta hasta que tengamos nuevos datos».

Después de oír aquello, me apresuré a regresar a Londres y durante el viaje de vuelta repasé mis notas. Entonces me puse a pensar en lo que Thorndyke hubiera deducido de las declaraciones habidas en la encuesta, y si quedaría satisfecho de la información que le llevaba.

Estos pensamientos me duraron hasta que llegué al Temple y subí apresuradamente a las habitaciones de mis amigos.

Pero allí me esperaba una desilusión. El nido estaba vacío, a excepción de Polton, que apareció en el laboratorio con un par de tenacillas en las manos.

—El doctor ha marchado a Bristol a una consulta urgente y el doctor Jervis ha ido con él. Me figuro que estarán fuera unos días; pero el doctor dejó esta nota para usted.

Era una pequeña carta de Thorndyke pidiéndome perdón por su inesperada salida y me pedía que diera a Polton las notas con los comentarios que hubiera hecho de mi viaje.

La nota terminaba así:

«Le interesará saber que pasado mañana irá el testamento a los Tribunales. Desde luego, yo no estaré presente, ni tampoco Jervis, así que quisiera que conservase los ojos y los oídos bien despiertos a todo lo que allí pueda suceder, por si se escapa algo en las notas que el escribiente de Marchmont tiene orden de tomar. He dicho al sustituto que no se vaya y así tendrá usted más libertad para ir al Tribunal».

Me metí la carta en el bolsillo y regresé meditabundo a Fetter Lane. ¿Qué sucedería en el juicio de los Bellingham?, ¿sabría yo recoger algún punto importante que se le escapara al escribiente del abogado Marchmont?

Con estos pensamientos me dormí aquella noche, y, transcurrido otro día, me presenté a la hora oportuna en casa de Mr. Bellingham para acompañarlo.

La Sala presentaba un aire de estudiado reposo cuando entramos los tres. Aparentemente, el grande e inquisitivo público no se daba cuenta de la importancia del proceso que se iba a llevar a cabo, ni lo relacionaba con el sensacional caso de mutilación de que hablaban los periódicos, pero los abogados y periodistas, mejor informados, se habían reunido con gran interés en cierto sector.

Al entrar nosotros se levantó un caballero de edad, de aspecto agradable, y se acercó tendiendo la mano cordialmente a Mr. Bellingham y saludando a Miss Bellingham con una reverencia.

—Este es Mr. Marchmont, doctor —presentó Mr. Bellingham.

El abogado, después de darme las gracias por haber concurrido al juicio, nos llevó a un banco al otro lado de la sala, donde estaba sentado un caballero en el cual reconocí a Mr. Hurst.

Mr. Bellingham lo reconoció al mismo tiempo y le lanzó una furiosa mirada.

—¡Ya veo que está ahí ese bandido! —exclamó con voz clara y fuerte—. Pretendiendo que no me ha visto porque no se atreve a mirarme a la cara. Pero...

—¡Calle, calle, señor! —exclamó horrorizado Mr. Marchmont—. No podemos hablar así, especialmente en este lugar.

—Perdóneme, Marchmont —replicó Mr. Bellingham arrepentido—. Me contendré, y seré discreto. No le miraré más, porque, si lo hago, probablemente iré y le romperé las narices.

Esta manera de ser discreto parece que no convenció a Mr. Marchmont, pues tomó la precaución de insistir en que Miss Bellingham y yo nos sentásemos al otro lado de su cliente para separarle más de su enemigo.

—¿Quién es este señor de la nariz grande que está hablando con Mr. Jellicoe? —preguntó Mr. Bellingham.

—Es Mr. Loran, defensor de Mr. Hurst, y el otro que hay a su lado es el nuestro, Mr. Heath, un hombre muy hábil, y —agregó Mr. Marchmont, bajando la voz—, completamente aleccionado por el doctor Thorndyke.

En este momento entró el juez y tomó asiento: el ujier empezó con gran rapidez a tomar juramento al Jurado y la Sala fue gradualmente cayendo en ese estado de quietud en que se suele mantener a través de todo un proceso.

Tan pronto como juraron los miembros del Tribunal, Mr. Loran se levantó para presentar el caso. Su cliente apoyó la espalda en la silla y cerró los ojos como si se estuviera preparando para una dolorosa operación.

—Este proceso —explicó Loran— es ocasionado por la desaparición de Mr. Bellingham, domiciliado en Queen Square, número 141, Blomsbury; hecho que ocurrió hace dos años o, para ser más preciso, el veintitrés de noviembre de 1902.

»Desde esa fecha no se ha tenido ninguna noticia de él. Y como hay ciertas razones para creer que está muerto, el principal beneficiado en el testamento, Mr. Hurst, se dirige a los Tribunales para obtener el permiso de declararle muerto y poder así repartir el testamento.

»Como el tiempo que ha pasado desde que fue visto por última vez el testador es sólo dos años, la petición esta basada en las circunstancias de la desaparición, que en muchos aspectos fue particular, siendo tal vez su mayor importancia la rápida y completa desaparición».

Tras este preámbulo, Mr. Loran procedió a contar los sucesos relacionados con la desaparición de Mr. Bellingham.

Se extendió en consideraciones y detalles sobre los pasos que diera el desaparecido desde la casa de su primo a la de su hermano, sobre las

posibilidades de que tomase un tren para algún puerto donde embarcara para tierras lejanas y sobre la posibilidad, al parecer más probable, de que fuera asesinado por algún criminal.

En apoyo de esta teoría hizo un estudio minucioso de los huesos encontrados en diversos lugares, comenzando por el brazo hallado en Sidcup el 15 del pasado julio y resaltó dos circunstancias notables: la igualdad de estatura y edad y el hecho de que le faltara un dedo en el que habitualmente llevaba una simbólica sortija que no podía sacarse por estarle muy ajustada.

Cuando se sentó Mr. Loran, se ajustó las gafas y miró a ver cómo había sido acogida su petición en la sala. Mientras tanto el ujier tomaba juramento al primer testigo.

Este era Mr. Jellicoe, que, ocupando su sitio, dirigió su mirada de piedra al inmovible juez. Después de haber hecho las preguntas preliminares, Mr. Loran procedió a interrogarle.

—Usted era el abogado del testador y su hombre de confianza, ¿no es eso?

—Era... y soy.

—¿Cuanto tiempo hace que le conocía usted?

—Veintisiete años.

—¿Cree usted que era una persona que pudiera desaparecer por su gusto, inesperadamente, dejando de comunicarse con todos sus amigos?

—No.

—¿Quiere usted darnos alguna razón para opinar de este modo?

—Tal conducta, por parte del testador, sería completamente opuesta a su carácter y costumbres. Era extraordinariamente metódico en sus asuntos y en el trato con sus amigos. Cuando iba al extranjero, siempre me dejaba dicho adónde iba y me escribía poniéndome al corriente de todas sus idas y venidas; Y si tenía que ir a algún sitio desde el cual no había comunicaciones, me lo advertía de antemano. Una de mis obligaciones era cobrar una pensión que recibía del Foreign Office y, salvo la ocasión en que desapareció, siempre me proveyó de los documentos necesarios para hacerla efectiva.

—¿Tenía, que usted sepa, alguna razón para desaparecer?

—No.

—¿Cuándo y dónde le vio usted vivo por última vez?

Aquí Mr. Jellicoe relató cómo acompañó al desaparecido al Museo Británico para hacer entrega del donativo de la momia y demás objetos históricos. Dijo también que acordaron entregar el resto de los objetos que

Mr. Bellingham enviaría desde París y que éste salió de la casa a las seis de la tarde, llevando una maleta y un paraguas, con dirección a Southampton Row.

Después de eso, sólo supo que Mr. Hurst se presentó en su casa el 3 de noviembre siguiente para decirle que el testador había entrado en su despacho a esperarle y que cuando él llegó había desaparecido.

Luego fueron a casa de su hermano y Mr. Hurst informó a Mr. Bellingham de lo que había ocurrido. A unos pasos de la biblioteca, cuando se dirigían a la casa, el testigo encontró el escarabajo que llevaba el desaparecido.

Al día siguiente se encontró en la estación de Charing Cross una maleta con las iniciales J. B., que el testigo identificó como pertenecientes a su cliente.

Estas fueron todas las declaraciones de Mr. Jellicoe. Después de terminar, miró al abogado de Mr. Bellingham interrogativamente. Pero Mr. Heath permaneció sentado, pensando atentamente en las notas que acababa de tomar.

Mr. Jellicoe bajó del estrado y una mujer joven subió al lugar abandonado por éste. Después de prestar juramento declaró que su nombre era Agustina Gwendoline Dobbs y que era la doncella de Mr. Hurst en Eltham.

—¿Recuerda algún suceso extraño ocurrido el 23 de noviembre del año antepasado?

—Sí, Mr. Bellingham vino a nuestra casa.

—¿Cómo supo usted que era Mr. Bellingham?

—No lo sé. Pero él lo dijo, y supongo que él lo sabría.

—¿A que hora llegó?

—A las cinco y veinte de la tarde.

—¿Qué sucedió entonces?

—Le dije que Mr. Hurst todavía no había venido y me contestó que le esperaría en el despacho escribiendo algunas cartas. Le dejé allí y cerré la puerta.

—¿Qué sucedió después?

—Nada. Después vino Mr. Hurst a su hora de costumbre, a las seis menos cuarto, entrando con su llave. Fue directamente al despacho, donde yo suponía que estaba aún Mr. Bellingham, y, por lo tanto, puse la mesa para los dos. A las seis y media salió Mr. Hurst del despacho para el comedor y cuando vio la mesa para dos preguntó la razón. Yo le contesté que creía que Mr. Bellingham cenaría con él porque estaba en el despacho. Él me dijo que no le había visto. Y, muy extrañados por aquello, fuimos a registrar todas las

habitaciones, pero no había ninguna señal de Mr. Bellingham. Entonces Mr. Hurst se puso muy nervioso y descompuesto y, cuando hubo comido algo, salió de la casa corriendo para coger el tren de las siete para la ciudad.

—Creo que Mr. Bellingham no pudo dejar la casa sin que usted le viera. ¿Dónde estaba usted?

—En la cocina. Podía ver la puerta principal desde la ventana.

Miss Dobbs iba a bajar del estrado, cuando Mr. Heath se levantó para hacerle algunas preguntas.

—¿Vio usted a Mr. Bellingham con buena luz? —le preguntó.

—Bastante buena. Fuera era ya de noche; pero la luz del recibimiento estaba encendida.

—Ahora mire esto, por favor —dijo, mostrando un pequeño objeto—. Es un amuleto que Mr. Bellingham tenía costumbre de llevar colgado de la cadena del reloj. ¿Puede usted recordar si lo llevaba cuando fue a la casa?

—No; no lo llevaba.

—¿Está usted segura de ello?

—Completamente segura.

—Gracias. Y ahora quiero preguntarle sobre la búsqueda que ha mencionado. Usted dice que miró por toda la casa. ¿Miró usted en el despacho?

—No; al menos, hasta después de que Mr. Hurst se fue a Londres.

—Cuando fue usted allí, ¿estaba la ventana cerrada?

—Sí.

—¿Puede cerrarse desde fuera?

—No.

—¿Qué muebles hay en el despacho?

—Un escritorio, un sofá, dos sillas sencillas y dos grandes armarios, donde Mr. Hurst guarda sus sombreros y abrigos.

—¿Se cierran los armarios?

—Sí.

—¿Estaban cerrados cuando usted miró?

—No lo sé. Yo no iba buscando ni en los armarios ni en los cajones.

—¿Están todas las habitaciones de la casa utilizadas?

—No. En el segundo piso hay un cuarto de trastos viejos, y en el primero hay otro que Mr. Hurst usa para meter sus baúles.

—¿Miró en esas habitaciones cuando estuvo buscando?

—No.

—¿Ha mirado usted en ellas desde entonces?

—He estado en las del segundo piso; pero no en la otra, que está siempre cerrada con llave.

Mr. Heath se sentó y declaró que no tenía más que preguntar.

Miss Dobbs estaba ya bajando del estrado cuando se levantó otra vez Mr. Loran.

—Usted ha hecho cierta declaración sobre el escarabajo que míster Bellingham usaba en la cadena del reloj. Dice usted que no lo llevaba cuando fue a su casa. ¿Está usted segura de ello?

—Completamente segura.

—Le pido que sea muy cuidadosa en esta declaración. La pregunta tiene mucha importancia. ¿Jura usted que no llevaba el escarabajo colgado en la cadena?

—Sí. Juro.

—¿Se fijó usted en la cadena del reloj particularmente?

—No; particularmente, no.

—Entonces, ¿qué le hace a usted afirmar con tanta seguridad que no llevaba el escarabajo?

—Pues porque si lo hubiera llevado, yo lo hubiera visto.

—¿Qué clase de cadena llevaba Mr. Bellingham?

—¡Oh! Una cadena corriente.

—¿No se dio usted cuenta de qué clase de cadena llevaba Mr. Bellingham?

—No. ¿Por qué me había de fijar? Eso no era obligación mía.

—Pero está usted completamente segura de que no llevaba el escarabajo...

—Sí; completamente segura.

Mr. Loran hizo una pausa y miró sin esperanzas a la testigo.

Un murmullo de sorpresa se levantó en el Tribunal y el juez preguntó:

—¿Es usted incapaz de dar una contestación clara?

La única respuesta de Miss Dobbs fue estallar en lágrimas, ante lo cual Mr. Loran se sentó, abandonando el interrogatorio.

El estrado de los testigos fue ocupado sucesivamente por el Dr. Norbury, por Mr. Hurst y por el mozo de la estación de Charing Cross, ninguno de los cuales contribuyó a dar nuevos datos.

Más tarde subieron al estrado el obrero que descubrió los huesos en Sidcup, que no añadió nada al sumario, y el doctor Summers, quien, ante la insistencia de Mr. Loran, afirmó que los huesos encontrados podían ser de

John Bellingham. El abogado Mr. Heath le hizo un par de preguntas y se sentó.

Entonces Mr. Loran hizo el informe al Tribunal, exponiendo su modo de ver el caso y cuando hubo acabado le tocó el turno a míster Heath, quien, en un discurso ni muy largo ni muy florido, señaló que el periodo de ausencia era demasiado corto para pedir la presunción de muerte. A continuación agregó:

—Respecto a los restos que han sido hallados, tengo que decir muy poco: el propósito de relacionarlos con el testador ha fracasado por completo. Mi ilustre colega estima que el testador está probablemente muerto, pero tiene que demostrarlo. ¿Lo ha hecho? Ya han visto ustedes que no. Ha dicho, con gran fuerza e ingenuidad, que el testador, por ser soltero, sin mujer ni hijos, tenía libertad de acción y podía ir a donde quisiera; como y cuando quisiera. Si esto es así, ¿a qué sorprendernos de que hiciera uso de su libertad? Las circunstancias de la llamada desaparición del testador no presentan nada fuera de lo ordinario. El testador es un hombre de amplios medios, está acostumbrado a viajar con frecuencia a remotas tierras y el hecho de que esté ausente un poco más tiempo de lo normal no es tanto como para pedir una presunción de muerte.

»Con respecto a los restos humanos que se han mencionado, no necesito decir mucho. El intento de hacerlos partícipes del caso que nos ocupa ha fracasado del todo.

»Mr. Loran dice que han sido hallados cerca de Eltham y de Woodford, y que el testador fue visto vivo por última vez en aquellas ciudades. Si el testador había sido visto por última vez en Woodford y se encuentran los restos en Woodford, o si ha sido visto por última vez en Eltham y se encuentran en Eltham, eso sí que tiene importancia. Pero sólo puede haber sido visto vivo en uno de los dos sitios. Aquí parece que mi colega ha probado demasiado.

»Pero no necesito molestarles más. Repito que para justificar la declaración de muerte necesitamos pruebas más claras y positivas, que hasta ahora no tenemos. Todo parece indicar que el testador aparecerá algún día y por eso pido al jurado que pronuncie un veredicto en virtud del cual se le asegure al testador esta medida de ordinaria justicia.

Ante esta conclusión de Mr. Heath, el juez abrió los ojos. Comenzó por leer algunos párrafos del testamento y a revisar las pruebas que contenían los argumentos de ambos abogados, para instruir al Jurado.

—Antes de considerar las pruebas que hemos oído, señores —empezó—, será bueno que les diga algunas palabras sobre el caso que ocupa nuestra

atención:

»Si una persona se va al extranjero, desaparece de su casa y está ausente durante una temporada que se hace muy larga, se le declara muerto después de expirar un plazo de siete años desde la última vez que se le vio vivo, según nuestras leyes inglesas. Esto es, que la desaparición del individuo durante siete años constituye la prueba de que está muerto, y la declaración de ello sólo puede ser evitada por la prueba de que ha sido visto vivo durante ese periodo de tiempo.

»En el presente caso, el testador, Mr. John Bellingham, ha estado ausente poco menos de dos años. Este es un lapso relativamente muy corto y no da motivo para la presunción de muerte. Sin embargo, la presunción de muerte ha sido declarada, a veces, con periodos de tiempo más cortos que éste; pero en estos casos las pruebas de la probabilidad de muerte eran extraordinariamente fuertes.

»Las declaraciones que hemos oído se dividen en dos partes: la que se refiere a las circunstancias de la desaparición del testador y la referente a ciertos restos mortales. Con respecto a éstos, el doctor Summers nos dice que, aunque había muchos puntos de semejanza en que pudieran ser la misma persona, no se puede identificar prácticamente al desaparecido con estos restos.

»Hemos oído a Mr. Jellicoe, que no tenía pista alguna del paradero de su cliente; las declaraciones de la doncella y de Mr. Hurst son bastante confusas, pero hay un detalle que deben ustedes de tener en cuenta y es que la persona que es capaz de desaparecer de una casa de una manera tan excéntrica a como lo hizo en la de Mr. Hurst, puede hacerlo con mayor motivo de su país, sin comunicarlo a nadie.

»Las preguntas, pues, señores, que deben hacerse antes de pronunciar veredicto son: ¿Están las circunstancias de la desaparición del testador, y su continua ausencia, de acuerdo con sus particularidades personales? ¿O estos hechos indican de una manera positiva que el testador está muerto?

Tras estas palabras, el Jurado empezó a deliberar y el juez se puso a mirar el testamento, hasta que fue interrumpido por el presidente del Jurado, quien le comunicó que el veredicto estaba convenido y tras la venia del juez lo pronunció:

—Encontramos deficientes las pruebas para declarar muerto al testador, John Bellingham.

El juez movió la cabeza afirmativamente. Evidentemente, ésta era también su opinión como explicó a Mr. Loran cuando rechazó en nombre de la ley la

petición elevada.

Aquella decisión me quitó un gran peso y creo que también a Miss Bellingham, pero sobre todo a su padre, que no supo reprimir una sonrisa de triunfo.

Capítulo XIII.

Curiosa coincidencia

Al hacer mis visitas a la mañana siguiente, me encontré de buen humor por varias razones: sólo tenía un par de «crónicos»; la decisión del Tribunal había librado a mis amigos de una perspectiva de ruina; Thorndyke había vuelto de Bristol y quería que fuese a verle; y, finalmente, Miss Bellingham había convenido en pasar la tarde conmigo, recorriendo las salas del Museo Británico.

Cuando llamé en Temple Lane, fui contestado por mi propio maestro.

—¡Qué bien ha hecho usted, Berkeley —dijo, tendiéndome la mano amablemente— en venir a verme tan pronto! Estoy solo y en este momento estaba leyendo el informe de lo declarado en el proceso de ayer.

—¿Está usted sorprendido del veredicto? —le pregunté.

—No —contestó—. Estoy muy contento. Esta tregua nos dará tiempo para llevar a cabo nuestras investigaciones sin prisas.

—¿Encuentra mis notas de alguna utilidad? —pregunté.

—Heath las usó. Polton se las entregó y fueron imprescindibles para su interrogatorio. Yo todavía no las he visto, porque acaba de mandármelas. Ya las estudiaré más tardé, porque ahora tengo que salir.

A continuación comentamos el juicio y sus incidentes y luego salimos juntos a la calle.

—Tengo que consultar a Marchmont —dijo Thorndyke—. Y usted dice que tiene un compromiso, de modo que iremos juntos hasta Fleet Street.

Uno o dos minutos más tarde seguimos cada cual nuestro camino: Thorndyke hacia Lombard Street y yo hacia Fetter Lane.

Cuando llegué a casa encontré ya a Miss Bellingham esperándome en el jardín. Había estado llenando un jarrón de flores y estaba preparada para salir.

—Esto me recuerda —dijo ella mientras volvíamos a Fetter Lane— cuando íbamos al Museo juntos. Me recuerda las tablas de Tell-el-Amarna y

todo el trabajo que usted me hizo tan amablemente. Supongo que iremos andando hasta allí.

—Ciertamente —repliqué—; no voy a sentar a usted con los mortales comunes que montan en los autobuses. Además, vamos mejor en nuestra propia compañía andando.

—Sí; es verdad; y el ruido de la calle nos hará apreciar más y mejor el silencio del Museo... ¿Le gustaría ver el cementerio donde mi tío quería ser enterrado? Está un poco separado de nuestro camino; pero no tenemos ninguna prisa ¿verdad?

Toda desviación que pudiera prolongar nuestro camino era bien venida, y en cuanto al sitio, todos los sitios eran iguales para mi si ella estaba; a mi lado.

Al cabo de poco tiempo llegamos a una puerta abierta, que daba acceso a uno de esos cementerios, ya en desuso y completamente reformados, que se encuentran en algunos distritos de Londres.

Algunas lápidas se conservaban en pie aún, y otras, que se habían caído, estaban apoyadas en los muros exhibiendo sus inscripciones.

Inesperadamente, encontramos a un individuo, con un libro de notas en la mano, que estaba haciendo un cuidadoso examen de un grupo de antiguas tumbas. Desde luego, estaba haciendo una copia de las inscripciones, pues no solamente miraba atentamente los escritos, sino que se ayudaba con los dedos, pasándolos por los desgastados letreros.

—Esa es la tumba de mi abuelo... La que está copiando ahora —dijo Miss Bellingham.

Mientras estaba aún diciendo esto, el hombre se volvió y nos echó una inquisitiva mirada a través de unas gruesas gafas.

Simultáneamente, proferimos una exclamación de sorpresa, pues el investigador... ¡era Mr. Jellicoe...!

No puedo decir si Mr. Jellicoe experimentó o no sorpresa al vernos pues su semblante era completamente inexpresivo.

Avanzó hacia nosotros, sosteniendo en la mano el libro de notas abierto, y después de saludarnos con un ligero movimiento de cabeza, nos tendió la mano y esperó a que fuéramos nosotros quienes hablásemos primero.

—Es una inesperada satisfacción, Mr. Jellicoe —dijo Miss Bellingham.

—Son muy amables al decir eso —replicó él.

—Supongo que estaba haciendo algunas notas en relación con el caso —dije yo.

Era una pregunta impertinente, hecha por el solo gusto de oír una evasiva.

—¿El caso? —repitió—. ¿Qué caso?

—Quiero decir, el proceso instruido por Mr. Hurst.

—¡Oh! Aquello sólo fue una petición a los Tribunales. Pero ya está terminado. Al menos, eso creo yo. Estaba refrescando mi memoria con las descripciones de estas antiguas tumbas especialmente la de su abuelo, Francis Bellingham. Se me ocurrió que si se aclarase por el Tribunal Criminalista que su tío había muerto, debíamos hacer algo en memoria suya. Pero si el cementerio está cerrado encontraremos alguna dificultad en levantar aquí un nuevo monumento, y pensaba añadir otra inscripción a la ya existente. Éste es el motivo de mis investigaciones. Pero tal vez les esté interrumpiendo a ustedes.

—No, no —replico Miss Bellingham—. Íbamos al Museo y pasamos casualmente por aquí.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Mr. Jellicoe—. Nos hemos encontrado en este aislado cementerio de Londres y resulta que vamos a tomar el mismo camino hacia el mismo sitio. Yo también voy al Museo para ver al Dr. Norbury.

—Entonces iremos juntos ¿verdad? —preguntó Miss Bellingham con gran sentimiento mío, y el otro respondió que sí, y entonces comenzamos los tres a andar en seguida.

—¿Dígame, Mr. Jellicoe, había algo en la salud de Mr. Bellingham que hiciera probable que éste muriera de repente? —inquirí.

—¿Cuál es el sentido de esa extraña pregunta? —dijo desconfiado, agregó—: Parece usted muy interesado en el asunto Bellingham.

—Si se sabe que un hombre que ha desaparecido padecía de determinada enfermedad que pudiera producir una muerte rápida —dije yo sin contestar a la segunda indirecta—, este sería un dato muy interesante para la cuestión de si está vivo o no.

—No hay duda de que tiene usted razón —convino Mr. Jellicoe—, pero no olviden que yo no era su médico sino su abogado. ¿Tiene importancia eso?

—Sí; la pregunta tiene alguna importancia —dijo Miss Bellingham.

—Mi impresión es que era un hombre sano y fuerte. Se recobró muy pronto de su accidente.

—¿Qué accidente? —pregunté yo.

—¡Oh! ¿No se lo contó mi padre? Ocurrió mientras estaba con nosotros. Se escurrió de una peña y se rompió uno de los huesos del tobillo izquierdo. También se rompió ambas piernas por la rodilla. Sir Morgan Bennet tuvo que hacerle una operación, pues, si no, hubiera quedado inválido para toda la vida.

Hubo un corto silencio, y después, Mr. Jellicoe, evidentemente molesto por el tema de la conversación cambió de rumbo y dijo:

—¿Van ustedes a la Sala de Egipto?

—No —dijo Miss Bellingham—. Vamos a la de alfarería.

—¿Antigua o moderna?

En seguida comenzamos a profundizar sobre lo antiguo y lo moderno, y cuando llegamos al Museo parecía Mr. Jellicoe mucho más simpático.

Cuando él se separó de nosotros, Miss Bellingham dijo:

—¡Que hombre tan extraño es Mr. Jellicoe! Está apartado de todo lo mundano y siente gran veneración por lo antiguo. Como habrá usted oído, es muy entendido en tumbas y objetos egipcios.

—Sí —dije yo, algo molesto por el rato que me había robado de felicidad.

Insensiblemente nos acercamos a la momia de Artemidorus, ya amiga nuestra, y yo la miré con reverente admiración. Luego contemple descaradamente el bello rostro de Miss Bellingham y le pregunté en qué pensaba.

—¡Qué bueno fue usted conmigo cuando me ayudó en aquel trabajo que yo tenía que hacer! —dijo.

—¡Oh! —exclamé—. No diga usted eso. No tiene importancia. Es que se me despertó un gran interés por las cosas egipcias... que también podría ser interés por usted, pues a causa de usted fue.

—Yo también tuve la impresión, desde el primer momento, de que a usted le interesarían esas cosas que a mí me apasionaban...

—¿De veras?... —pregunté, emocionado.

—Sí... —repuso ella pensativa—. Pero ¿cómo sabría yo que usted simpatizaría con mi idea y me comprendería...?

Al hacerme esta pregunta me miró con sus sencillos y hermosos ojos grises.

Y la respuesta me vino de repente, al tiempo que me saltaba el corazón con violencia.

—Te diré por qué, Ruth —musité apasionadamente—. Porque te amo más que a nadie en el mundo y a ese amor que llegó a tu corazón le llamaste simpatía.

Me quedé cortado, pues ella se había puesto de color escarlata y después palideció repentinamente. En este momento me miraba casi con terror.

—¿Te he asustado, Ruth? —pregunté arrepentido—. ¿He hablado demasiado pronto? Si lo he hecho, perdóname. Pero tenía que decírtelo... Estoy enamorado de ti hace mucho tiempo.

—No te censuro —dijo, casi con un susurro—; me censuro a mí misma. He sido una mala amiga contigo, que has sido tan leal conmigo. Yo no debí dejar que esto sucediera... porque no puede ser, Paul; no puedo decirte lo que quieres que te diga. No podremos ser más que amigos.

—¿Por qué no puede ser? —pregunté—. ¿Quieres decir que hay otro hombre?...

—No, no —contestó apresuradamente y casi indignada— desde luego que no quiero decir eso. Pero... no puede ser; hay algo que lo hará imposible siempre. No te puedo decir nada más...

—Pero, Ruth querida —supliqué desesperadamente—, ¿no podrá ser algún día? ¿Es que no hay nada que pueda suprimir ese obstáculo? Esperaré como Jacob esperó a Rachel, aunque sean años.

—Me temo que nada lo podrá suprimir. No, Paul; es cosa sin esperanza y no puedo seguir hablando de ello. Digámonos adiós y no nos veamos durante una temporada... Tal vez podamos ser amigos en otra ocasión, cuando me hayas perdonado.

—¡Perdonado! —exclamé—. Pero no hay nada que tenga que perdonarte. Si somos amigos, Ruth. Y suceda lo que quiera, tú eres mi amiga más querida en la tierra.

—Gracias, Paul —repuso ella débilmente—; eres muy bueno para mí, pero debo estar sola.

Me dio la mano, temblorosa, y yo me asusté al ver cuán terriblemente agitada parecía.

—¿No puedo ir contigo? —supliqué.

—No, no. Debo irme sola... Adiós...

—Antes de dejarte ir, Ruth... Si te vas, tienes que hacerme una promesa.

Sus ojos se encontraron con los míos y sus labios se movieron en una pregunta muda.

—Tienes que prometerme —continué—, que, si alguna vez esta barrera que nos separa desaparece, me lo dirás al instante.

Ella contuvo la respiración por un momento y apretó más mi mano.

—Sí —susurró—. Te lo prometo... Adiós.

Cuando ella se hubo marchado me sentí horriblemente solo. Entonces fue cuando me di cuenta de lo que era el amor, aquella pasión que conmovió mi vida.

De mis pasos después de salir del Museo no puedo dar cuenta. Como un vagabundo, atravesé calles y más calles hasta recobrar el sentido de la normalidad y entonces me encaminé al consultorio.

A eso de las ocho, cuando me hallaba solo delante de la mesa de consulta meditando tristemente, Adolphus me presentó un paquete que acababa de traer un recadero, interesando la firma del recibo.

Lo abrí con interés y devoré una y otra vez la carta que había en él. Decía así:

«Mi querido Paul:

Perdóname por haberte dejado tan repentinamente y tan triste. Ahora me encuentro algo más tranquila y siento decir de nuevo que lo que tú pretendes por ahora es imposible. No trates de venir a verme ni tampoco a mi padre, el cual siente afecto por ti. Ya se que esto es doloroso, pero es mejor, que no nos veamos hasta que recobremos nuestras antiguas relaciones... si esto es posible.

Te envió como recuerdo de nuestra amistad, el anillo que me regaló mi tío. Espero que lo podrás llevar, pero si no te está bien, consérvalo con interés, pues el dibujo representa el Ojo de Osiris, símbolo místico por el que tengo una afición sentimentalmente supersticiosa igual que mi tío, el cual lo llevaba tatuado en rojo sobre el pecho. Significa que el gran juez de los muertos mira a los hombres del mundo para procurar que se haga justicia y prevalezca la verdad.

Así, pues te envió el Ojo de Osiris para que vele por ti en la ausencia de tu afectuosa amiga,

Ruth».

Pensé mucho rato en aquella carta y luego examiné el anillo trabajado con oro, plata y ciertos detalles de cobre.

En los días que siguieron pasaba mis ratos de ocio vagabundeando por las calles, tratando de no pensar, pero sin ningún éxito. Un gran cansancio me invadía todo el cuerpo; así que cuando recibí la carta del Dr. Barnard anunciándome que estaba en Madeira, camino de Inglaterra, tuve un gran alivio. No tenía ningún plan para el futuro. Pero ya tenía ganas de abandonar la rutina y marchar a donde quisiera.

Una tarde, mientras estaba consumiendo mi solitaria cena, me acordé de mis amigos de Temple Lane. Hacía más de una semana que no los había visto. Ya estarían pensando en lo que habría sido de mí.

Decidido, me levanté de la mesa y salí, dirigiéndome a la casa de mi profesor.

—¡Hola, Berkeley! ¿Es usted de verdad? —exclamó Thorndyke al verme.

—Hace tiempo que no he venido... —murmure.

Cuando estuvimos sentados, Thorndyke, con su sabia psicología, descubrió en seguida mis preocupaciones. Y, quieras que no, me hizo hablar con habilidad.

Animado por sus alentadoras palabras, le informé de toda la historia de mi pequeño e interrumpido romance; al principio balbuceante y con

entrecortadas palabras, pero después con más libertad y confianza. Me escuchó atentamente, y una o dos veces me hizo alguna pregunta, cuando mi narración era un poco desconcertada. Cuando hube terminado, puso su mano suavemente en mi brazo, y me dijo:

—Ha tenido mala suerte, Berkeley. Me doy cuenta de que es muy desgraciado, y lo siento mucho.

Luego pasamos, lógicamente, al caso de la desaparición de John Bellingham y Thorndyke relacionó hábilmente lo uno con lo otro, es decir, la negativa de Ruth con la desaparición de su tío. Yo le dije que no acababa de comprender, y él contestó:

—Usted, claro está. No tiene nada de particular; no sabe algunas de las circunstancias que afectan a Miss Bellingham. Realmente, no se da cuenta de cual es la posición en que ella se encuentra, pero debe recordar que si John Bellingham fue a casa de su hermano, en Woodford, desde luego tuvo que ser después de la visita a Hurst. Pero por la puerta principal no entró; nadie le vio entrar. Mas había una puerta en la parte trasera, que él conocía, y cuyo timbre suena en la biblioteca. Y usted recordará que cuando llegaron Hurst y Jellicoe, míster Bellingham acababa de llegar.

»Antes de esto, Miss Bellingham había estado sola en la biblioteca; es decir, que parece que ella fue quien recibió a John Bellingham. Esta es su posición.

»Nada se ha dicho hasta ahora sobre ello, pero si John Bellingham no aparece vivo, más tarde o más temprano esa pregunta se hará. Además, es cosa segura que Hurst, en defensa de sí mismo, señalará los hechos que puedan transferir sospechas a cualquier otra persona, y esa otra persona será Miss Bellingham.

Me quedé unos momentos paralizado por el terror. Luego mi desmayo dejó paso a la indignación y dije:

—¿Pero hay alguien que tenga la audacia de insinuar que Ruth mató a su tío?

—Así se hará, aunque no se pruebe plenamente y ella lo sabe. Por eso ha querido impedir que usted se vea envuelto públicamente en el asunto. No quiere arrastrar su nombre hasta el sórdido tribunal de policía de Old Bailey.

Al oír aquello mostré a Thorndyke mi mayor deseo de hacer algo en el caso y, aprovechando que Jervis iba a tomar unas vacaciones y que Bernard vendría pronto, acordamos que yo iría al Temple a trabajar con él y ocuparía el cuarto de Jervis.

Casi inmediatamente se oyó abrir la puerta y entró el mismo Jervis, trayendo bajo el brazo un puñado de periódicos.

Me extraño que Jervis me mirara tan atentamente cuando se dio cuenta de que estaba yo allí. Parecía como si viniera un poco consternado y como si mi presencia le fuera un estorbo.

—¿Y qué noticias nos trae nuestro experto amigo? Veo un paquete de periódicos debajo del brazo. ¿Ha sucedido algo de particular? —preguntóle Thorndyke.

Jervis pareció más desconcertado todavía.

—Bien —replicó apresuradamente—. Algo ha sucedido, Berkeley, y es mejor que lo conozca por mí que no por uno de esos diablos que lo vocean por ahí.

Tomó un par de periódicos de los que llevaba debajo del brazo y dio uno a Thorndyke y otro a mí.

La actitud de Jervis me alarmó mucho y sentí un cierto temor de abrir el periódico. Pero cuando leí lo que voceaban los vendedores, encabezado por grandes titulares, me quedé aturdido por un momento. El reportaje era pequeño y me lo leí en menos de un minuto.

EL DEDO DESAPARECIDO
DRAMÁTICO DESCUBRIMIENTO
EN WOODFORD

»El misterio que rodeaba los restos de un cuerpo humano mutilado, trozos del cual han sido hallados en distintos sitios de Kent y Essex, ha sido solucionado. La policía siempre ha sospechado que pertenecían a John Bellingham, el cual desapareció misteriosamente hace unos dos años. Ahora no hay ninguna duda sobre ello, pues el dedo que faltaba en la mano encontrada en Sidcup ha sido hallado, junto con un anillo, en un pozo en desuso. El anillo ha sido identificado como el que habitualmente usaba John Bellingham.

»La casa situada dentro del jardín donde está el pozo era propiedad del hombre desaparecido. En el tiempo de la desaparición estaba ocupado por su hermano, Mr. Godfrey Bellingham. Pero éste último la dejó poco tiempo después y ha estado vacía desde entonces. Últimamente se pusieron a repararla, y éste es el motivo por el que el pozo ha sido reparado y limpiado.

»Parece ser que el Inspector Badger, que estaba buscando por los alrededores más restos, supo que estaban vaciando el pozo y bajó al fondo para examinarlo, encontrando los tres huesos pertenecientes al dedo y el anillo.

»Ahora la identidad del cuerpo ya está establecida y falta saber quién mató a John Bellingham. Se recordará, que una pequeña figurilla, aparentemente caída de la cadena del reloj, fue encontrada en estos mismos jardines el día de la desaparición. El tiempo demostrará la importancia de estos hechos».

No decía más, pero para mí era bastante.

El golpe fue tan fuerte que nubló mis facultades, y por un momento me encontré incapaz de pensar cuerdamente.

Me despertó la voz de Thorndyke, que me dijo, sin alterarse y con mucha calma:

—No se alarme indebidamente, Berkeley. Como dice el periódico, el tiempo nos lo demostrará, pero, mientras tanto, tenemos que proceder astutamente. No se desconcierte, vaya a casa, tome algún estimulante y vuelva. Me temo que esto ha sido un golpe bastante fuerte para usted.

—Me levanté del sillón, como en un sueño, y me despedí de mis amigos. Al llegar a la calle, vi pasar a gran velocidad a Mr. Jellicoe, y aquello me hizo pensar con miedo en la mujer amada.

Inmediatamente me dirigí a su casa. Las ventanas estaban oscuras y supuse que dormirían ya, pero en sitios estratégicos, vi dos Policías de paisano apostados. No había duda de que era vigilada. El peligro era una realidad.

Un sudor frío de terror humedeció mi frente y los oídos me silbaban cuando entré en Fetter Lane.

Capítulo XIV. John Bellingham

Pasé una pesadilla de horror en los pocos días que siguieron. No podía admitir el destierro a que Ruth me había condenado y, sin pensarlo más, una tarde me presenté allí. Los periódicos, las voces de los vendedores, los grandes titulares de los puestos anunciadores y los policías secretos que rodeaban la casa habían acabado con mi paciencia.

Las maneras de Ruth habían cambiado y la encontré más delgada y más pálida, pero cuando estábamos solos desaparecían en ella todas las reservas y era todo dulzura y amabilidad.

Fue una temporada terrible. Una pregunta ansiosa me asaltaba en todo momento: ¿Cuándo caerá el golpe final? ¿Y qué tendrá que decir Thorndyke cuando esto suceda?

Al cuarto día, precisamente cuando empezaba la consulta de la tarde, apareció Polton con una nota de Thorndyke, que contenía las siguientes palabras:

«Me ha dicho el Dr. Norbury que una autoridad en antigüedades orientales, Herr Lederbogen de Berlín, le ha comunicado que hace un año encontró en Viena un egiptólogo inglés, que parece ser John Bellingham.

»Le ruego que venga esta tarde a casa a las ocho treinta, acompañado de Mr. y Miss Bellingham. Dada la importancia del asunto, espero que no falte».

Una ola de esperanza y alivio me invadió y en seguida escribí a Ruth y contesté a Thorndyke.

Antes de las ocho fui a recoger a los Bellingham, pero no hizo falta subir a la casa porque vi a Ruth hablando en la puerta con Miss Oman. Estaba preparada para salir y me dijo que su padre no estaba en condiciones para hacerlo. Sabía que se sospechaba de ella, y lo de la Policía y aquello le había desmoralizado notablemente.

Yo manifesté mis esperanzas por el camino, basándome en la noticia de Thorndyke, pero ella dijo, pesimista:

—Mi querido Paul, es tontería darnos esperanzas a nosotros mismos. Todos los hechos conocidos nos prueban con certeza que es su cuerpo. John Bellingham está muerto, de esto no hay ninguna duda. Me di cuenta desde un principio de que las sospechas recaerían sobre mí o sobre Mr. Hurst, y el encuentro del anillo las ha dirigido definitivamente sobre mí. Solamente estoy sorprendida de que la Policía no haya hecho aún ningún movimiento.

Cuando llegamos al Temple, Thorndyke había dejado una nota para mí que decía:

«Discúlpeme con nuestros amigos por el cambio de programa. Norbury desea que los experimentos que tengo que hacer los verifique antes de que vuelva el director del Museo, para ahorrarse explicaciones. Desea que empiece esta noche, y dice que verá a Mr. y Miss Bellingham en el Museo. Haga el favor de traerlos aquí. Creo que sacaremos sucesos muy importantes de esta entrevista.

J. E. T.»

—Me figuro que no tendrá usted inconveniente... —pregunté a Ruth, después de leerle la carta.

—Desde luego que no —repitió ella—. Más bien me agrada; estamos muy asociados con el viejo Museo, ¿no es verdad?

En la puerta del Temple cogimos un coche y nos dirigimos hacia el Museo.

—¿A qué experimento se refiere el doctor Thorndyke? —me preguntó; al cabo de unos momentos.

—Sólo puedo contestar vagamente; creo que es algo sobre la penetrabilidad de los Rayos X en la sustancia orgánica, después de varios años. Por ejemplo, ver si un bloque de madera es mas o menos transparente, comparado con otro nuevo del mismo volumen.

—¿Y de qué le servirán los conocimientos que obtenga?

—No lo puedo decir porque Thorndyke es muy reservado, pero he observado que hace días Polton le viene ayudando en la preparación de ciertos objetos extraños.

Antes de doblar la esquina del Museo, Ruth volvió la cabeza y dijo:

—El policía no nos ha perdido de vista. Nos viene siguiendo en otro coche.

Yo no contesté, y en seguida el coche nuestro se paró y subimos las escaleras del Museo.

Un portero nos dijo que el Dr. Norbury estaba en la cuarta sala egipcia, y nos acompañó porque, al parecer, nos estaba esperando.

A su vez, Jervis, cuando llegamos al piso indicado, salió afablemente a saludarnos, dándonos la mano.

—Pisen tan suave como puedan —dijo—; en este momento estamos haciendo una fotografía con exposición.

El empleado se volvió y nosotros seguimos a Jervis. Era una habitación más bien alargada, alumbrada por una sola luz en el otro extremo, dejando la parte por la que habíamos entrado en completa oscuridad.

Después de sentarnos en las sillas que nos presentó Jervis, miré alrededor de nosotros. Había tres personas en la habitación, además de Jervis: Thorndyke, que estaba sentado y con el reloj en la mano; un caballero de pelo gris a quien tomé por el Dr. Norbury, y otra persona, que estaba en la parte oscura de la habitación, probablemente Polton.

En uno de los lados de la estancia, vi montado uno de los aparatos que vi construir a Polton. Al principio no sabía qué era, pero luego, por el peculiar sonido que zumbaba en el aire, debido al interruptor, y por la mancha roja interior del disco al rojo, comprendí que se trataba de un aparato de Rayos X, delante de cuya pantalla veíase un objeto alargado, de grandes proporciones, que reconocí como una momia. Evidentemente, Thorndyke estaba sacando una fotografía con los Rayos X.

—Estoy sorprendido —dijo el Dr. Norbury, rompiendo el silencio— de que haya escogido para empezar, un objeto tan complejo como una momia. Yo creo que un objeto más sencillo, como un ataúd o una figura de madera, hubiera sido mejor y más instructivo.

—Pudiera ser —replicó Thorndyke—; pero la variedad de materiales que nos da la momia tiene sus ventajas. Espero que su padre no se encuentre mal, Miss Bellingham.

—No está bien del todo —replicó Ruth—, y acordamos que podía venir sola. Yo conocía a Herr Lederbogen muy bien. Estuvo algún tiempo en nuestra casa cuando vino a Inglaterra.

—Espero entonces no haberla molestado en balde —dijo el Dr. Norbury—. Herr Lederbogen menciona al «amigo inglés errante, de apellido largo, que no puedo recordar».

Thorndyke dio en aquel momento la orden de apagar las luces.

Se dejó de oír el ruido de la corriente y se apagaron las luces del aparato. Thorndyke y el doctor Norbury se levantaron de sus sillas y, yendo hacia la momia, la pusieron en el suelo con mucho cuidado. Mientras tanto, Polton sacó del aparato una monumental placa con la fotografía de la momia y,

dirigiéndose hacia el otro extremo de la habitación, apagó la luz existente y encendió otra de color naranja.

Cuando nos llamó Polton, fuimos a mirar la fotografía, aún en negativo, con la más profunda curiosidad. El «cartonaje», las vendas y la carne aparecían como una tenue sombra encima del esqueleto.

El doctor Norbury se puso las gafas y se inclinó sobre la fotografía. En este momento sentí que Ruth se agarraba a mí, ligeramente al principio y con un fuerte estremecimiento después; pude notar que su mano estaba temblando. Me volví a ella con ansiedad y vi que estaba tan pálida como un cadáver.

Thorndyke la miró fijamente y después desvió la mirada hacia el doctor Norbury, que le estaba haciendo una pregunta.

—¿Cómo es que algunos dientes se ven más blancos que otros?

—Creo que la blancura de las sombras es debido a la presencia de metal —dijo Thorndyke.

—¿Es que opina usted que pueden tener fundas de metal esos dientes? —dijo el Dr. Norbury.

—Sí.

—¡Caramba! Eso sí que es interesante. Ya sabemos que los egipcios conocían el uso de las dentaduras postizas y fundas de metal, pero aquí, en el Museo, no teníamos ningún ejemplar. Tenemos que desenvolver esta momia. ¿Cree usted que todos los dientes están arreglados con el mismo metal? Todos no son iguales de blancos.

—No —replicó Thorndyke—. Los dientes que están completamente blancos indudablemente están cubiertos de oro, y ese otro que aparece más gris probablemente lo está de acero.

—¡Muy interesante! ¡Muy interesante! —exclamó el doctor Norbury—. ¿Y qué cree que será esa marca que cruza el pecho por encima del esternón?

Ahora fue Ruth quien contestó a la pregunta.

—Es el Ojo de Osiris —exclamó, con desmayada voz.

—¡Es verdad! —exclamó el Dr. Norbury—. Tiene usted razón; es el Ojo de Horus, o el de Osiris, si lo prefiere llamar así. Me figuro que estará pintado sobre las vendas.

—No. Yo diría que es un tatuaje. Y, además, puedo añadir que está hecho en rojo, con cinabrio, pues si estuviese hecho con carbón corriente no se notaría —señaló Thorndyke.

—Creo que está usted confundido. Ya lo veremos, si el director nos permite desenvolver la momia. Pero estos pequeños objetos de las rodillas

también tienen que ser metálicos, me supongo.

—Sí. También son metálicos. Son lanas de plata, que han sido usadas para reparar los huesos de las rodillas.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó el Dr. Norbury, mirando fijamente las pequeñas sombras blancas de las rodillas—. Porque si lo está y estos objetos son los que usted dice, la momia de Sebek-Ho-Tep es única en su clase.

—Estoy completamente seguro de eso —afirmó Thorndyke.

—Entonces —dijo el doctor Norbury—, hemos hecho un gran descubrimiento, gracias a su espíritu investigador. ¡Pobre John Bellingham! ¡No sabía el tesoro que nos regalaba! ¡Cuánto desearía que hubiera podido estar aquí esta noche!

Hizo una pausa y se quedó mirando la radiografía. Entonces Thorndyke, con su tranquila e impasible actitud, habló:

—¡John Bellingham está aquí, doctor Norbury! ¡Este es John Bellingham! Norbury se quedó mirando a Thorndyke con la boca abierta y sin habla.

—¡Usted no querrá decir... —balbuceó después de una pausa— que esta momia es el cuerpo de John Bellingham!

—Eso quiero decir. No hay ninguna duda sobre ello.

—¡Pero eso es imposible! La momia estaba puesta en la galería tres semanas antes de que desapareciese Mr. Bellingham.

—No —contradijo Thorndyke—. John Bellingham fue visto vivo por última vez por Mr. Jellicoe el 14 de octubre, más de tres semanas antes de que la momia dejara Queen Square. Después de aquella fecha no se le ha visto vivo ni muerto, por ninguna persona que le conociera o pudiera identificarle.

El Dr. Norbury reflexionó un momento en silencio, y después, con desmayada voz, preguntó:

—¿Cómo cree usted que el cuerpo de John Bellingham llegó a ser introducido en el cartonaje de la momia?

—La persona que mejor puede contestar esa pregunta es Mr. Jellicoe —contestó Thorndyke secamente.

—Hubo otro intervalo de silencio, y después el Dr. Norbury preguntó inesperadamente:

—Pero ¿qué supone usted que ha sido del cuerpo de Sebek-Ho-Tep? Me refiero al Sebek-Ho-Tep auténtico.

—Sus restos —contestó Thorndyke—, o por lo menos parte de ellos, están ahora en el depósito de Woodford esperando el juicio aplazado.

El doctor Norbury consideró aquellas palabras por unos minutos, y luego pidió a Thorndyke mayor aclaración.

Con su habitual facilidad de lenguaje, mi maestro explicó cómo había visitado al dentista de John Bellingham y al cirujano que le practicó la operación en las piernas y relató de modo detallado los pormenores de ambas regiones de su cuerpo, que tan perfectamente correspondían con la radiografía de la momia. Luego habló del tatuaje del Ojo de Osiris y, finalmente, demostró que el hecho de estar un cadáver dentro de una momia, era como si se hubiera enterrado y que el estar dentro del Museo equivalía a cumplir la cláusula segunda del testamento, toda vez que el edificio estaba enclavado dentro de la parroquia de St. George Blomsbury. Consecuentemente, el primer beneficiado en el testamento era Godfrey Bellingham.

Ruth estaba tan pálida e impresionada, que Thorndyke nos invitó a marcharnos entretanto que ellos quedaban haciendo unas copias más y preparando los planes para comunicar con la Policía y con el juez.

Al pasar por la sala segunda no pude contenerme, y del brazo llevé a Ruth junto a la vitrina del amigo Artemidorus.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí? —le pregunté.

—¡Eso no lo podré olvidar! —exclamó—. ¡Oh, Paul, cuanto lo siento! Te hice sufrir mucho. ¿Te marchaste triste?

—Completamente apenado. Jamás me dí tanta cuenta de lo mucho que te quiero. Ahora, el día que me hiciste esperar, creo que ha llegado. ¿No es así? —agregué, mirándola con amor.

—Sí, querido, eso ya pasó... pasó para siempre.

La estreché entre mis brazos y me dejó besarla reverentemente.

Capítulo XV.

Extraña mezcolanza

Después de dejar a Ruth en su casa, regresé a mi nuevo hogar en casa de Thorndyke. Me senté, animado por una nueva sensación, y comencé a meditar en el cambio rápido que había experimentado mi vida merced a la imaginación e influencia del sagaz Thorndyke.

Tan abstraído estaba en la contemplación de Ruth en mi mente, que no vi entrar a mis amigos.

—Le necesitamos a usted, Berkeley, pues vamos a ir a casa de Mr. Jellicoe —explicó Thorndyke—. Todavía hay algo detrás de todo este asunto, y hasta que no lo hayamos averiguado, el caso no está completo.

—¿No se podía haber hecho mañana?

—Puede que sí y puede que no. Hay un antiguo refrán que dice que lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe usted que el cuerpo estaba en el Museo?
—pregunté.

—Unos veinte o treinta segundos antes que usted —me contestó.

—¿Quiere decir que no sabía nada hasta que hizo la radiografía?

—Mi querido amigo —me replicó—, ¿cree usted que, de tener certeza de que el cuerpo estaba allí, hubiera permitido que la muchacha estuviera en ese estado de incertidumbre? ¿O que hubiera estado haciendo esos experimentos si hubiera tenido pruebas más concluyentes?

—En cuanto a los experimentos —dijo Jervis—, Norbury no los hubiera rechazado probablemente si le hubieras hecho la confidencia.

—Realmente, sí podría haberse negado, porque mi confidencia hubiera significado una acusación criminal contra un caballero respetable muy conocido de él. Me habría mandado a la Policía y allí no habríamos conseguido gran cosa.

Nuestra conversación fue interrumpida por unos pasos apresurados, que subían la escalera, y unos golpes en la puerta.

Cuando Jervis hubo abierto, entró el inspector Badger excitado.

—¿Qué es esto, Dr. Thorndyke? —preguntó—. Veo que ha puesto una denuncia contra Mr. Jellicoe y me han dado orden de arrestarle; pero antes de nada debo advertirle que tenemos muchas más pruebas de las que generalmente hacen falta, y que señalan a otro lado completamente distinto.

—Todas ellas derivadas de las informaciones de Mr. Jellicoe —repuso Thorndyke—; pero el hecho es que acabamos de identificar el cuerpo de Mr. Bellingham en el Museo Británico, donde fue depositado por Mr. Jellicoe. Yo no digo que sea él quien mató a John Bellingham, aunque eso sugieren todas las apariencias; lo que sí digo es que él tiene que rendir cuentas por haber dispuesto secretamente del cadáver.

El inspector quedó anonadado, se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—¡Y pensar en todo el tiempo que he perdido y las molestias que me he llevado por esos malditos huesos...!

—Esos huesos —repuso Thorndyke— han representado su papel. Representan la equivocación que comete todo criminal, mas tarde o más temprano. El asesino siempre tiene algún detalle, pequeño, pero suficiente... Bueno, ya es tiempo de partir para allá.

—¿Vamos a ir todos? —preguntó el inspector, mirándome a mí principalmente y reconociéndome con no mucho gusto.

—Iremos todos —dijo Thorndyke—; pero claro está que será usted quien haga la detención en la forma que más le convenga.

En cinco minutos llegamos a la puerta de la casa de Mr. Jellicoe, en New Square.

—Parece que hay una luz en la ventana del piso primero —dijo Badger—. Harían mejor en apartarse de la puerta antes de que toque el timbre.

Pero la precaución fue innecesaria. Cuando el inspector iba a apretar el botón, se abrió la ventana de encima de la puerta y se asomó una cabeza.

—¿Quién es? —inquirió el mismo Mr. Jellicoe.

—Soy el inspector Badger y traigo orden de arresto contra usted. Se le acusa del asesinato de John Bellingham, cuyo cuerpo ha sido identificado en el Museo Británico.

—¿Por quién?

—Por el Dr. Thorndyke.

—¿Esta él ahí?

—Sí.

—Bien, me rendiré —dijo después de una pausa—, pero con algunas condiciones.

—Yo no puedo aceptar ninguna condición, Mr. Jellicoe —replicó el inspector.

—De nada sirve lo que usted diga. Le pondré mis condiciones y usted las aceptará. Si no, no me arrestará.

—No es costumbre de usted hablar en esa forma —replicó Badger—; pero si no me dejan entrar tendré que asaltar la casa. ¡Sepa usted que esta rodeada! —añadió amenazador.

—Puede tener la completa seguridad —replicó Mr. Jellicoe tranquilamente— de que no me arrestara si no acepta mis condiciones.

—Bien. ¿Cuales son sus condiciones?

—Quiero hacer una declaración —dijo Mr. Jellicoe.

—Puede hacerla. Pero le advierto que toda declaración que haga puede ser aprovechada como prueba en contra de usted mismo.

—Naturalmente. Pero deseo hacer la declaración delante del doctor Thorndyke y quiero también oírle cómo se enteró de dónde estaba el cuerpo. Es decir, si él quiere.

—Si quiere decir que tendremos un careo, acepto muy gustoso —intervino Thorndyke.

—Muy bien. Mis condiciones son que oíré la declaración del doctor Thorndyke y que después se me permitirá hacer una declaración a mí. Y hasta que estas declaraciones estén completamente hechas, con todas las preguntas que sean necesarias, estaré en libertad sin interferencia de ninguna clase. Y convengo en que, a continuación de todas estas declaraciones, haré todo lo que usted quiera.

Había algo en el desapasionado tono de Mr. Jellicoe, que desconcertó al inspector, pues se volvió a Thorndyke y le dijo en voz baja:

—¿Cual sera su juego?... no se puede escapar...

—Hay varias posibilidades...

—Bien —habló de nuevo Mr. Jellicoe—. ¿Aceptan o no?

—Aceptamos —decidió Badger agriamente.

—¿Prometen no molestarme en ninguna forma hasta que haya terminado mi declaración?

—Se lo prometemos.

La cabeza de Mr. Jellicoe desapareció detrás de la ventana.

Un momento después oímos el ruido del cerrojo y la puerta se abrió.

Entonces Jellicoe apareció detrás de la puerta, apacible y tranquilo.

—¿Quiénes son los otros? —preguntó, mirando a través de sus gafas.

—Son el doctor Berkeley y el Dr. Jervis —dijo Thorndyke.

—¡Oh! Muy amables en venir. Hagan el favor de entrar, señores. Estoy seguro de que se interesarán mucho en nuestra pequeña discusión.

Después cerró la puerta suavemente y empezó a subir la escalera, indicándonos que le siguiéramos.

—He estado esperando esta visita —advirtió Mr. Jellicoe mientras colocaba las sillas para nosotros.

—¿Desde cuando? —preguntó Thorndyke.

—Desde la tarde del último lunes, cuando tuve la satisfacción de verle conversar con el Dr. Berkeley en la puerta del Inner Temple, y deduje que estaba usted interesado en el caso. ¿Puedo ofrecer a ustedes un vaso de whisky?

Sostuvo la puerta abierta con cierto aire de cortesía y nosotros entramos al recibidor.

Mientras decía esto colocó una bandeja y una botella encima de la mesa y nos miraba interrogativamente con la mano puesta encima del tapón.

Badger aceptó y Jellicoe llenó un vaso y se lo alargó con un movimiento de cabeza; después, con la botella en la mano, preguntó persuasivamente:

—¿Me permite llenarle el vaso?

—No, gracias —contestó Thorndyke, en un tono tan decidido que el inspector volvió la cabeza, y cuando se encontró con la mirada de mi amigo, dejó el vaso que se iba a llevar a los labios.

—No quiero apresurarlo, Mr. Jellicoe —dijo el inspector—; pero es algo tarde y me gustaría terminar cuanto antes. ¿Qué es lo que desea hacer?

—Deseo —replicó el aludido— hacer una declaración detallada de todo lo que ha sucedido y quiero oír al Dr. Thorndyke cómo llegó a esta conclusión. Cuando esto esté hecho, estaré completamente a su servicio; me parece que sera más interesante oír al doctor antes que a mí.

—No tengo ningún inconveniente —dijo Thorndyke, y a continuación, cuando estuvimos sentados, dijo:

—Según los hechos que hemos venido leyendo en la prensa, está claro que había cuatro posibles explicaciones de la desaparición:

»1.º El hombre podía estar vivo y oculto. Esto era muy poco probable, por las razones que fueron expuestas por Mr. Loran y por otra que expondré ahora.

»2.º Podía haber muerto por accidente o enfermedad y su cuerpo no haber sido identificado. Esto era aun más importante, sabiendo que llevaría en su persona abundantes medios de identificación, incluyendo tarjetas de visita.

»3.º Podía haber sido asesinado por alguna persona para robarle lo que llevaba. Esto era igualmente improbable, por la misma razón: su cuerpo habría sido identificado igualmente.

»Estas tres explicaciones son las que podemos llamar exteriores, y todas eran lógicamente improbables, por el escarabajo encontrado en el jardín de Mr. Godfrey Bellingham. Por ello las dejé a un lado y dirigí mi atención a la cuarta hipótesis. Esta era que hubiera sido quitado de en medio por una de las personas interesadas, a saber: Hurst, los Bellingham o Mr. Jellicoe.

»La última vez que fue visto vivo, fue el 14 de octubre en Queen Square, 141, Blomsbury, y le vieron dos personas. Por eso la otra fecha, el 23 de noviembre, no es la que interesa y la pregunta que debemos hacernos no es: ¿Qué sucedió a John Bellingham después de entrar en casa de Mr. Hurst?, sino: ¿Qué le sucedió después de su entrevista en Queen Square? Pero tan pronto como llegué a la conclusión de que el verdadero punto de partida era la entrevista, una serie de extrañas circunstancias me vinieron a la vista. Estaba bien claro que si Mr. Jellicoe tenía alguna razón para desear que desapareciera Mr. Bellingham, tenía una ocasión que muy raramente se le presenta a un asesino listo: la de poder ocultar el cuerpo.

»Consideremos esta ocasión: Se sabía que John Bellingham iba a partir para un viaje, cuyo exacto punto de destino se desconocía. Estaría ausente por lo menos tres semanas. La desaparición no causaría ningún comentario; su ausencia no ocasionaría ninguna investigación, al menos durante varias semanas, durante las cuales el asesino tendría tiempo de sobra para deshacerse del cuerpo y borrar todas las pruebas del crimen.

»Recordemos que en aquel periodo de ausencia, Mr. Jellicoe entregaría una momia al Museo, la cual iba a ser encerrada en una vitrina. No habría método más seguro para ocultar un cadáver.

»La segunda hipótesis nos ofrece a Mr. Hurst como probable criminal.

»No hay duda de que alguien, que decía ser John Bellingham; visitó a Mr. Hurst y tuvo que salir de la casa o quedar en ella. Si salió lo hizo subrepticamente, y si se quedó, no cabe duda de que fue asesinado, y su cuerpo escondido. Pensemos en las probabilidades de ambas hipótesis.

»Suponiendo, como todo lo hacía parecer, que el visitante fue realmente John Bellingham, nos encontramos con una persona de edad respetable, y la idea de que esa persona pudiera entrar en una casa, comunicar su intención de esperar y después desaparecer sin ser vista, es una cosa muy difícil de aceptar.

»Por otro lado, la idea de que pudiera haber sido asesinado por Hurst no era improbable, sino completamente posible. Si John Bellingham estaba en el

despacho cuando llegó Hurst a casa, el asesinato se pudo cometer entonces y el cuerpo ser ocultado en el armario o en cualquier otra parte. Pero, aunque posible, no era probable porque, realmente, no había ninguna oportunidad. El riesgo y las dificultades consiguientes eran muy graves. Y la conducta de Hurst de abandonar inmediatamente la casa, dejando a los criados con un muerto escondido en ella es completamente incongruente. Así que, aunque es casi imposible creer que John Bellingham abandonó la casa por propia voluntad, también es difícil creer que no la abandonó.

»Pero hay una tercera posibilidad que, por extraño que parezca, ninguno ha tenido en consideración. Supongamos que el visitante no fue John Bellingham, sino alguno que se hizo pasar por él. Esto evitaría las dificultades. La extraña desaparición deja de ser extraña, pues si era un impostor, tenía que irse antes de que viniera Hurst y le reconociera.

»¿Quién fue el impostor? ¿Y cual fue el objeto de la impostura? No pudo ser Hurst, pues hubiera sido reconocido por sus criados; así que tuvieron que ser Mr. Godfrey o Mr. Jellicoe.

»Vamos primero con Godfrey Bellingham. Yo no sabía si la criada le conocía; así es que supuse que no. En ese caso, él puede haber sido el impostor. Pero ¿por qué suplantaba a su hermano? Él no pudo cometer el asesinato; no tuvo tiempo suficiente. Hubiera tenido que salir de Woodford antes de que John Bellingham partiera de Charing Cross. Y aunque hubiera sido él quien cometiera el asesinato, no tenía razón para cometer tal impostura. Su proceder hubiera sido estarse quieto y no saber nada. Las probabilidades están todas en contra de que el impostor fuera Mr. Godfrey.

»Entonces, ¿pudo ser Mr. Jellicoe? La respuesta a esta pregunta se da respondiendo a la pregunta precedente. ¿Cuál fue el objeto de la impostura? ¿Qué motivos pudo tener esta persona para aparecer, anunciándose como John Bellingham y luego desaparecer? Sólo pudo haber un motivo: fijar la fecha de la desaparición de John Bellingham, o sea, representar el último momento en que fue visto vivo.

»Pero ¿quién pudo tener el motivo? Veamos:

»Acabo de decir que si Mr. Jellicoe hubiera asesinado a John Bellingham y ocultado el cuerpo dentro de la momia, habría estado seguro. Pero había un punto flaco en su coraza, porque, si bien durante un mes o dos no levantaría sospecha la desaparición de Bellingham, después se harían investigaciones y se vería que fue visto por última vez en Queen Square y se sabría que la momia había entrado en el Museo después. En cambio, si se hacía ver que

John Bellingham estuvo en casa de Hurst un mes después de ver a Jellicoe, éste último estaría completamente a salvo.

»Podemos, pues, deducir que el visitante de Hurst no era Bellingham, sino Mr. Jellicoe.

»Sólo resta considerar el caso de Godfrey y su hija. La prueba en contra de ellos no se comprendía, pues no había nada que los conectara con el asunto, excepto el encuentro del escarabajo en el jardín, y aquel suceso, que pudiera haber sido sospechoso en otras condiciones, carecía de toda sospecha por haber sido hallado en un lugar por el cual habían pasado minutos antes otras personas sospechosas, como Jellicoe, y Hurst.

»Si el escarabajo fue dejado caer a propósito, la persona mas indicada para encontrarle era la que lo dejó caer. Y quien lo descubrió fue Mr. Jellicoe. Pero ¿qué motivos pudo tener Mr. Jellicoe para dejarlo caer, suponiendo que él fuera el asesino? La contestación está clara: no era su propósito el fijar el crimen en una determinada persona, sino añadir una complicación al conflicto.

»Naturalmente, si Hurst hubiera sido el criminal, habría tenido suficiente motivo para dejar caer el escarabajo, así que la prueba contra Mr. Jellicoe no era concluyente. Pero el hecho de que fuera él quien lo encontrara era muy significativo.

»No quiero darles a ustedes la impresión de que yo siempre he creído que Mr. Jellicoe fue el asesino. No. Pero, al estudiar los hechos, encontré que era la única probable conclusión.

»En el testamento que, aunque redactado por John Bellingham, fue hecho por Mr. Jellicoe en su oficina, como lo prueban la firma de dos empleados suyos, hay una equivocación. Pero lo más extraño era que, mientras las responsabilidades de dicho error recaían en Mr. Jellicoe, el beneficiado era Hurst.

»Otro dato muy extraño del testamento, era lo bien que se amoldaba a la desaparición. Pensé si la cláusula segunda habría sido escrita en previsión de dicha desaparición; pero el testamento había sido redactado hacía diez años y esto era imposible. Si la cláusula segunda no fue hecha para la desaparición, la desaparición pudo ser hecha para la cláusula segunda. Hurst no conocía el testamento. Quedaba sólo Jellicoe como sospechoso.

»Las pruebas, con relación al testamento, señalaban a Mr. Jellicoe como el agente de la desaparición, y después de leerlo sospeché de él como el criminal. La dificultad era que no veía en qué se beneficiaba Mr. Jellicoe con la desaparición».

—¿No formó ninguna opinión concreta sobre el motivo? —preguntó Mr. Jellicoe.

Hizo esta pregunta con un tono tranquilo y suave, como si estuviera discutiendo un caso célebre, en el que no tuviera más que un interés profesional.

—Formé una opinión —contestó Thorndyke—; pero fue simplemente especulativa y nunca he podido confirmarla. Descubrí que años atrás Hurst tuvo serias dificultades económicas, y que, inesperadamente, apareció con mucho dinero y nadie supo cómo lo ganó. Observé que esto sucedió cuando se hizo el testamento y pensé que tenía alguna relación, Las pruebas, entonces, eran insuficientes para actuar —prosiguió Thorndyke—; así que no quedaba más que esperar nuevos hechos.

—¿De verdad no tenía pruebas? —preguntó Mr. Jellicoe, con una serenidad que hacía la conversación sorprendente y extraña—. Permítame felicitarle por su constancia y tenacidad.

Sacó otro cigarrillo y, después de encenderlo, se echó hacia atrás en su asiento, como si estuviera oyendo una conferencia o una sesión de música.

—No teniendo pruebas —continuó Thorndyke—, me dediqué a estudiar detenidamente todos los hechos. Entonces aparecen los restos humanos en Sidcup. Leí la noticia en el periódico de la tarde, y, aunque era pequeño el reportaje, me recordó los hechos suficientes para convencerme de que la inevitable equivocación que todo criminal comete aparecía también en este caso.

—¿De veras? —preguntó Mr. Jellicoe—. ¡Un simple reportaje! Yo lo hubiera considerado sin ningún valor desde el punto de vista científico.

—Así fue —repuso Thorndyke—. Pero me daba la fecha del descubrimiento, el lugar y los huesos hallados, que eran hechos muy importantes. Estos restos, perdidos durante dos años, salen a la luz al mismo tiempo que empieza la discusión del testamento. Los restos fueron hallados en una propiedad perteneciente a John Bellingham, y su descubrimiento fue ocasionado por ciertas operaciones de limpieza que se hicieron en el lago por cuenta del propietario. ¿Pero quién dio esas órdenes? Claramente, el representante del propietario. Ese representante era Mr. Jellicoe. La coincidencia otra vez era notable.

»Pero lo que más llamó mi atención al leer el periódico, fue la extraña manera en que el brazo había sido separado del cuerpo, así como los demás huesos, indicando que el criminal tenía conocimientos de anatomía. Aquello me pareció que debía tener una explicación y estudié con todo detenimiento la

situación, ligamentos, constitución, etcétera, de los huesos, llegando a la conclusión, como enseñaré a ustedes en mi estudio correspondiente, de que dicho esqueleto no podía ser otro que el de una momia egipcia, descompuesto en una atmósfera seca y luego desmembrado. Nadie sino Mr. Jellicoe pudo disponer de una momia.

»Una circunstancia muy interesante relacionada con estos restos es que el dedo del anillo también faltaba. Si se sabía que John Bellingham usaba un anillo en ese dedo y que le venía muy apretado, el arrancar el dedo serviría para un propósito muy útil: parecería que el dedo había sido cortado por causa del anillo para evitar su identificación, lo que a su tiempo hubiera levantado sospechas de que, efectivamente, aquella mano pertenecía a John Bellingham.

»Por eso, cuando el testamento fue llevado a los tribunales y se desestimó la presunción de muerte, había que jugar la última carta del triunfo: el anillo, es decir, lo que produjera la identificación de los restos como pertenecientes a John Bellingham. Y apareció el anillo, con los huesos del dedo, en el pozo de la última casa en que vivió Godfrey Bellingham. Esta casa era propiedad de John Bellingham, y Mr. Jellicoe la administraba. Está claro que la fecha marcada para limpiar el pozo fue dada por Mr. Jellicoe.

»El oráculo había hablado. El descubrimiento probaba concluyentemente que los huesos no eran de John Bellingham, pues si lo hubiera sido, el anillo era innecesario para la identificación. Pero si los huesos no eran de él, el anillo sí lo era; de donde se deducía que la persona que había depositado estos huesos en el pozo había estado en posesión del cuerpo de John Bellingham. Y no podía haber duda de que la persona en cuestión era Mr. Jellicoe.

»Al recibir esta confirmación final a mis conclusiones, pedí permiso al Dr. Norbury para examinar la momia de Sebek-Ho-Tep, con el resultado que ustedes conocen».

Así que terminó Thorndyke, Mr. Jellicoe se lo quedó mirando por un momento, y después dijo:

—Nos ha dado usted la mas cumplida y completa explicación de un método de investigar. He disfrutado tremendamente con ella y la hubiera aprovechado... en otras circunstancias. ¿De verdad que no quiere un poco de licor...?

El inspector, ostentosamente, consultó su reloj.

—Temo que el tiempo va muy de prisa —dijo Mr. Jellicoe.

—Así es —admitió Badger secamente.

—Bien, no quiero hacerles esperar más tiempo. Mi declaración será corta; pero quiero hacerla y ustedes, sin duda, desean oírla.

Abrió la pitillera y otra vez seleccionó un cigarrillo; pero, sin embargo, no lo encendió. El inspector Badger sacó un pequeño cuaderno de notas y se preparó para escribir.

—El asunto que les ha traído aquí esta noche empezó hace diez años — dijo Jellicoe—. En aquella época, mi amigo Hurst se vio envuelto, inesperadamente, en dificultades financieras y vino a pedirme ayuda. Quería que le prestase cinco mil libras para salir del apuro. Yo tenía cierta cantidad de dinero a mi disposición; pero no consideraba a Hurst con suficiente garantía para que me las pudiera devolver: por tanto, decidí negarle ese dinero. Pero aquel mismo día vino John Bellingham con el borrador del testamento, para que se lo revisase antes de hacerlo.

»Era un testamento absurdo y estuve a punto de decírselo; pero entonces se me ocurrió una idea con relación a Hurst. Estaba claro para mí, tan pronto vi el testamento, que si la cláusula del entierro se dejaba como él la había escrito en el borrador, Hurst tendría muy buena ocasión de heredar la propiedad, y como yo era nombrado albacea, podía hacer efectiva la condición de dicha cláusula. Así pedí algunos días para examinar el testamento: y entonces fui a ver a Hurst y le dije que le adelantaría las cinco mil libras si me consignaba un interés de diez mil libras si heredaba a John Bellingham. Él accedió y, una semana después John firmaba el testamento en mi oficina.

»Por las previsiones de aquel testamento, yo tenía una excelente ocasión de ser el primer beneficiado, a menos que Godfrey reclamase su mejor derecho contra Hurst y los Tribunales fallaran a su favor, a pesar de la cláusula.

»Después de esto ocurrió la entrevista en Queen Square, la cual tuvo lugar en una habitación del tercer piso, donde estaban almacenados los paquetes que John trajo de su viaje a Egipto. La momia estaba ya desempaqueta, igual que algunos otros objetos que también eran para el Museo: pero aún quedaban algunos paquetes sin desenvolver. Al terminar la entrevista acompañe al Dr. Norbury hasta la puerta de la calle y permanecimos en el peldaño de la puerta conversando, tal vez un cuarto de hora. Después el Dr. Norbury se marchó y yo volví a subir la escalera.

»John Bellingham había quedado en el piso tercero, desempaquetando con una herramienta parecida al martillo de un escultor, esto es, un martillo con un hacha por el reverso.

»En el mismo momento que cerraba la puerta oí como un ruido de algo que se derrumbaba arriba: después quedó todo en silencio.

»Subí en seguida y me encontré a John tendido boca arriba. Tenía una pequeña herida en un lado de la frente, por la que manaba un poco de sangre. El martillo estaba al lado de él, con el filo del hacha ensangrentado. Cuando terminé de subir la escalera me encontré con un trozo de estera roto. Comprendí que había salido rápidamente al descansillo y sus pies se habían enredado en la estera rota, cayendo luego por la escalera con el martillo en la mano.

»Encendí una cerilla y me agaché para mirarle. Su cabeza estaba en una posición que me hizo sospechar que se había roto el cuello. Salía muy poca sangre de la herida; estaba completamente sin sentido y no pude observar ningún signo de respiración. No me quedó duda de que estaba muerto.

»Aquel asunto desagradable me colocaba, como me di cuenta en seguida, en una posición extremadamente difícil. Mi primer impulso fue enviar a buscar un doctor y un policía; pero inmediatamente reflexioné.

»No había nada que pudiera demostrar que yo mismo no le hubiera empujado con el martillo en la mano. Estábamos solos en la casa, con la excepción del guarda, que quedó en el sótano y no había oído nada.

»Me senté en la escalera, cerca del cuerpo de John, y pensé en el asunto con detenimiento. En el peor caso yo sería condenado a la horca: en el mejor, estaría muy cerca de ganar cincuenta mil libras. No había solución intermedia.

»Suponiendo lo último, ocultaría el cuerpo y diría que John había ido a París. Pero un cuerpo humano es una cosa muy difícil de hacer desaparecer, especialmente a una persona de tan poca cultura científica como yo. Pensé lo menos una docena de métodos para ocultar el cuerpo, y los rechace como impracticables. Entonces, inesperadamente, recordé la momia de la habitación de arriba.

»Cuando lo hube pensado cuidadosamente, me decidí a adoptar el plan. Bajé la escalera y mandé al guarda a un recado. Después volví a subir y llevé al muerto a una de las habitaciones, del tercer piso, donde le quité la ropa y le puse en la posición en que permanecería dentro de la momia.

»Empaqueté sus vestidos, con excepción de las botas, en una maleta que él a menudo llevaba a París y que no contenía mas que sus vestidos de noche y una muda. Cuando ya había limpiado la escalera del descansillo, volvió el guarda. Le informé que Mr. Bellingham había partido para París y marché para mi casa después de cerrar bien la habitación en que le había depositado.

»Yo, desde luego, tenía algún conocimiento de los métodos de embalsamar, sobre todo de los empleados por los antiguos egipcios, pero al

día siguiente fui a la biblioteca del Museo y consulté las obras más recientes sobre este tema. Por fin, lo embalsamé el tercer día y lo dejé secar.

»Dos días después quité el vendaje a la momia. Estaba mal embalsamada y era tan antigua que se me rompió en varios pedazos mientras la extraía, y cuando le descubrí la cabeza y los brazos, éstos se separaron del tronco.

»Tomé las vendas que había quitado a Sebek-Ho-Tep y envolví cuidadosamente al muerto; cuando estuvieron puestas todas, el cuerpo parecía realmente antiguo.

»Fue un asunto difícil el colocarlo dentro del cartonaje, sin ayuda. Pero lo conseguí al fin y, después de colocar un nuevo nudo de amarre le puse betún que cubrió todos los arañazos y la nueva lazada. Cuando ya estuvo seco, pasé un paño polvoriento por la pintura para ocultar que estaba reciente y con este detalle la momia estuvo lista para ser entregada. Lo comuniqué al Dr. Norbury, y cinco días más tarde vino él mismo y se la llevo al Museo.

»Aquel mismo día deposité la maleta en la estación de Charing Cross, y llamando a la oficina de Hurst me aseguré de que estaba allí. Entonces me dirigí a Eltham. Cuando llegué a la casa tuve la precaución de cambiarme de gafas y fui introducido en el despacho, cuando así lo pedí.

»Tan pronto como la doncella abandonó la habitación, yo me deslicé tranquilamente por la ventana, que cerré, aunque sin el pestillo. Salí por la puertecilla lateral y la cerré también, ayudándome con un cuchillo para cerrar el pestillo y no tener necesidad de dar golpes. Los otros sucesos del día, incluyendo el escarabajo en el jardín, no necesito describirlos; ya los conocen ustedes.

»Al encontrarme con el peligro de que el esqueleto de Sebek-Ho-Tep se deshacía al aire, pensé que éstos restos podrían pasar por ser los del difunto testador y podría emplearlos en mi beneficio.

»Pero me di cuenta de que el esqueleto entero no se podría confundir con el otro. El difunto tenía rotas las rodillas y operado el tobillo, restos de lo cual le quedaron en los huesos para siempre. Pero si hacía una juiciosa selección de los huesos y los depositaba juntos en un sitio conveniente, con algún objeto claramente identificable como perteneciente al difunto, podría muy bien resolver esa dificultad, y así lo hice.

»Mi seguridad terminó cuando le vi a usted hablando con el doctor Berkeley en la puerta del Temple. Sospeche inmediatamente de que usted se había encargado del caso y, desde entonces, he estado esperando aquí esta visita».

Hizo una pausa y lentamente encendió su cigarro. El inspector Badger cerró su libro de notas.

—¿Ha terminado, Mr. Jellicoe? —preguntó—. Tengo que cumplir mi deber y se está haciendo muy tarde.

Mr. Jellicoe se quitó el cigarrillo de la boca y se bebió un vaso de agua.

—Me olvidé preguntarle —dijo— si ha desempaquetado usted la momia, si puedo aplicar ese imperfecto término a los restos de mi difunto cliente.

—No abrí la momia —replicó Thorndyke.

—¿Que no la abrió? —exclamó Mr. Jellicoe—. Entonces, ¿cómo pudo usted confirmar sus sospechas?

—Saqué una radiografía.

—¡Oh! ¿De veras? —exclamó Mr. Jellicoe asombrado—. ¡Muy ingenioso!

—¿Necesita decir usted algo más? —intervino Badger—. Porque ya es tiempo de terminar.

—¿Algo más? —repitió Mr. Jellicoe lentamente—. ¿Algo más...? No... creo... que... es tiempo... de terminar... Si el... el... tiempo...

Rodó de la silla y se quedó mirando de manera extraña a Thorndyke desde el suelo. Su cara sufrió un curioso cambio. Parecía la de un cadáver, y sus labios tomaron un peculiar color de cereza.

—¡Dios mío! ¡Este hombre se ha desmayado! —exclamó Badger.

En un momento metióse debajo de la mesa y, temblando de excitación, sacó al inconsciente abogado y observó su cara.

—¿Qué es lo que ha pasado, doctor? —preguntó, dirigiéndose a Thorndyke—. ¿Es una apoplejía? ¿O un ataque al corazón?

Thorndyke movió la cabeza y puso los dedos en la muñeca de mister Jellicoe.

—Esto parece ácido prúsico o cianuro de potasio —dijo con voz entera.

—¿Pero no puede usted hacer nada? —pidió el inspector.

Thorndyke dejó caer el brazo al suelo.

—No se puede hacer mucho por un hombre muerto —dijo.

—¿Muerto? ¡Entonces se ha escapado de nuestras manos!

—Ha anticipado la sentencia. Eso es todo —dijo Thorndyke.

El inspector Badger se puso de pie y permaneció con las manos en los bolsillos mirando el cadáver del abogado.

—¿Cómo cree usted que lo haría? —preguntó.

—Miremos en la pitillera —dijo simplemente Thorndyke.

Badger extrajo la pequeña pitillera de plata del bolsillo del muerto. Había cinco cigarros, dos sencillos y otros tres de boquilla dorada. Thorndyke tomó uno de cada clase y estrujó los extremos. El de la boquilla dorada lo dejó en su sitio y el sencillo lo rasgó por un extremo, de donde cayeron encima de la mesa dos tabletas blancas diminutas.

Badger, apresuradamente, recogió una e iba a olerla, cuando Thorndyke le cogió la muñeca y dijo: «Tenga cuidado». Luego la olió él a conveniente distancia y afirmó:

—Sí; cianuro potásico. Pensé en ello cuando sus labios tomaron aquel color. Fue en el último cigarro. Pueden observar que mordió el extremo.

Por algunos momentos quedamos silenciosos, mirando el cadáver en el suelo. Luego Badger levantó la cabeza.

—Cuando pasen por la Estación de Policía —dijo—, hagan el favor de acercarse y comunicar que me manden un guardia.

—Muy bien —dijo Thorndyke—; y por ahora haría mejor en retirar esa botella y guardarla bajo llave o tirarla por la ventana.

—¡Oh, sí! —exclamó el inspector—. Me alegro de que lo mencione. Buenas noches, caballeros.

Cuando salimos a la calle íbamos los tres muy silenciosos, y pensé que Thorndyke parecía algo conmovido.

—Pobre diablo —exclamó cuando llegamos a Chancery Lane.

—Era un consumado bandido —replicó Jervis.

—No tanto —contestó Thorndyke—. Yo diría más bien que actuó sin moral, pero afrontó su destino con entereza.

Yo sólo pensé que gracias a él pudo Ruth entrar en mi vida. Él me abrió las puertas del paraíso del amor.

FIN de «El ojo de Osiris»



RICHARD AUSTIN FREEMAN, (Marylebone, Inglaterra, 11-4-1862 – Gravesend, Inglaterra, 28-9-1943) fue escritor de historias detectivescas, principalmente protagonizadas por el médico forense e investigador Dr. Thorndyke. Publicó su primer libro sobre John Thorndyke en 1907 (*La huella roja*); a partir de esa fecha, marcó un hito en la historia de la literatura policial. Tanto en esa como en las posteriores, Freeman demostró una gran erudición médico-legal.

Sin embargo, no sólo en ese aspecto radica su mérito. En realidad abrió paso a un nuevo tipo de novela detectivesca que, según más de un crítico, es «la única innovación formal dentro del género policial que se ha hecho desde Poe». A ese nuevo tipo de narración detectivesca, Freeman lo llamó «historias invertidas».

Publicó, entre otras, *La piscina dorada* (1905), *Los casos de John Thorndyke* (1909), *El ojo de Osiris* (1911), *El caso de Oscar Brodski* (1912), *El testigo mudo* (1914), *The Great Portrait Mystery* (1918), *El archivo del doctor Thorndyke* (1923), *El enigma de las cerraduras* (1925) y *Thorndyke interviene* (1933).

Notas

[1] Ojo de Osiris: Cuenta el mito que Osiris, dios de la tierra, y su esposa Isis tuvieron un hijo llamado Horus; y cuando Osiris murió a manos de su hermana Seth, dios del desierto, Horus, el legítimo heredero (representado con la cabeza de un halcón), perdió su ojo izquierdo luchando contra Seth en encarnizadas batallas por recuperar el trono usurpado y vengar a su padre.

Seth le arranco el ojo y lo hizo añicos pero Toth, dios de la ciencia y de la magia, encontró los trozos, los recompuso y los unió de nuevo escupiendo sobre ellos creando lo que sería el Udayt, de modo que pudiese recuperar la vista. Una vez recuperado el ojo, Horus se lo dio a comer a Osiris para que este pudiese resucitar convirtiéndose así en el dios funerario en la mitología egipcia. <<

[2] Hypnos: En la mitología griega, Hipno o Hipnos es la personificación del sueño. Su madre era Nix, la noche, que lo tuvo sin intervención masculina, aunque en alguna otra tradición su padre fue Érebo. Su hermano gemelo es Tánatos (la muerte sin violencia). El equivalente romano de Hipnos era Somnus. Su palacio era una cueva oscura donde el sol nunca brillaba. A su entrada crecían amapolas y otras plantas hipnóticas. Según algunas fuentes, vivía junto con Tánatos en un palacio subterráneo cercano al de Nix. Según otras, lo hacía en una cueva bajo una isla griega, a través de la cual fluía el Leteo, el río del olvido. <<

[3] Ushabti: O Ushebti es un término egipcio que significa «los que responden» y son pequeñas estatuas que, en el Antiguo Egipto, se depositaban en la tumba del difunto. La mayoría estaban hechas de fayenza, madera o piedra aunque los más valiosos estaban tallados en lapislázuli. Su cometido en la religión y mitología egipcia era servirle al difunto en el Aaru (el paraíso de la mitología egipcia), ya que los egipcios pensaban que los espíritus de estas estatuillas trabajarían para ellos en la otra vida. <<

[4] Este caso aparece en «El misterio de la posada». (The mystery of 31 New Inn, 1912), del mismo autor. <<

[5] Seguenen-Ra: Seqenenra Taa fue el penúltimo rey de la dinastía XVII del Antiguo Egipto. Gobernó c. 1545 a. C. Su nombre de coronación fue Seqenen-Ra, pero al contrario que la mayoría de los reyes egipcios, es más conocido por el nombre de Seqenenra, que por el nombre de Sa-Ra o nombre de Nacimiento: Taa.

Seqenenra nació en una época compleja, a la que se ha calificado de Segundo periodo intermedio de Egipto. Por aquel entonces, hacia 1560-1550 a. C., el delta de Nilo, al norte del país estaba dominado por los hicsos, un conjunto de pueblos provenientes de Asia cuyos dirigentes gobernaban casi todo Egipto. Sin embargo, el sur seguía siendo gobernado por dirigentes vasallos de origen egipcio, que resistían e incluso conspiraban contra el invasor. Uno de los territorios más rebeldes era el nomo de Tebas, gobernado por los mandatarios de la dinastía XVII, posibles descendientes de la dinastía XIII. <<

[6] Bruja de Wokey: Al parecer, durante la Edad Media en estas cuevas vivía una anciana con su perro y varias cabras. Más bien se trataba de una ermitaña, pues la mujer odiaba la compañía del resto de habitantes del pueblo. Así, su carácter cerrado y su aspecto, desaliñado y grotesco, consiguieron que en el pueblo se la tomara como una auténtica bruja.

Durante una época concreta comenzaron a sucederse diversas desgracias. La gente, al principio, lloraba amargamente suplicando saber la razón por la que se les castigaba así. No obstante, al poco tiempo todos coincidieron en que la culpable de estos males indudablemente debía ser la bruja malvada de Wookey Hole.

Desesperados por esta situación, la gente del pueblo acudió al abad de Glastonbury suplicándole que los ayudara. El abad mandó al padre Bernardo, un fraile experto en exorcismos. El padre no dudó ni un momento en introducirse él solo en la cueva, armado únicamente con una Biblia y una candela.

Al introducirse descubrió a la vieja removiendo rítmicamente un caldero. El padre se dispuso a hablar con ella, pero la vieja corrió al interior de la cueva soltando improperios y maldiciones por su boca. Ni esta actitud logró amedrentar al valiente fraile, que corrió tras ella pasando por un estrecho pasaje, conocido como la Escalera del Infierno.

En un momento dado, cuando ya tenía frente a frente a la anciana, el padre tomó agua de un pequeño riachuelo subterráneo, la bendijo y la lanzó contra la mujer. Acto seguido y para sorpresa del padre, la bruja se convirtió en piedra.

Hoy por hoy aún se puede observar la figura petrificada de la que dicen, sin duda, era la bruja que habitaba hace siglos estas cuevas. <<

[7] Amenhotep IV: Neferjeperura Amenhotep, también conocido como Ajenatón, Akhenatón o Akenatón, Amenhotep IV o Amenofis IV, fue el décimo faraón de la dinastía XVIII de Egipto. Su reinado está datado en torno al 1353-1336 a. C. y pertenece al periodo denominado Imperio Nuevo de Egipto, en el cuarto año de su reinado, cambió su nombre a Neferjeperura Ajenatón.

Es célebre por haber impulsado transformaciones radicales en la sociedad egipcia, al convertir al dios Atón en la única deidad del culto oficial del Estado, en perjuicio del, hasta el momento, predominante culto a Amón. El nuevo culto se centraba en la superioridad del dios Atón por encima de los demás dioses egipcios, es decir, una religión con una base monoteísta. El propio faraón sería el intermediario entre del dios. <<

[8] Amenemhat IV: Amenemhat IV, fue el séptimo faraón de la dinastía XII, del Imperio Medio de Egipto. Gobernó de c. 1802-1793 a. C.

Sirvió el primer año de su reinado como corregente de su poderoso predecesor, Amenemhat III. según un grabado de piedra en Nubia. Su corto reinado fue relativamente pacífico y tranquilo. Fueron registradas varias expediciones, a las minas de Serabit el-Jadim, en el Sinaí, fechadas durante su reinado.

Denominado Maajerura en la lista Real de Abidos y la lista Real de Sakkara. Según el Canon Real de Turín, Maajerura gozó de un reinado de 9 años 3 meses y 27 días. Si es el Ammenemes citado por Manetón gobernó ocho años, según Julio Africano. <<

[9] Old Bailey: El Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales, comúnmente conocido como el Old Bailey por la calle en que se encuentra, es un tribunal de Londres y uno de una serie de edificios que albergan el Tribunal de la Corona. Una parte del edificio actual ocupa parte del sitio de la cárcel medieval de Newgate, en Old Bailey, una calle que sigue la línea amurallada de Londres que se extiende desde la colina de Ludgate a la unión de Newgate Street y Holborn Viaduct.

El Tribunal de la Corona que se encuentra en el Tribunal Penal Central se encarga de importantes casos criminales de Londres y, en casos excepcionales, de otras partes de Inglaterra y de Gales. Los juicios en el Old Bailey, como en otros tribunales, están abiertos al público, aunque con sujeción a procedimientos de seguridad estrictos. <<

[10] Retratos de El-Fayum: Los retratos de El-Fayum (la mayoría de los retratos de este tipo se han encontrado en esa región de Egipto) se refieren a un tipo de retrato naturalista, pintado en tablas de madera que cubren el rostro de muchas momias de la provincia romana de Egipto. Datan del período romano que abarca de fines del siglo I a. C. hasta inicios del siglo I en adelante. Se han podido datar algunas momias basándose en los tipos de peinado, joyas o vestimenta que portan.

Los retratos cubrían los rostros de los cuerpos que eran momificados para su enterramiento. Ejemplos existentes muestran que estaban situados sobre el rostro del difunto, entre las bandas de tela (o cartonaje) que se usaban para envolver a los cuerpos.

La población de la zona de El-Fayum creció por la gran afluencia de inmigrantes griegos durante el período helenístico, inicialmente por soldados veteranos que se asentaron en la zona. Se pueden distinguir dos grupos de retratos de acuerdo a la técnica: uno de pintura encáustica (con cera); otro en pintura al temple, siendo la última normalmente la de mayor calidad. <<

[11] Eburnación: Aumento morboso de la densidad de un cartílago o un hueso.
<<

[12] Se desarrolla en «El misterio de la posada», (The mystery of 31 New Inn, 1912), del mismo autor. <<